

ÁFRICA

Perspectivas sobre
su cultura e historia

II

José Arturo Saavedra C.
Compilador

EL COLEGIO DE MÉXICO

ÁFRICA:
PERSPECTIVAS SOBRE SU CULTURA E HISTORIA II

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

ÁFRICA:
PERSPECTIVAS SOBRE
SU CULTURA E HISTORIA
II

José Arturo Saavedra C.
Compilador



EL COLEGIO
DE MÉXICO

361.0096

A2581

África : perspectivas sobre su cultura e historia / José Arturo Saavedra C., compilador. -- 1a ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2009.
2 v. ; 22 cm.

ISBN 978-607-462-027-6 (Obra completa)

ISBN 978-607-462-029-0 (Vol. II)

1. Ciencias sociales -- África -- Metodología. 2. África -- Historia social. 3. África -- Lenguas -- Aspectos sociales. 4. Desarrollo urbano -- África. 5. África -- Aspectos sociales -- Siglo XXI.
I. Saavedra C., José Arturo, comp.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Primera edición, 2009

D. R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-607-462-027-6 (Obra completa)

ISBN 968-607-462-029-0 (Volumen II)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

JOSÉ ARTURO SAAVEDRA CASCO	9
Presentación	
Estudios de desarrollo urbano	
L. DURANDY G. MASSIAH (compiladores)	23
Documentos sobre la ciudad en África. La urbanización mundial	
<i>Estudios de Asia y África</i> 64: 1985, Vol. xx, núm. 2, pp. 11-20	
MARTHA SCHTEINGART	33
Desarrollo urbano y política de tierra y vivienda en África: el caso de Abidjan (algunas comparaciones con el caso de México)	
<i>Estudios de Asia y África</i> 64: 1985, Vol. xx, núm. 2, pp. 95-120	
Problemas contemporáneos	
YARISSE ZOCTIZOUM	61
Factores que influyen en el “subdesarrollo” y en la consolidación de la unidad política del continente africano	
<i>Estudios de Asia y África</i> 79: 1989, Vol. xxiv, núm. 2, pp. 279-300	
CLAUDE MEILLASSOUX	83
África: desórdenes de crecimiento	
<i>Estudios de Asia y África</i> 86: 1991, Vol. xxvi, núm. 3, pp. 398-422	
HILDA VARELA BARRAZA	108
África subsahariana: en las aguas turbias del desorden internacional de la posguerra fría	
<i>Estudios de Asia y África</i> 98: 1995, Vol. xxx, núm. 3, pp. 487-517	
PETER ANYANG' NYONG'O	139
Institucionalización del gobierno democrático en el África subsahariana	
<i>Estudios de Asia y África</i> 108: 1999, Vol. xxiv, núm. 1, pp. 13-32	
MERE KISEKKA	159
El papel de la mujer en el desarrollo socioeconómico. El caso de Nigeria y de Uganda	
<i>Estudios de Asia y África</i> 69: 1986, Vol. xxi, núm. 3, pp. 413-441	

Traducciones

DAVID DIVA	191
Dos cuentos swahili para niños (traducción del swahili de José Arturo Saavedra Casco) <i>Estudios de Asia y África</i> 106: 1998, Vol. xxxiii, núm. 2, pp. 391-400	
EUPHRASE KEZILAHABI	201
Wasubiri Kifo (En espera de la muerte). Nota introdutoria de Leonard Lisanza Muaka (traducción del swahili al inglés de Leonard Lisanza Muaka y del inglés al español de Germán Franco Toriz) <i>Estudios de Asia y África</i> 112: 2000, Vol. xxxv, núm. 2, pp. 327-341	

PRESENTACIÓN

JOSÉ ARTURO SAAVEDRA C.

Con motivo de la celebración del XL aniversario de actividades del Centro de Estudios de Asia y África (CEAA) de El Colegio de México, se ha concebido la producción de una serie de antologías por regiones, cuyo principal propósito es ofrecer lo más representativo de los trabajos publicados en la revista académica del CEAA, cuyo título inicial fue *Estudios Orientales* y que actualmente se denomina *Estudios de Asia y África*. El presente volumen titulado *Estudios sobre África desde México: vinculando regiones distantes y cercanas*, está dedicado a la región de África subsahariana.

Esta antología intenta ante todo ser un testimonio del esfuerzo intelectual por entender los problemas políticos, sociales, culturales y económicos del continente africano vistos desde un país latinoamericano. México, al igual que muchos otros países de la región, comparte con África procesos históricos y coyunturas similares además de muchos problemas actuales en el contexto de la globalización. Esta circunstancia acerca a dichas regiones y exige romper la barrera de la distancia geográfica ante la necesidad de una mutua comprensión de su situación actual.

Ya en los primeros números de *Estudios Orientales* aparecieron artículos sobre África subsahariana, los que de algún modo reflejaban la inquietud por expandir el alcance del Centro de Estudios Orientales a esta región del mundo que exigía ser conocida y estudiada a partir del contexto latinoamericano.

La creación del programa de Maestría en Estudios de África subsahariana, en 1982 —18 años después de la creación del Centro de Estudios Orientales, en 1964—, abrió las posi-

bilidades para ofrecer investigaciones sobre el continente africano desde una perspectiva latinoamericana que aportara no sólo nuevas propuestas temáticas sino metodológicas a estudios sólidamente cimentados en Europa, América del Norte y, por supuesto, en los países del continente africano. La estrecha colaboración con académicos africanistas procedentes de todas partes del orbe dio oportunidad a que sus aportaciones no se limitaran a las aulas; también incentivó las investigaciones sobre África subsahariana que, aunque existían desde la creación del Centro, necesitaban de nuevas inspiraciones para crecer y desarrollarse. Prestigiados africanistas de todo el orbe —Peter Anyang' Nyong'o, Michael Chege y Carlos Lopes, Paul Lubeck y Claude Meillassoux, entre otros— contribuyeron a la revista. Más tarde, el programa de posgrado —inicialmente de maestría y en años recientes extendido al nivel de doctorado— impulsó, con la formación de nuevas generaciones de especialistas en el área, las investigaciones en diversos campos de las ciencias sociales y las humanidades. Por último, las aportaciones de académicos procedentes de varios países de habla inglesa, francesa y portuguesa, traducidas para la revista, proporcionaron diversos puntos de vista que han enriquecido los materiales de las colaboraciones arriba señaladas. Esto consolidó el objetivo propuesto inicialmente por el CEEA: contribuir al conocimiento del continente africano con trabajos originales escritos en español.

Ante la imposibilidad de reproducir todos los materiales sobre África publicados en *Estudios de Asia y África*, el presente volumen ha incluido artículos que además de su calidad, vigencia y originalidad, son un reflejo de la trayectoria académica del área: de los profesores, tanto adscritos al Centro como visitantes; de los estudiantes y los egresados del programa de posgrado, así como de colaboradores externos.

Dado que la escasez de trabajos académicos en español sobre África subsahariana sigue sin corregirse, en este volumen se ofrecen textos de indudable utilidad para quienes pretendan acercarse y profundizar en los problemas económicos y políticos contemporáneos de la región, así como en el universo cultural africano, asunto que raramente se encuentra en revistas latinoamericanas, tanto académicas como de divulgación.

Por su extensión el libro se ha dividido en dos volúmenes y por su diversidad temática, en seis secciones: 1) Metodología y estudios aplicados en ciencias sociales; 2) Estudios de historia social; 3) Estudios sociolingüísticos y literarios (estos tres ya tratados en el vol. I); 4) Estudios de desarrollo urbano; 5) Problemas contemporáneos, y 6) Traducciones. En este tomo abordaremos las últimas tres.

4. Estudios de desarrollo urbano

Sin duda alguna, los estudios urbanos han contado con un auge significativo durante las últimas décadas, y África no ha sido la excepción. Los trabajos presentados en este rubro pueden considerarse pioneros en el ámbito latinoamericano. Fueron publicados en 1985, en un número de la revista dedicado a los estudios urbanos realizados acerca de algunas ciudades de Asia y África. Bajo la coordinación de Martha Schteingart, investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de el Colegio de México, investigadores de diversas partes del mundo colaboraron con materiales cuyo objetivo principal fue aportar investigaciones sobre el desarrollo urbano en el entonces denominado Tercer Mundo. Del caso particular de África subshariana, se presentan los trabajos de L. Durand y G. Massiah, *Documentos sobre la Ciudad, en África. La urbanización mundial*; y de Martha Schteingart, *Desarrollo urbano y política de tierra y vivienda en África: el caso de Abidjan. (Algunas comparaciones con el caso de México.)*

El primero pretende ante todo ser una introducción a la temática de los procesos de urbanización en los países del Tercer Mundo y, en particular, del continente africano. Sus autores consideran que los problemas que caracterizan a la urbanización en estos países pueden analizarse a partir de tres factores: el tipo de colonización existente y la permanencia de su modelo urbano; la manera en que la división internacional del trabajo afectó al país en cuestión; el papel del Estado, su naturaleza y la manera en que articula a los diversos sectores productivos. Asimismo, recomiendan poner especial atención a la manera en que la urbanización se ha expandido en el ámbito

africano y cómo ha profundizado la división entre la ciudad y el campo, propiciando el éxodo rural a las ciudades y modificado los patrones de consumo hacia un modelo más occidental. Finalmente, Durand y Massiah sugieren enfatizar el estudio de la relación del Estado con el ámbito urbano para determinar la manera en que la planeación urbana está relacionada con una ideología política establecida por el gobierno.

El segundo artículo es un análisis comparativo entre algunos rasgos del desarrollo urbano de dos ciudades distantes entre sí pero que comparten situaciones similares: Abidján, capital de Costa de Marfil, y la ciudad de México. Schteingart analiza los procesos de apropiación y uso del suelo y la planeación del desarrollo urbano llevada a cabo por el Estado, al enfrentar problemas como la incorporación de tierras colectivas a la expansión de las ciudades. La autora repasa los antecedentes históricos que inician desde el periodo colonial en Costa de Marfil y las transformaciones que dan origen y desarrollo a la ciudad de Abidján, hasta el periodo independiente. Posteriormente, el artículo estudia el problema del suelo, tomando en cuenta los fundamentos de la propiedad colectiva de la tierra y el marco jurídico existente en cuanto a uso y apropiación del suelo heredado de la administración colonial francesa. A partir de esto Schteingart sigue de cerca las políticas de tierra y vivienda y rastrea las modificaciones del trazo de la ciudad colonial y la expansión de la población urbana. Al final, hace referencias comparativas con la ciudad de México, donde —sostiene la autora— el marco jurídico existente desde tiempos coloniales no respetó los fundamentos de la propiedad colectiva de la tierra, lo que ocasionó que numerosos asentamientos se establecieran sobre bases ilegales. A manera de conclusión, la autora afirma que en ambas ciudades la creación de viviendas por el Estado no ha sido pensada para el beneficio de las clases populares sino que se ha hecho bajo preceptos capitalistas en beneficio de las clases medias y altas, que han contado con los mejores espacios y servicios para sus viviendas.

5. *Problemas contemporáneos*

El Dr. Yarisse Zoctizoum, originario de la República Centroafricana, durante más de diez años fue miembro de nuestro cuerpo de profesores, a cargo de cursos sobre economía política, problemas de desarrollo y espacio étnico en África, y contribuyó con varias publicaciones, entre ellas, un artículo de 1989 titulado *Factores que influyen en el "subdesarrollo" y en la consolidación de la unidad política del continente africano*, en el que Zoctizoum analiza el tema del subdesarrollo.

Para entender mejor cómo los problemas del subdesarrollo afectan la unidad política de los pueblos del continente, es necesario considerar numerosos factores históricos, políticos, económicos, ideológicos y culturales; para empezar, el autor revisa las teorías de desarrollo creadas para estudiar al continente africano. Posteriormente, aborda los factores heredados del colonialismo europeo que han retardado las posibilidades de desarrollo en África, mencionando la distribución desigual de la población; la ausencia de inversión en infraestructura industrial; la explotación desmedida de tierras cultivables destinadas a monocultivos de exportación y las dependencias del exterior para la obtención de alimentos; las fronteras que delimitan a los países africanos y la división de espacios étnicos. A través de la mención del PNB y el PIB, las divisiones étnicas, las relaciones financieras, la densidad demográfica, las inversiones extranjeras, la dependencia tecnológica y las materias primas disponibles, Zoctizoum reflexiona sobre cómo dichos factores inciden en el subdesarrollo e impiden la consolidación de la unidad política y económica de las naciones africanas. Concluye que la dependencia hacia las grandes potencias del continente se ha mantenido y contribuye a los graves problemas de hambre que sufre el continente. Para poder revertir esta situación, es indispensable fortalecer la independencia política y económica de los países africanos y fomentar al mismo tiempo la democracia y el respeto a la diversidad de los numerosos grupos que comparten los espacios nacionales y requieren de una mayor unidad y solidaridad mutua.

El trabajo de Claude Meillassoux, reconocido africanista francés, quien impartió cursos como profesor invitado en nues-

tro centro entre 1985 y 1988, *África: desórdenes de crecimiento*, fue originalmente publicado en 1991. En este artículo sostiene que el excesivo y desordenado crecimiento demográfico en varias regiones de África responde más a las políticas económicas y sociales aplicadas por los estados que por impulsos o iniciativas propias de la población africana. Las políticas del Estado pueden influir de dos maneras: a partir del crecimiento económico proporcionado por el desarrollo, y —por desgracia la de más peso— que es consecuencia de los altos niveles de desempleo y que provoca la destrucción de las unidades familiares y el número ascendente de madres solteras y niños desamparados que aparecen en los conglomerados urbanos fuera de la protección de la familia constituida. La principal propuesta de Meillassoux consiste en que la política monetaria y crediticia de las grandes potencias hacia los países africanos ha incidido directamente en el deterioro de las condiciones de vida de sus habitantes. Lo anterior ha tenido como una consecuencia paradójica, el crecimiento demográfico fuera de cualquier tipo de planeación acompañado de las peores condiciones materiales y espirituales. El autor considera que reconocer este error es condición *sine qua non* para que las agencias internacionales involucradas en esta problemática diseñen planes adecuados para que los gobiernos africanos puedan reducir el crecimiento demográfico bajo condiciones económicas adversas. El artículo, sustentado por una sólida documentación que apoya los argumentos del autor, concluye con la insistente propuesta de que los fenómenos demográficos en África deben ser estudiados y analizados fuera de prejuicios y estereotipos asociados a determinismos culturales atribuidos a sus habitantes, y no como “los subproductos” de una subdisciplina económica.

Hilda Varela, especialista en relaciones internacionales y política de África, forma parte del cuerpo de profesores del área de África subsahariana desde 1994. Su contribución, publicada en la revista en 1995, se titula *África subsahariana: en las aguas turbias del desorden internacional de la posguerra fría*. Este artículo ofrece una panorámica de los países del continente a partir de la situación internacional existente al principio de la década de los noventa, cuando el fin del mundo bipolar y el predominio de las políticas neoliberales hicieron

aflorar el estado de deterioro extremo en África. No obstante el desarrollo y avance de los procesos internos, tanto políticos como económicos, en los países africanos, no podía cambiarse la percepción acerca de esas naciones, pues sus logros quedaban sepultados ante la aparente indefinición del rol internacional que los países africanos jugaban en el contexto posterior a la Guerra Fría y la transición hacia el nuevo orden internacional. Dicho contexto minó la posibilidad de analizar adecuadamente la capacidad de la región para apreciar sus propios avances a través de factores internos. También impidió constatar los logros en materia de democracia que en los años recientes han adquirido varias naciones, como la Sudáfrica *postapartheid*, Zambia, Cabo Verde y Malawi, entre otros ejemplos. Así pues, los estereotipos negativos inspirados en las hambrunas, guerras civiles, conflictos étnicos, pobreza extrema y subdesarrollo nutren la visión “afropesimista” que ha alcanzado a los foros económicos internacionales, los gobiernos occidentales e incluso a los círculos académicos. Para romper esa visión estereotipada, es necesario apoyar las transiciones democráticas y los avances políticos de numerosas naciones africanas como los elementos que harán posible su reinserción en el nuevo sistema internacional. Este artículo ofrece una excelente introducción sobre la situación internacional de África subsahariana y sobre los diversos factores que hay que tomar en cuenta para poder vislumbrar un futuro más optimista y prometedor.

La siguiente contribución corresponde a Peter Anyang' Nyong'o, reconocido político e intelectual keniano, quien además fue fundador y primer coordinador del programa de maestría de Estudios de África. Su artículo *Institucionalización del gobierno democrático en el África Subsahariana*, publicado en 1999, se mantiene en la línea de discusión sobre los logros y avances políticos alcanzados por los países de la región después de la Guerra Fría, a la vez que estudia cómo las instancias de los gobiernos y corporaciones de los países industrializados han condicionado su ayuda económica a partir de conceptos tales como el de “buen gobierno”. Concretamente, instituciones como el Banco Mundial abogaban por gobiernos que ofrecieran a sus sociedades garantías como libertad política y de expresión, transparencia en el ejercicio del poder, combate

a la corrupción y una distribución adecuada de los servicios públicos. En un principio, estos criterios presionaron particularmente a los gobiernos unipartidistas, sobre todo respecto de sus gigantescas burocracias, las cuales absorbían buena parte del presupuesto de los estados además de fomentar a la corrupción. Sin embargo, Nyong'o argumenta que a pesar de que esta situación provocó el advenimiento del multipartidismo y el inicio de la apertura democrática en estas naciones, no necesariamente produjo cambios significativos en los grupos gobernantes, ya que varios gobiernos autoritarios realizaron elecciones multipartidistas sin que necesariamente significara una verdadera democratización de sus naciones. A partir de este planteamiento, Peter Anyang' Nyong'o hace un recuento de la relación entre democracia y elecciones revisando el caso de diversos países. Este trabajo muestra un excelente panorama de los avances y limitaciones que actualmente sufren los procesos democráticos en su lucha contra el autoritarismo y la monopolización del poder en África.

Por último, en *El papel de la mujer en el desarrollo socioeconómico. El caso de Nigeria y de Uganda*, Mere Kisekka logra introducirnos al tema de la situación actual de la mujer en el continente africano y de los problemas que debe afrontar para su desarrollo personal y el de su comunidad.

El artículo de Kisekka, profesora de la universidad Ahmada Bello de Zaria, Nigeria, formó parte de un número de la revista dedicado a los estudios de la mujer en Asia y África, inspirado en las conferencias organizadas en Nairobi, Kenia, en 1985, para concluir los diez años de trabajo del Decenio de la mujer. Kisekka inicia con indicadores que muestran cómo la mujer ha participado en el desarrollo económico de sus comunidades tanto en sectores denominados "tradicionales" como en aquellos "modernos" públicos y privados. Nos recuerda el rol de la mujer en la producción alimentaria doméstica y de auto-subsistencia en las sociedades rurales, su trabajo independiente en el pequeño y mediano comercio, así como el de empresaria de alto nivel. Posteriormente nos acerca a factores que, en opinión de la autora, obstaculizan la plena participación de las mujeres en el desarrollo: la desventaja en el acceso a la educación media y superior para las mujeres, quienes por lo regular

quedan supeditadas a carreras habitualmente asociadas al sexo femenino —letras, pedagogía y ciencias sociales—; una tradición que considera al hombre más apto, fuerte e inteligente para el trabajo, actitud que genera un complejo de inferioridad en muchas mujeres; la dificultad de acceder a servicios médicos eficientes que les permitan contar con buena atención para su salud y para planificar su familia; y la inferioridad jurídica existente tanto en sistemas legales islámicos como occidentales, donde la mujer no cuenta con las mismas ventajas que los hombres en asuntos tales como divorcio, herencia y el litigio de bienes y propiedades. Finalmente, con el fin de ilustrar sus propuestas, Kisseka nos ofrece los casos concretos del rol productivo y la participación de la mujer en el desarrollo a través de la sociedad hausa de Nigeria y la baganda de Uganda.

6. Traducciones

La sección final de esta antología ofrece dos traducciones del swahili al español, como un reconocimiento a la cátedra de esta lengua africana, que ha introducido a ocho generaciones de alumnos en los fundamentos lingüísticos de la cultura bantú, estudio mediante el cual se han aproximado a las costumbres, modos de vida y cosmogonías de los pueblos de África oriental swahili parlantes. Profesores procedentes de la republica democrática del Congo, Kenia y Tanzania han participado en un esfuerzo que ha rendido diversos frutos, como la producción de un diccionario swahili-español, escrito por el investigador keniano Chege Githiora, así como las traducciones aquí incluidas.

La primera, realizada por José Arturo Saavedra Casco, rescata la magia narrativa de dos cuentos para niños escritos por David Diva. Este prolífico escritor tanzanio durante la década de los cincuenta produjo varios libros de cuentos infantiles que sirvieron de material didáctico en las escuelas de habla swahili. Diva se caracteriza por combinar historias de diversos orígenes culturales y adaptarlas al contexto africano. Personajes maravillosos, animales y seres humanos participan en historias donde Dios marca las reglas del destino. Dichas historias no

están exentas de elementos que nos llevan a reflexionar y que podrían considerarse como “moralejas”, al estilo de las fábulas occidentales. Los cuentos traducidos son: *El hijo del Sultán, los ratones y el anillo* y *Ratón con ratón*.

El profesor keniano Leonard Lisanza Muaka, quien enseñó swahili en el programa de postgrado de África entre 1998 y 2000, tradujo el cuento *En espera de la muerte*, de Euphrase Kezilahabi. El afamado escritor tanzanio ha producido novela y cuentos cortos, poesía y teatro. Su obra ha sido polémica por su desenfadado y sencillo uso del swahili, aspecto que le ha valido la crítica de académicos que juzgan que su escritura devalúa las capacidades literarias de dicha lengua; se le reprocha también su aparente indiferencia por los problemas políticos y económicos que sufría su país desde el advenimiento de la independencia. En realidad su lenguaje y estilo sencillo lo han hecho llegar a todos los ámbitos tanzanios de una manera mucho más efectiva que el rebuscado y complejo “swahili literario” que preconizan sus detractores. En cuanto a sus temas, si bien son de corte más existencial que político, no dejan de reflejar las inquietudes y las angustias de personajes que se desenvuelven en un medio de miseria, injusticia y falta de oportunidades. Precisamente, el cuento traducido por Muaka reúne ambos elementos: por un lado, las conclusiones e ideas de un moribundo y, por el otro, la cruda descripción de la pobreza y desesperanza que le rodean. Sin duda este cuento es una inmejorable muestra de la enorme calidad de la literatura swahili que se produce en Tanzania.

Es nuestro deseo que todos los materiales contenidos en esta antología sean de utilidad y aporten conocimientos importantes para conocer mejor las realidades africanas. También intenta representar un pequeño homenaje y reconocimiento para todos aquéllos que han hecho posible y han mantenido vivos los estudios de África en el contexto latinoamericano.

ÁFRICA: PERSPECTIVAS SOBRE SU CULTURA E HISTORIA II

- Estudios de desarrollo urbano
- Problemas contemporáneos
- Traducciones

ESTUDIOS DE DESARROLLO URBANO

DOCUMENTOS SOBRE LA CIUDAD, EN ÁFRICA *

La urbanización mundial

L. DURAND y G. MASSIAH

Algunos datos sobre el tema en el Tercer Mundo y en África

DESDE 1920 HASTA FINES DE este siglo, la población urbana del Tercer Mundo se habrá multiplicado por 20. A nivel mundial, la tasa de urbanización (porcentaje de personas que residen en una aglomeración de más de cinco mil habitantes, tomando en cuenta la población total) sigue aumentando: sobrepasará 50% en el año 2000. En el caso del Tercer Mundo, el crecimiento demográfico es superior a 2% anual; el crecimiento urbano es dos veces mayor, y el crecimiento de los cinturones de miseria (casuchas de lata y cartón que rodean a las grandes urbes) se cuadruplica: esta ley de crecimiento al doble constituirá en lo futuro una de las principales amenazas contra el orden establecido...

La Organización de Naciones Unidas informaba, en el censo de 1981, que 800 millones de individuos viven en una pobreza absoluta; de ellos, 600 millones son del medio rural, por lo tanto, candidatos a emprender el éxodo hacia las ciudades. En efecto, vivir en la ciudad ofrece más posibilidades de tener acceso a las infraestructuras sociales, sanitarias y escolares existentes, así como de encontrar un empleo, incluso marginal, en el sector informal. La ciudad representa el progreso, la modernidad, y su atractivo es irresistible. En 1981, quienes vivían en las ciudades sumaban 900 millones de personas en el Tercer Mundo; en 1985 serán más de 1200 millones de personas. La expansión constante de las ciudades va acompañada por todas partes de la "tugurización" de ciertos barrios, del desarrollo

* Estos documentos aparecieron en *Libération Afrique*, 1983.

de zonas de ocupación clandestina de baldíos, de la construcción en lotes irregulares y, sobre todo, de importantes asentamientos de casuchas miserables...

¡Es difícil hablar de poblaciones “marginales” cuando los cinturones de miseria representan de 25 a cerca de 50% (según los diversos países) de la población urbana! Así, las trescientas *favelas* de Río de Janeiro albergan a dos millones de “favelados”; los cinturones de miseria de El Cairo, de Dacca, Manila y Dakar, de Estambul o de Fez son ciudades dentro de la ciudad, “cánceres” que gangrenan la urbe, sin por ello sacudir el poder de la clase dirigente. Los movimientos esporádicos, desorganizados, las rebeliones urbanas —como la de junio de 1981 en Casablanca— cuando estallan, son reprimidos severamente. Pero, aunque la policía y el ejército puedan contener estas explosiones violentas, signos de un descontento creciente, permanente, no pueden oponerse a la “urbanización de las costumbres”. Los cinturones de miseria adoptan, sin disponer de los medios para ello, el modo de vida, el modo de pensar, el modo de consumo de la burguesía urbana. La no satisfacción de sus necesidades revela la profunda desigualdad social del capitalismo periférico...

La exigencia que más a menudo expresan los pobladores de los cinturones de miseria ante las autoridades municipales es la del reconocimiento jurídico de su situación: el reparto de títulos de propiedad de su pedazo de terreno, lo que les proporcionaría también una garantía de seguridad.

El Banco Mundial alienta esta práctica e incluso preconiza la viabilidad de las parcelas, la institución de tramos de albergue sobre los que podrán construirse edificaciones de ladrillo y argamasa. También financia ciertos proyectos de saneamiento de las ciudades perdidas: es una gota de esperanza en un océano de miseria, pues tales acciones sólo benefician a unos seis millones de personas.

Urbanización y dominación

Los problemas que plantea la urbanización de los países dominados pueden analizarse a partir de ciertos factores que expliquen, a la vez, la unidad y la diversidad de las situaciones que

allí encontramos. Nos referiremos aquí a tres de esos factores:

- la índole de la colonización y la permanencia marcada del modelo urbano;
- la índole de la división internacional del trabajo y el desarrollo de su crisis actual, que restituye la dominación de los diferentes países y el lugar diferente que pueden ocupar en la evolución de la división internacional del trabajo;
- la índole del Estado en estos diferentes países, su calidad de dominado, más o menos relativo, la relación con los pueblos dominados y con sus luchas, el papel que desempeñan en la articulación entre los modos de producción precoloniales, coloniales y neocoloniales.

En este estudio propondremos algunas reflexiones sobre la evolución de los modelos urbanos, sobre el papel de la urbanización en la situación actual y, por último, sobre una caracterización rápida de las políticas urbanas.

La permanencia del modelo urbano colonial

Es necesario tomar conciencia de lo coherente que es el modelo urbano colonial y del peso que aún tiene en la caracterización de las ciudades. En África, donde la creación de las ciudades actuales es casi por doquier obra de la penetración colonial, es donde se puede estudiar mejor lo que ha resultado de la aplicación de este modelo. Las ciudades de penetración y de evacuación definen el "territorio útil" que se desarrollaba a lo largo de las costas y de las vías fluviales. Era, al mismo tiempo que guarniciones, centros para las sociedades de tráfico comercial. Las directivas que se daban a los urbanistas eran inequívocas: la ciudad de los europeos estaba ubicada cerca del puerto, en posiciones fáciles de defender, que las más de las veces se denominaban "la meseta". Luego, a lo largo de la costa, y a partir del puerto, se desarrollaban las factorías e instalaciones comerciales, los servicios, y luego, las zonas industriales. La ciudad "indígena" estaba ubicada cuidadosamente desde el punto de vista de la higiene: "*La ciudad europea no debe estar en la misma dirección del viento de la ciudad indígena*"; la indígena debía estar yuxtapuesta a la zona industrial y al puerto, a los que proporcionaba la mano de obra. La ciudad

europea estaba separada de la indígena por un cordón, denominado "cordón sanitario", integrado por guarniciones militares, hospitales, prisiones y diversas instalaciones de infraestructura.

Este modelo dio origen a la estructura urbana de base... Se aplicaba también en las ciudades-relevo menos importantes, a la vez guarniciones y lugares de comercio, en forma de centros de tráfico comercial o de canalización de otros sistemas de explotación. Incluso en el caso en que la dominación colonial se impuso a ciudades ya existentes (en Maghreb o en Asia), asistimos a injertos de esta estructura urbana en las realidades urbanas precoloniales.

Este modelo urbano servirá de estructura de apoyo al fenómeno de la urbanización. Se producirá la densificación de los barrios periféricos con el éxodo rural, habrá inversión en las "mesetas" por parte de las administraciones y de las clases dirigentes de los nuevos Estados, se prolongarán las zonas industriales a lo largo de las costas, con relaciones aseguradas mediante vías rápidas de conexión con los aeropuertos, surgirán en los suburbios nuevos barrios de fraccionamientos para las clases medias, aparecerán verdaderas ciudades satélites espontáneas... El paso del modelo colonial al modelo neocolonial multiplicará los problemas casi insolubles, hará estallar la estructura urbana de base, pero sin tocar fundamentalmente su coherencia. *Las ciudades siguen siendo el instrumento privilegiado de la transformación social, los lugares de la segregación y de la extravención, los apoyos principales de la dominación extranjera.*

La función de la urbanización

Las ciudades desempeñan un papel esencial en la extensión del capitalismo en tanto que modo de producción dominante. Esta extensión se caracteriza por la profundización de la división entre la ciudad y el campo, el carácter subordinado de la industria, el desarrollo de un sector urbano informal, la construcción del Estado y de sus bases sociales de apoyo, y es el fundamento de la exacerbación de los fenómenos de extravención en las grandes ciudades.

La profundización de la división entre la ciudad y el campo

No es posible estudiar la urbanización sin hacer referencia a la relación entre la ciudad y el campo, y a su evolución.

En general, las condiciones de vida y de producción han evolucionado profundamente en el campo. La extensión del modo de producción capitalista ha sido importante, pero, al mismo tiempo, las estructuras tradicionales han resistido más de lo esperado. De ello resulta una serie de articulaciones particulares y específicas entre el modo de producción capitalista y los más diversos modos de producción precapitalistas. El desarrollo de la economía monetaria profundiza la crisis de las estructuras tradicionales y se traduce, sobre todo, en la acentuación del éxodo rural y en una verdadera explosión urbana. Pero muchas relaciones todavía subsisten (en África, por ejemplo, las relaciones de linaje hijo mayor-hijo menor, o las tradiciones derivadas del feudalismo) y dan testimonio, tanto en el campo como en la ciudad, de la persistencia de estas relaciones en la vida social. Hay así muchos aspectos relacionados con la más antigua historia.

Es esencial profundizar en el estudio de las transformaciones sociales en el campo; aquí nos ocuparemos sólo de algunas de las cuestiones que son motivo de controversia en este dominio.

Un primer aspecto se relaciona con la controversia acerca de las opciones en la agricultura, en cuanto a la explotación intensiva o extensiva (motorización, mecanización, tractores, sistemas de riego). Estas opciones tienen consecuencias considerables acerca de la amplitud y la forma del éxodo rural.

Un segundo aspecto que importa subrayar es el de la transformación de la índole de la producción agrícola: desarrollo de la agricultura de renta en detrimento de la agricultura tradicional y de subsistencia. Esto redundará a la vez en la acentuación del éxodo rural y en el que haya que recurrir a la importación para asegurar el abastecimiento de las ciudades. El café, el cacao y el algodón, el cacahuete, substituyen al mijo, la mandioca y otros cultivos de subsistencia.

La agricultura se convierte así en un sector de exportación de materias primas agrícolas. Es por este sector de la agricultura, llamado sector moderno, por donde pasa la circulación mo-

netaria, y por donde pasa la crisis de los modos de producción anteriores; es en función de las necesidades de su desarrollo como se han modificado las estructuras de la tenencia de la tierra y las formas de propiedad en el campo.

Un tercer aspecto que hay que tomar en cuenta es el de la transformación social profundísima en el campo, vinculada al cambio de las capas sociales dirigentes en el medio rural. A las estructuras tradicionales, a los jefes de aldeas y a los antiguos notables, suceden estamentos más directamente vinculados con el Estado y sus nuevos aparatos de control (presidentes de cooperativas, agentes de organismos de almacenaje, representantes de organismos de crédito, agentes de publicidad...) Este nuevo encuadramiento adopta, las más de las veces, un modo de vida urbano, tanto en el consumo como en sus prácticas cotidianas, creando así una cuadrícula de pequeños enclaves urbanizados en el medio rural. Al mismo tiempo, se agudizan las divisiones en el campesinado, acentuadas por el desarrollo de cultivos de renta y por los sistemas de riego. Las reformas agrarias están orientadas a que surjan las capas sociales de campesinos de medianos ingresos, con la voluntad de hacer de ellos una clase de apoyo para los regímenes que detentan el poder.

Por último, hay que insistir en el papel que desempeña la aplicación de un nuevo modelo de consumo derivado del modelo europeo y difundido por la burguesía y la pequeña burguesía urbana: modelo basado en las importaciones, del todo extravertido, y que refuerza la subordinación del campo a la ciudad. Estos modelos incitan a la sustitución de los consumos, incluso en las zonas rurales: el mijo cede lugar al arroz en Senegal; en muchas otras regiones, la mandioca es sustituida por el pan. La coherencia de los modos de vida tradicionales se ha vulnerado; su resistencia a la extensión del capitalismo se debilita, y la situación de dependencia global tiende a incrementarse.

Un sector productivo urbano dependiente

La industria, localizada en lo esencial en las zonas urbanas, es una industria subordinada. Consiste básicamente en una industria de sustitución de las importaciones, a la que la estrechez de los mercados nacionales quita toda base sólida, salvo en al-

gunos cuantos países (Nigeria, Brasil...); la balcanización que preparó la descolonización (sobre todo en África) se combina con el pequeño número de quienes disponen de los ingresos suficientes para tener acceso a este tipo de consumo.

También vemos en estos países una industria de gran capacidad destinada a la exportación (más en Asia que en África), basada en los costos de la mano de obra concentrada en regiones de talleres o en zonas libres, de puertos o aeropuertos; exportación que está del todo determinada por el exterior. Por último, quedan las unidades de extracción de materia prima; éstas no constituyen, contrariamente a las ideas preconcebidas al respecto, una industria arcaica. Se trata, en realidad, de unidades de productividad muy alta, con alto coeficiente de capital, y que dan nacimiento a una forma extrema de urbanización de enclave y de campo atrincherado: la ciudad minera.

La índole de los modelos de consumo, la estrechez de los mercados ligados a los ingresos monetarios, el monopolio organizado de la posesión de la tecnología y el control del mercado mundial por las multinacionales (o transnacionales) explican la subordinación de la industria, su incapacidad para responder a las necesidades de las masas populares y al desarrollo de la producción agrícola y la casi imposibilidad de acumulación por parte del capital nacional independiente.

Este sector productivo dependiente no puede, por su índole misma, asegurar un empleo decente y estable a la población urbana acrecentada por el éxodo rural. Las formas de empleo son complejas, el trabajo resulta precario, a menudo de tiempo parcial, y está interrumpido por periodos de desempleo. Los modos de vida, la inserción profesional y social, la ideología de las capas sociales urbanizadas, hacen inoperantes las caracterizaciones esquemáticas y simplistas.

La pertinencia del análisis en términos de clases sociales no se pone en tela de juicio, al contrario, siempre que se parta de realidades concretas. En particular, acordándole una atención especial al llamado, por comodidad, "sector informal", "espontáneo", o "no reglamentario". En el dominio del hábitat, del trabajo y de las prácticas urbanas, este es un sector que se desarrolla con una dinámica propia, y que está vinculado por articulaciones particulares al sector monetario y al Estado.

La urbanización, apoyo de la construcción de los Estados

Las ciudades constituyen el enclave de la construcción del Estado. Son el lugar de la concentración de los funcionarios, y también el espacio privilegiado para construir las bases sociales de los nuevos regímenes. Encontramos en ellas a una parte importante de los funcionarios y de las fracciones de la pequeña burguesía ligadas al Estado por sus prebendas, sus clientes y los de los funcionarios. El Estado desarrolla allí un sector productivo más o menos importante con problemas de funcionamiento y de productividad muy importantes. En ciertos casos, se trata de encuadrar el campesinado por medio de puestos, de firmas, de empresas, de bancos que han tomado el lugar de la antigua sectorización de comercialización y de distribución o tráfico. En otros casos, la existencia de este sector es consecuencia de una estrategia que también implica el desarrollo de una base social, obrera y de empleados, que tiene garantizado su empleo y que está más o menos vinculada directamente al Estado.

La construcción de la base social de apoyo al Estado determina bastante bien las diferencias políticas de urbanización y de hábitat. Se trata de conservar las solidaridades tradicionales que existen y que todavía unen a los individuos, mediante las familias ampliadas, con el conjunto del pueblo. Para ello, se desarrollan modelos de consumo y de hábitat que individualizan, a la europea.

Por lo tanto, vemos que se desarrollan sectores de hábitat llamado "social"; es decir, aquellos que con la ayuda del Estado producen alojamientos para los funcionarios, los empleados, los capataces, los maestros de escuela, los ingenieros... Desde hace mucho estos programas inmobiliarios se han beneficiado de la Caja Central de Cooperación Económica Francesa. También se han lanzado otros proyectos: renovación de los barrios populares, a fin de provocar su desaparición más o menos rápida del centro de las ciudades o de sus periferias; fraccionamientos con la ayuda de la Caja, para la construcción doméstica o artesanal, acompañados de un verdadero encuadre social y financiero.

Una urbanización cada vez más extrovertida

Las ciudades de hoy son cada vez más extravertidas, cada vez más occidentalizadas; mucho más que en el periodo colonial. Hemos visto desarrollarse barrios enteros de embajadas; los miembros de las cooperativas más numerosas están en las ciudades de más fácil acceso. Las multinacionales tienen allí sus sedes de representación. Este conjunto sirve de factor de adiestramiento monetario de la economía, y si a esto se agrega el turismo, vemos bien hasta qué punto los modos de consumo y de urbanización pueden estar vinculados y subordinados al exterior.

De todo esto resultan contradicciones casi insolubles. En materia de servicios urbanos, por ejemplo, la exigencia de servicios de muy alta calidad que plantean los dirigentes segregados del resto de la población, es imposible de frenar. Así, ciertos barrios exigen que se trate el agua (para potabilizarla), que haya saneamiento del medio, que se recolecte la basura de las casas: un estándar de servicios superior al de las ciudades de los países ricos industrializados. Pero estas poblaciones, aunque muy ricas, son relativamente poco numerosas, y, además, están exentas de todo impuesto, mientras que en ciertos barrios no se garantiza ningún servicio. Las ciudades neocoloniales son abismos presupuestarios y acaparan, con gastos a menudo improductivos, la mayor parte de las disponibilidades locales en materia de inversiones.

Las políticas urbanas

La definición de las políticas urbanas depende de las condiciones concretas y específicas. Depende también de las estrategias que se adopten tomando en cuenta las contradicciones entre la ciudad y el campo, de las opciones de las formas de desarrollo de las fuerzas productivas, y de la construcción del Estado.

Estas estrategias encuentran su aplicación *en la caracterización de la índole del Estado*. Es la índole del Estado la que determina las formas de urbanización y las posibilidades de su control y es la que permite caracterizar las políticas urbanas de manera relativamente precisa.

Los Estados que acentúan la "apertura" hacia el mercado mundial tienen pocas posibilidades de control sobre la urbanización; vemos, por ejemplo, los casos de El Cairo y de Kinshasa. En los periodos de expansión, pueden realizar grandes obras públicas y apoyar la explosión urbana. Los Estados aplican políticas represivas directas, sobre todo al adquirir los medios para enfrentarse a las rebeliones populares. Los planes de urbanismo desempeñan, ante todo, un papel ideológico.

Los Estados controlados por burguesías, a través de las formas de capitalismo de Estado, tienden a aplicar medidas de política urbana acompañadas de tentativas de regulación de la ciudad: planes de urbanismo y de reformas de la tenencia de la tierra, cuyas intenciones no son únicamente ideológicas. Vemos surgir allí también políticas urbanas de hábitat más explícitas, destinadas a ampliar las bases sociales del Estado; sobre todo para la pequeña burguesía, que sigue desempeñando un papel importante en la construcción de tales Estados.

Por último, hay que indicar que se han planteado las mismas cuestiones en todos los periodos en que, en ciertos países, se han hecho tentativas de construcción socialista; son cuestiones relativas al control del ámbito urbano, vinculado a la evolución de la contradicción entre la ciudad y el campo, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la transformación del Estado, con sus consecuencias directas sobre la construcción de las alianzas de clases en el proceso de transformación social.

Traducción del francés:
SERGIO RENÉ MADERO

DESARROLLO URBANO Y POLÍTICA DE TIERRA Y VIVIENDA EN ÁFRICA: EL CASO DE ABIDJAN*

Algunas comparaciones con el caso de México

MARTHA SCHTEINGART

El Colegio de México
CEDDU

Introducción

EN ESTE TRABAJO NOS PROPONEMOS presentar algunos rasgos importantes del desarrollo urbano de Abidjan, capital de Costa de Marfil, relevando los problemas de apropiación y utilización del suelo y de producción del marco construido, teniendo en cuenta sobre todo el manejo por parte del Estado de esos elementos básicos del desarrollo urbano, para el asentamiento de la mayoría de la población.

Las particularidades de la situación africana que será aquí presentada, serán explicadas en el contexto del modelo de desarrollo que se ha elegido para el país, particularmente después de su independencia formal en 1960, del tipo de Estado que se ha conformado, y de los antecedentes precoloniales y coloniales que han marcado indudablemente su desarrollo actual, sobre todo en relación al problema de la tierra (que será nuestro principal objeto de estudio).

El análisis del suelo urbano no sólo es importante, en cuanto constituye el elemento soporte del marco construido y de las actividades de la ciudad (jugando un papel primordial en el

* Este trabajo ha sido realizado gracias a un contrato ofrecido a la autora por el ORSTOM (Office de la Recherche Scientifique et Technique d'Outre Mer), institución francesa que trabaja para el Tercer Mundo, y que ha acumulado un gran conocimiento sobre la situación social de algunos países africanos.

La consulta de un amplio material bibliográfico y el contacto con africanistas dedicados a la problemática urbana, en París, así como una visita de trabajo a Abidjan, fueron posibles gracias al apoyo y colaboración de Emile Le Bris, Director del Departamento "D" del ORSTOM "Urbanisation et Socio-systèmes urbaines".

proceso de estructuración del espacio urbano), sino además porque las acciones o prácticas con respecto al mismo pueden aportar elementos importantes para la comprensión de una sociedad. Efectivamente, toda acción sobre el suelo afecta los intereses de un grupo social y beneficia a otro, lo cual implica una elección política, resultante de una relación de fuerzas en permanente evolución.* Así, ese análisis requiere de la comprensión del marco general al que hicimos referencia, pero a su vez aporta a un mayor conocimiento de una sociedad, especificando el carácter de las acciones del Estado y de las relaciones sociales implícitas.

Si bien es cierto que la concepción del suelo como relación social descalifica a aquellas que lo consideran sólo como problema jurídico, no es posible ignorar el marco jurídico como punto de partida, para observar luego la aplicación del mismo a través de las prácticas sociales.

Por último, es necesario aclarar que el suelo, como objeto de estudio, no es analizable independientemente de su uso, lo cual significa, para el ámbito urbano, incorporar el análisis de la producción del marco construido y de la vivienda, en particular, como factor esencial que colabora en la fijación de la división social del espacio.

Estos enunciados teóricos justifican la orientación que hemos dado a esta presentación, así como los aspectos generales y particulares incluidos en el análisis y su orden expositivo. Las comparaciones entre el caso de Abidjan y el de la ciudad de México, que incluimos al final de este trabajo, están muy lejos de ser el producto de un trabajo teórico-empírico, de carácter comparativo, muy sistemático.

Sin embargo, pensamos que pueden aportar elementos interesantes, relativos a los efectos de la presencia de tierras colectivas en el crecimiento urbano, dentro de contextos socioeconómicos diferentes, con diverso grado de participación del Estado en lo urbano, y sobre todo, en estadios distintos del desarrollo de las sociedades. Es muy posible que las conclusiones de estu-

* Véase, "La question foncière urbaine dans les pays en développement: évaluation des tendances actuelles". Documento preparado por la Red sobre *Promoción inmobiliaria en el Tercer Mundo* Centre National de la Recherche Scientifique— (C.N.R.S.), Francia.

dios comparativos de este tipo puedan ayudar a relativizar algunas afirmaciones que surgen de los estudios individuales de caso, ampliando así la perspectiva de análisis de los problemas urbanos.

Para realizar este trabajo se ha partido de las investigaciones ya realizadas sobre Abidjan y los problemas del suelo en África Occidental, sobre todo por investigadores franceses; se han incorporado también los resultados de los análisis de documentos oficiales recientes y las reflexiones personales que han surgido como corolario de visitas efectuadas a distintos barrios de la ciudad, y de los datos proporcionados y las opiniones vertidas por diferentes funcionarios públicos, a cargo de la planificación urbana y el control del suelo en Abidjan. La información y reflexiones sobre el caso de México provienen de investigaciones que hemos venido realizando en los últimos años.

Por último, este trabajo es el producto de la primera etapa de una investigación más amplia, de tipo comparativo, que pretende introducir en el futuro el estudio de otras ciudades africanas.

Antecedentes históricos y desarrollo actual de Costa de Marfil

País independiente desde 1960, Costa de Marfil fue colonia francesa, junto a otros países de África.¹ Esta región fue colonizada por Francia desde principios del siglo XIX, aunque desde el siglo XVII, tanto ese país como otros países europeos se establecieron a lo largo de las costas occidentales y luego en el interior del continente, básicamente para el tráfico de esclavos y el comercio.

Sólo a partir de comienzos del siglo XIX, con el fin de la economía basada en ese tráfico, ciertas factorías comenzaron a desarrollarse y fue sobre todo en San Luis de Senegal donde los franceses concentraron sus inversiones, como centro de un territorio donde desarrollarían la explotación de sus recursos agrícolas. En treinta años el ejército ocupó vastos territorios e impuso la autoridad colonial; para controlar a las poblaciones

¹ Nos referimos a Benin, Camerún, Congo, República Centro Africana, Djibuti, Burkina Faso (Alto Volta), Gabón, Guinea, Malí, Mauritania, Niger, Senegal, Chad y Togo.

locales se fundaron puestos militares y se edificaron fuertes, campos militares y representaciones de casas de comercio, estimulándose asimismo la inmigración de colonos franceses, a los que se ofreció grandes concesiones de tierra.²

Aunque ya en el siglo XVII mercaderes y misioneros frecuentaban sus costas, es entre 1838 y 1842 cuando se sientan las bases de la implantación francesa en Costa de Marfil; a partir de 1893 este territorio será administrado como una colonia autónoma. La sociedad precolonial se caracterizaba por la presencia de comunidades rurales en las que dominaba la estructura clánica, el sistema de linajes, las formas colectivas de propiedad de los medios de producción y los lazos de parentesco y solidaridad. Estas características dificultaron la penetración de relaciones de mercado, de modelos europeos de consumo y, como veremos luego, de nuevas formas de valorización del suelo, que quisieron imponer los colonizadores. Sin embargo, algunas etnias estuvieron en mejores condiciones que otras para integrarse a las relaciones capitalistas de producción.³

Con una superficie de 322 000 km², Costa de Marfil se ubica a una latitud similar a la de Venezuela y Colombia, y presenta dos grandes zonas climáticas: la del sur, con un clima casi ecuatorial húmedo, que está cubierta por un manto continuo de selva tropical (que ha sido muy destruida) y la del norte, con clima tropical seco, que tiene un paisaje típico de la sabana.⁴ Los dos principales productos agrícolas de exportación, el cacao y el café, tuvieron un enorme crecimiento después de su introducción en 1880 y 1925; ambos comenzaron a cultivarse a través de algunos colonos europeos y luego se extendieron por toda la zona forestal del país incluyendo a plantadores nativos.

El actual presidente, y el grupo inicial de plantadores que comenzó la lucha anticolonialista, tuvieron tempranamente como objetivo principal el desarrollo económico, considerando

² Véase Alain Sinou, *Antecedentes históricos del urbanismo en África Negra Francesa*, ORSTOM, París, 1984.

³ Véase Bonnie Campbell, *L'Etat Post-Colonial en Côte d'Ivoire*, Document de travail núm. 6, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Centre d'Etudes Africaines, París, 1983.

⁴ Los cultivos más importantes del sur son el cacao, el café, la piña, los plátanos, el arroz; los del norte son los cereales, el ñame, el algodón y la caña. Algunos son para consumo interno y otros para la exportación.

más tarde que la colaboración con la metrópoli era la única capaz de favorecerlo. Se optó, entonces, por una estrategia de desarrollo dependiente para lograr un crecimiento rápido; ella ha permitido, en una primera etapa, conseguir recursos económicos, base de una cierta prosperidad y de la consolidación de su sistema político.⁵

La política económica se centró en la agricultura de exportación que podría financiar la diversificación del sector primario y desarrollar además otros sectores. El café, el cacao y la madera representaron el 77.6% del valor de las exportaciones totales en 1975 y desde 1977 el país se ha convertido en el primer productor mundial de cacao. Asimismo, el alza de los precios del café en el mercado internacional aseguró ingresos importantes a los plantadores, multiplicando los recursos financieros del Estado.

La industria, con una fuerte participación de capitales extranjeros, está poco desarrollada y se ha fundado principalmente en la transformación de productos locales (café soluble, conservas, aceite de palma, etcétera).

El endeudamiento externo se ha utilizado para el financiamiento de grandes operaciones de sostén de la expansión económica, y ha crecido violentamente, sobre todo en los años setenta. La extraversión ha implicado, por otra parte, una gran afluencia de expertos extranjeros, sobre todo franceses, que ha ido en aumento (al contrario de lo que ha ocurrido en otros países africanos). En el sector público, los consejeros técnicos de los ministros y los profesores absorben la gran mayoría de los puestos de cooperación. En el sector privado (fuera de la agricultura) los puestos de dirección y otros cargos importantes de las empresas también están cubiertos en gran medida por extranjeros.⁶

La sociedad marfileña se caracteriza también por la presencia de una fuerte proporción de africanos provenientes de otros países: Alto Volta, Mali, Guinea, etc. Esta proporción excepcional es consecuencia de la apertura de sus fronteras y ha per-

⁵ Véase Y. A. Faure, "Le complexe politico-économique" en *Etat et Bourgeoisie en Côte d'Ivoire*, KARTHALA, París, 1982.

⁶ *Ibid.*

mitido disponer de una mano de obra abundante y barata.⁷

El crecimiento del Estado (cuya participación fue necesaria para la expansión de los equipamientos y las infraestructuras básicas para el desarrollo económico), y la diversificación de la economía financiada por el excedente agrícola, permitieron una ampliación de la clase dirigente. Al comienzo ésta tuvo una relación privilegiada con los grandes plantadores, pero con la independencia se enriqueció con nuevos cuadros de funcionarios, más educados que los primeros. Algunos autores sugieren que el Estado es un agente relativamente autónomo de transformaciones económicas, y que la burguesía político-administrativa podría constituir la clase dominante.⁸

Pero el modelo de desarrollo elegido, si bien permitió una etapa de acumulación importante (aunque con grandes desigualdades sociales) no ha conducido a un crecimiento sostenido, y ha entrado fuertemente en crisis, a partir sobre todo de 1979. La gran depresión de los precios del café y el cacao en el mercado internacional y el rápido aumento de los precios de los productos importados afectaron muy desfavorablemente los términos del intercambio; a ello se debe sumar un enorme aumento de la deuda externa, que se triplica entre 1978 y 1982, principalmente para cubrir los gastos resultantes de las inversiones públicas realizadas durante el periodo de prosperidad.

Las consecuencias de esta crisis son múltiples, y se harán evidentes, como veremos más adelante, en el desarrollo urbano de Abidjan, y en las políticas del Estado referidas al consumo de la población.

El problema del suelo en África Occidental francesa y en Costa de Marfil (marco jurídico y prácticas sociales)

Además de ubicar el desarrollo urbano de Abidjan en el marco más amplio del desarrollo socioeconómico del país, antes de referirnos al manejo de la tierra urbana en ese centro, conside-

⁷ Véase J. F. Médard, "La régulation socio-politique", en *Etat et Bourgeoisie en Côte d'Ivoire*, *op. cit.*

⁸ Véase, por ejemplo, Y. A. Faure y J. F. Médard, "Clase dominante ou classe dirigeante?" en *Etat et...*, *op. cit.*

ramos necesario tener en cuenta los antecedentes jurídicos y las prácticas sociales que han marcado el uso del suelo, en esa región, en la época precolonial y colonial.

La propiedad colectiva (por familias y tribus) e inalienable era el rasgo esencial de la tenencia de la tierra en África cuando llegaron los franceses. Las poblaciones nativas se encontraban en una fase de desarrollo económico en la que la propiedad individual del suelo, que implica el derecho privativo y hereditario de disposición y venta, comienza apenas a despuntar. El grado de evolución no era el mismo en toda el África Occidental, y ciertas regiones estaban más avanzadas que otras en el camino que conduce a la propiedad privada,⁹ pero por todos lados dominaba la idea de colectividad.

Aun en los terrenos no ocupados, los pueblos vecinos y la tribu entera ejercían un derecho que tomaba la forma, ya sea de un uso común, ya sea de una reserva en provecho de un jefe, como representante de una comunidad. Así, como ya señalamos, los colonizadores encontraron grandes dificultades para la utilización de las tierras.

Las normas y reglas no escritas que regían las formas de aplicación, utilización y transmisión de los terrenos entre los indígenas, han constituido el "derecho consuetudinario", referente precolonial que, en cierta medida, es una invención de los colonizadores.¹⁰ La caracterización de ese tipo de propiedad, que pone énfasis en la existencia de derechos temporarios y relativos sobre el suelo, le permitió justamente al poder colonial apoderarse de las tierras que necesitaba para el desarrollo de nuevas actividades y la valorización del territorio. La defini-

⁹ Existe, según algunos autores, una sorprendente similitud histórica en la evolución de la propiedad del suelo en las poblaciones primitivas. Así, se podría decir que al comienzo la propiedad del suelo era completamente colectiva y pertenecía a la tribu; los individuos tenían un derecho de uso temporario. Se produce luego una conversión de la ocupación precaria al derecho de goce subordinado al cultivo, apareciendo posteriormente el derecho hereditario y por fin el de propiedad privada. Estos cambios ocurren tanto de la tribu a la familia, como de la familia al individuo; comienzan por las casas, continúan por las tierras cultivables, terminando por aquellas no ocupadas.

Véase P. Dareste, "Le régime de la propriété foncière en Afrique Occidentale Française" en *Recueil de législation, de doctrine et de jurisprudence coloniales*, tomo XI, año 1908, París.

¹⁰ Véase, Etienne Le Roy, "Caractères des droits fonciers coutumiers" (Cap. II), en *Encyclopedie Juridique*, Dakar, noviembre de 1982, tomo V.

ción de propiedad colectiva, opuesta al concepto de propiedad privada, individual, absoluta y exclusiva, fue utilizada para poder decretar que, por anexión y conquista, el Estado colonial podía heredar esa propiedad, en reemplazo de los jefes de tribu. Se buscó así una legislación que permitiera al poder colonial, en lugar del jefe, poner a disposición de particulares los terrenos que ellos requirieran. Se ha definido, entonces, al referente precolonial como una imagen caricaturesca del derecho del suelo autóctono, para privilegiar las instituciones coloniales.¹¹

En 1906 la administración francesa aprobó el Acta Torrens, inspirada en la legislación australiana, para regir el manejo de la tierra en sus colonias africanas. A través de la misma se establece el régimen de la inmatriculación, que permite aplicar un procedimiento rápido para fijar un derecho de propiedad privada. La demanda de propiedad sobre un terreno se hace conocer a los eventuales oponentes (en general sus poseedores tradicionales) y las oposiciones deben manifestarse dentro de los 3 meses siguientes; en ausencia de litigios se transfiere la propiedad y el terreno se inscribe en un registro, a nombre del Estado, el que para controlar la utilización del mismo se interpone entre los nativos y el adquirente.

En cuanto a los terrenos de propiedad del Estado, se hace la distinción entre las propiedades pública y privada. Esta última plantea muchos problemas y ha sido motivo de fuertes conflictos entre los poseedores tradicionales y el Estado. A pesar de que, frente a las presiones y reclamos de la población nativa, se fueron aprobando posteriormente algunas disposiciones legales que han tratado de limitar el poder del Estado sobre las tierras vacantes,¹² se han cometido muchos abusos y despojos en detrimento de los poseedores tradicionales.

¹¹ Etienne Le Roy, *op. cit.*

¹² Un decreto de 1904 reconoció por primera vez la existencia de una propiedad colectiva tradicional. En 1935 los derechos del Estado se extendieron sobre todo terreno no utilizado durante 10 años. En 1955 el Estado abandona toda prioridad sobre las tierras vacantes y se obliga, antes de incorporar un terreno a su dominio, a probar por el procedimiento de la inmatriculación, la ausencia de reclamo por parte de los nativos.

Véase, Ph. Haeringer, "Structures foncières et création urbaine à Abidjan", en *Cahiers d'Etudes Africaines*, Vol. IX, 1969, París, y Ley Albert, *Regime Domaniale et Foncier*, Ecole Nationale d'Administration, Rep. de Côte d'Ivoire.

En el ámbito urbano la organización del espacio se ha basado en la expropiación de terrenos, por causa de utilidad pública, a las comunidades nativas, aplicando luego la inmatriculación a nombre del Estado, el cual posee la iniciativa en todo lo que se refiere a los loteos. La propiedad privada se va constituyendo por división de los títulos de propiedad pública, en beneficio de particulares. Los lotes son atribuidos en concesión provisoria hasta que su utilización y valorización, de acuerdo con ciertas normas establecidas, permitan la concesión definitiva. Si luego de dos años la valorización no se lleva a cabo, el terreno no puede ser retomado por el Estado. Las normas de utilización del suelo están contenidas en un plan de extensión de la ciudad y se refieren a usos, alturas de edificios, calidad de la construcción, etcétera.

Como el régimen de concesiones exigía un procedimiento legal y administrativo muy largo, así como una valorización del suelo que de hecho resultaba sumamente onerosa para la población nativa, se estableció en 1909 el "permiso de habitar" para esos sectores; éste consiste en un simple derecho de uso entregado gratuitamente, sin ninguna obligación en cuanto a las características de la construcción que se haría sobre los terrenos. Este permiso sufrió algunas transformaciones que favorecían a los usuarios, pero luego se abandonó, aparentemente porque fomentaba la vivienda insalubre y se prestaba a la especulación. Se ha tratado de transformar esos permisos en concesiones provisorias, pero los resultados fueron bastante limitados.¹³

De la presentación anterior se puede deducir que existió, desde la época colonial, un gran dominio del Estado en el manejo de la tierra. Ello implicó en la realidad un fuerte despojo a la población nativa de sus terrenos tradicionales y, por otra parte, un control del desarrollo urbano, a través de la creación

¹³ En un principio, el *permiso de habitar* impedía cualquier traspaso y venta de la vivienda y la administración se reservaba la facultad de desplazar a los nativos, sin ninguna indemnización. En 1921 se introduce una reforma legal que permite transferir ese permiso y también se prevé una compensación por desalojo. En 1943, se establece un puente entre el permiso de habitar y el de la concesión, permitiendo la transformación del primero a la segunda. Esta experiencia sólo se aplicó a un barrio de Abidjan (Treichville).

de loteos y de la propiedad privada, sólo para aquellos que estaban en condiciones de valorizar el suelo (fundamentalmente los europeos). Los nativos sólo recibieron un precario "permiso de habitar" y luego ni siquiera eso.

"Más que cualquier otra técnica, la inmatriculación está destinada a asegurar el pasaje de la matriz precapitalista a la matriz capitalista, y a controlar el espacio preservando la seguridad de los capitales invertidos en los bienes inmobiliarios." Todas las transacciones que se realizan en terrenos inmatriculados, están regidas por un derecho de origen europeo, de tipo liberal, opuesto a las características del derecho consuetudinario.¹⁴

Después de la independencia, el Estado marfileño ha mantenido, sin mayores modificaciones, el marco jurídico que regía el manejo del suelo urbano. Veremos cómo éste se ha aplicado, y cuáles han sido las consecuencias sociales de esa aplicación.

Abidjan: desarrollo urbano y políticas de tierra y vivienda

En 1934, Abidjan se convierte en la capital de Costa de Marfil, aunque ya en 1904 su sitio fue elegido como punto de partida de una línea de ferrocarril que une este país con el Alto Volta.¹⁵ Su población actual es de aproximadamente 2 000 000 de habitantes, que representa alrededor del 50% de la población urbana (la correspondiente a las 44 ciudades con más de 10 000 habitantes) y casi el 20% de la población total del país (que se calcula en cerca de 10 millones de habitantes).

El cuadro de la siguiente página, muestra el crecimiento poblacional de Abidjan, así como su extensión física, en las diferentes etapas en las que se ha dividido el desarrollo de la ciudad.

Como puede observarse, la ciudad ha tenido una fuerte tasa de crecimiento demográfico, duplicando su población, en promedio, cada 7 años.

¹⁴ Véase, Etienne Le Roy, "Les objectifs de la colonisation française ou belge" (Cap. VI) en: *Encyclopedie Juridique*, Dakar, Nov., 1982.

¹⁵ El primer centro urbano importante de Costa de Marfil fue Grand-Bassam, pero en 1899, luego de una epidemia de fiebre amarilla, la administración decidió transferir el centro de la colonia a Bingerville, lugar más salubre, y allí se mantuvo hasta 1934. Estos dos centros se encuentran en la región de Abidjan, cerca de la costa del Golfo de Guinea. El país contiene unas 40 etnias diferentes, siendo la de los ébrié la que dominaba en el sitio de Abidjan.

Año	Ciudad colonial Superficie: 600 has				Ciudad portuaria 12 000 has				Nuevo perímetro 60 000 has			
	1912	1934	1950	1955	1963	1970	1975	1978	1982			
Población (habitantes)	1 400	17 000	65 000	125 000	254 000	550 000	951 000	1 269 000	1 900 000			
Tasa anual de crecimiento	12%		10%	10%	10%	11.5%						10.7%

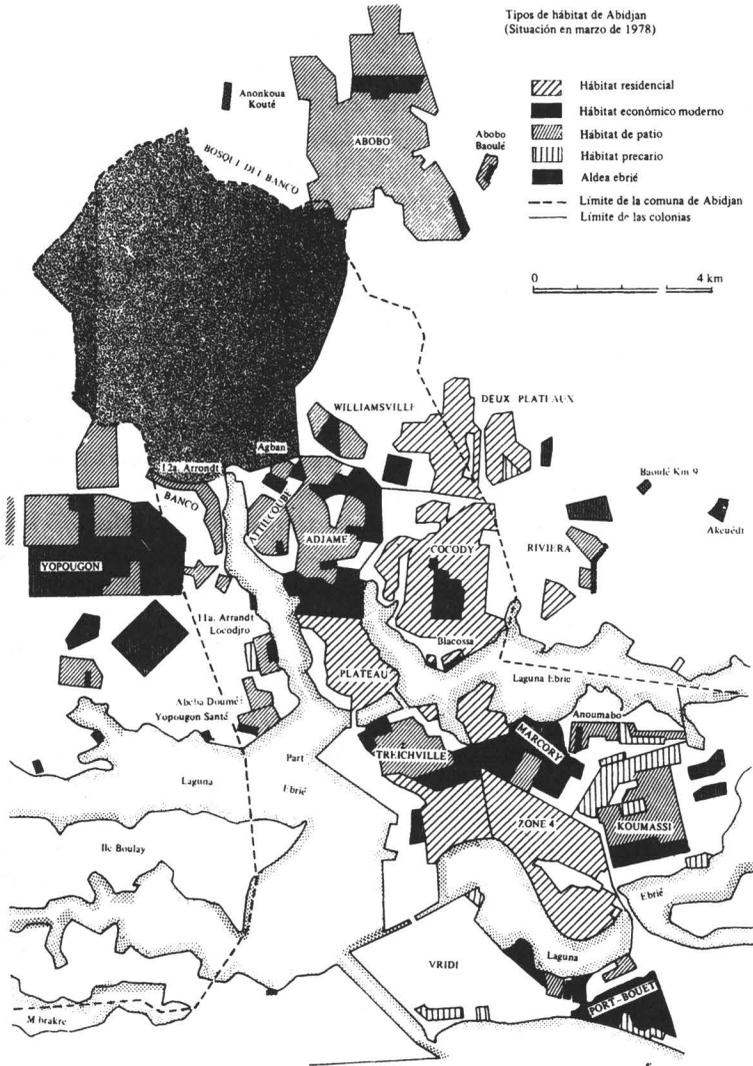
Fuente: *Dynamique démographique et Habitat à Abidjan*. Ph. Antoine y Cl. Herry, Orstom, 1982.

La ciudad colonial, constituida a partir del ferrocarril, se desarrolló sobre todo al convertirse en el centro administrativo de la Colonia. Desde el punto de vista espacial estaba formada por el *plateau*, donde se localizaban las actividades administrativas, comerciales y de residencia de los europeos y por dos barrios populares, totalmente segregados, para los nativos (Adjamé al norte y Treichville al sur). De esta manera Abidjan reproduce la conformación socioespacial de las ciudades coloniales, en las que todo el equipamiento se concentraba en el *plateau*, mientras que la falta de servicios, el hacinamiento y la precariedad, dominaban en los barrios nativos. Después de la construcción del canal de Vridi, que permitió dotar a la ciudad del mejor puerto de aguas profundas del Golfo de Guinea, ésta comienza a crecer violentamente, siguiendo la estructura básica fijada en la etapa anterior.

Con la independencia y la edificación de los primeros programas de vivienda realizados por el Estado, se crean nuevos barrios, tanto residenciales como de vivienda económica (Cocody, Marcory, Zona 4, Adjamé, Koumassi, Port-Bouët). A partir de 1970, la aglomeración se extiende en todas direcciones; sobre todo cabe mencionar la gran expansión de Abobogare, al norte, un desarrollo espontáneo que se ha vuelto la zona más extendida de la ciudad; al oeste Yopougon, donde el Estado ha realizado un importante programa de vivienda económica; al este "Deux Plateaux" y Riviera, donde se efectuaron operaciones de vivienda residencial para grupos más acomodados; al sur Port-Bouët, donde se encuentra otro programa de vivienda económica, además de una amplia zona de vivienda espontánea, cerca del litoral.¹⁶ (*Véase* mapa en la página que sigue.)

La formación de estos barrios, en la que evidentemente la acción del Estado ha tenido una influencia decisiva, ha implicado una nueva forma de división social del espacio, diferente a la de la época colonial; ella expresa la nueva estructura social urbana, con una clase dominante marfileña, sectores medios incorporados a las nuevas actividades económicas urbanas y de

¹⁶ *Véase*, Ph. Haeringer, Abidjan, 1976. Occupation de l'espace urbain et péri-urbain: commentaire planche B4C — *Atlas de Côte d'Ivoire*, Ministère du Plan - ORSTOM - IGT— Abidjan, 1977.



la administración pública y vastos sectores populares, dentro de los cuales los inmigrantes de otros países africanos llevan la peor parte. La población europea, a la que ya hicimos referencia, se ubica especialmente en los mejores barrios, donde también habitan los marfileños pertenecientes a la élite. Hemos hablado más arriba de las grandes corrientes migratorias procedentes de otros países de África Occidental, que llegan a Costa de Marfil. Una parte importante de estos migrantes se dirige a Abidjan y ellos representaban, junto a los migrantes marfileños de otras regiones del país, un 40% de la población de Abidjan en 1975.

Para dar una idea más precisa de las características sociales de la ciudad nos referiremos a la estructura ocupacional de la misma, a partir de los datos suministrados por el Censo General de Actividades realizado en 1976 (Ministerio del Plan). Según este Censo, el número de empleos representaba sólo el 24.7% de la población total de la ciudad. Dentro del total de empleos, los pertenecientes a los grandes establecimientos (en los sectores de la construcción, transportes, comunicaciones, comercio e industria) concentraban el 33% del total, con sólo 27 770 empleos industriales. La función pública representaba el 11% de los empleos; aquellos pertenecientes a empresas medianas y pequeñas (comerciales, de servicios, artesanales), el 17% del total; los de actividades en mercados el 13.5%, los correspondientes a trabajos realizados en la calle el 8.5% y los de servicio doméstico el 11%. Estos datos muestran obviamente la presencia de una sociedad donde existe una gran masa 'informal', con ingresos muy reducidos, y muy pocos empleos industriales, o en el sector moderno de la economía.

No existe información más reciente, pero es probable que con la crisis el número de desocupados o subocupados haya aumentado notablemente. Las características ocupacionales de la población, y sus ingresos, están en la base de las grandes diferencias de consumo que se observan en la ciudad, y en las condiciones de vivienda que analizaremos a continuación.

Producción habitacional y manejo del suelo urbano

La producción de vivienda del Estado no ha sido nunca do-

minante, dentro de lo que podemos llamar la ciudad legal. Sin embargo, fue relativamente importante en los años setenta, si se la compara con la actual, drásticamente reducida por la crisis.

Esa vivienda puede ser de dos tipos: residencial (de lujo y media) y de tipo económico. La primera se dirige básicamente a altos empleados y funcionarios del Estado (incluidos los técnicos europeos) y ha representado una producción anual de unas 1 500 unidades entre 1973 y 1977. Estas viviendas, individuales o en edificios colectivos, presentan muy buenos servicios y calidad de construcción y se encuentran ubicados en los barrios residenciales con mejores equipamientos (Cocody, Riviera, Marcory, etc.). La vivienda económica, para sectores medios, representó una producción anual de alrededor de 5 000 unidades en ese mismo periodo. Su calidad constructiva y de servicios es regular, y algunas se han deteriorado bastante rápido. Dentro de la producción que se da dentro de la legalidad, se encuentra la vivienda progresiva, financiada por los usuarios. En este caso la intervención del Estado se limita a la concesión de terrenos con alguna infraestructura de servicios. Hubo entre 1973 y 1977 una producción media anual de unas 13 550 unidades de este tipo, que es el más tradicional de la ciudad: la vivienda con patio (*habitat cour*). Aunque en esta forma habitacional vivía en general una sola familia, luego, debido al proceso de densificación que ha acarreado el crecimiento urbano, se produjeron transformaciones, que llevaron a que varias familias habitaran alrededor de un patio. La vivienda, así, ha tendido a degradarse.

A través de esa producción, el Estado se concentró en un 30% del incremento anual de viviendas realizadas dentro de la legalidad; dentro de él ha financiado más del 50% de su costo, bajo forma de terrenos equipados y préstamos otorgados a las Sociedades Inmobiliarias. En las viviendas de tipo residencial, el número de familias alojadas gratuitamente por el empleador pasaba del 50 por ciento.

De esta manera, una parte importante del ahorro de las familias de ingresos elevados, y la casi totalidad del crédito disponible se concentraron en un sector del mercado que representaba menos del 10% de las familias a alojar.

En el sector de viviendas económicas apoyadas por el Estado, el tipo de ocupación es la locación, con una tasa elevada de subvención y, de hecho, un congelamiento de los alquileres. Estas viviendas se han dirigido al 20% de las familias que deberían alojar, que sólo pueden ser nacionales.¹⁷

Los datos aquí presentados muestran, entonces, una política de vivienda basada en la atención a un sector minoritario de la sociedad al que se han dedicado grandes recursos disponibles, en una época de prosperidad que no duró mucho tiempo.

La otra cara de esta realidad es la gran proliferación de barrios llamados "espontáneos", donde los terrenos son comprados ilegalmente (por ser inalienables), pero pagando altos precios a los poseedores tradicionales del suelo periurbano, perteneciente al derecho consuetudinario. Las viviendas a veces son construidas por los mismos poseedores tradicionales de los terrenos (sobre todo en una primera etapa de formación de estos barrios) y en otros casos la edificación se realiza, de manera muy precaria, por los usuarios. La falta de servicios, y las malas condiciones sanitarias predominan en estas habitaciones. Los barrios "espontáneos" han sido, en general, muy perseguidos por la administración, en parte porque este tipo de vivienda "no puede" tener lugar en una ciudad moderna (símbolo del progreso) y además porque el Estado quiere tener la iniciativa total en materia de crecimiento urbano. Muchos de estos barrios fueron destruidos desde su aparición, algunos después de una existencia más prolongada y otros han logrado sobrevivir, ya que gracias a su rápido desarrollo se han impuesto en la estructura urbana (como Abobo-Gare, mencionado antes). Aunque en ellos habita aproximadamente un 25% de la población (proporción que sigue aumentando como consecuencia de la crisis) la administración ha tratado de negar su existencia; no ha hecho nada para mejorarlos, y tampoco ha ofrecido a las amplias capas de la población que los habitan (en general tra-

¹⁷ Véase, *Perspectivas Decenales de Abidjan*. SCET, Costa de Marfil, 1977. Las viviendas producidas por el Estado son para la renta y para la venta a plazos. La promoción es realizada por empresas inmobiliarias del Estado, y la construcción se encuentra en manos de empresas extranjeras o bien de constructores, en general franceses, radicados en el país. No existe un sector inmobiliario capitalista privado, que especule con el suelo y promueva conjuntos de viviendas.

bajadores poco calificados, pequeños comerciantes y artesanos, de origen extranjero) otras alternativas para asentarse en la ciudad.¹⁸

Además de las condiciones habitacionales y la falta de servicios mínimos, la deficiente alimentación y las pésimas condiciones sanitarias afectan fuertemente la salud de la población. Se ha calculado que en estos barrios la mortandad infantil es mayor que en el medio rural, y que la probabilidad de morir para los niños entre 1 y 4 años es 15 veces más elevada que en la vivienda de tipo residencial. Así, los niños de las clases más pobres conocerán niveles de mortandad similares a los registrados en Europa a principios del siglo XIX.¹⁹ Recientemente, el Banco Mundial se ha hecho presente a través de algunos programas de mejoramiento en los barrios, pero esas acciones son ínfimas comparadas con las grandes necesidades de la población más pobre.

Para terminar con este análisis, trataremos de hacer un balance sobre el manejo del suelo y sus condiciones actuales en Abidjan. La transformación de la tierra rural a usos urbanos se realiza, en este caso, a través del régimen de la concesión e inmatriculación, con intervención del Estado, en general para los sectores de la población que están en condiciones de valorizar el suelo o que constituyen su clientela. Para el resto, existen las compras ilegales a los poseedores tradicionales del suelo periurbano. Pero también, debido a que el Estado no puede hacer frente a todas las demandas de terrenos (al existir unas 20 000 sin satisfacer), por problemas económicos, administrativos y políticos, muchos usuarios que estarían en condiciones de valorizar los terrenos, de acuerdo a las normas establecidas, realizan también compras ilegales, a precios mayores que los fijados por el Estado en el sistema de la concesión.

Dentro de la ciudad legal, una parte importante de los terrenos construidos pertenecen al Estado, sobre todo en aquellos

¹⁸ Véase, Ph. Haeringer, *Quitte ou Double: les chances de l'agglomération abidjanaise*, ORSTOM, 1969, y del mismo autor: "Stratégies populaires pour l'accès au sol dans une ville africaine", en *Enjeux Fonciers en Afrique Noire*, ORSTOM-KARTHALA, 1982.

¹⁹ Véase, Ph. Antoine y Cl. Herry, *Dynamique démographique et habitat à Abidjan*, ORSTOM, 1982.

barrios de viviendas económicas producidas por el sector público, para la renta (como Port-Bouët, Vridi, Yopougon). En cambio, en las zonas residenciales predomina el "acceso a la propiedad de las viviendas", y los terrenos del Estado son mínimos (10 a 15% en Cocody, "Deux Plateaux", etc.). A pesar de que el sistema de la inmatriculación y el de la concesión han tenido por objeto crear un mercado capitalista del suelo, las informaciones que hemos obtenido de los funcionarios responsables del manejo del suelo, y de la planificación urbana, revelan que no se dan muchas transacciones privadas, entre otras cosas porque muy frecuentemente los terrenos no pasan a la propiedad definitiva (sin la cual el terreno no puede venderse), para no realizar los pagos correspondientes. Pareciera ser, entonces, que el gran movimiento de compras y ventas se realiza dentro del sector ilegal, en beneficio de especuladores que luchan con la escasez de terrenos disponibles, por la creciente demanda que trae aparejada el gran crecimiento urbano y por los problemas de la gestión del Estado.

De esta manera, no existe un mercado privado del suelo, como en otras ciudades de países capitalistas, ni tampoco un sector inmobiliario en manos de una burguesía local, que acumule riquezas a partir de la producción del marco construido urbano.

Sin embargo, como consecuencia del modelo de desarrollo que se ha dado en este país, de sus resultados sobre "la cuestión social", y sobre la estructuración del aparato del Estado, sólo una minoría privilegiada de la sociedad ha tenido acceso a los medios de consumo que el Estado ha logrado producir, incluso en los años de mayor prosperidad. La gran crisis que aqueja actualmente al país ha obligado a la administración a repensar sus políticas, sobre todo para evitar los despilfarros y para distribuir más racionalmente sus escasos recursos. Probablemente estos replanteos tendrán también su efecto en un cambio de actitud hacia los barrios ilegales y "espontáneos".

Algunas comparaciones con el caso de México

A primera vista, puede parecer insólito intentar una comparación entre dos casos tan diferentes; sin embargo, nuestro obje-

tivo es muy preciso y acotado, y en estos términos la comparación cobra sentido. Se trataría de arribar a algunas conclusiones comparativas que nos permitan comprender el efecto de la presencia de formas colectivas de propiedad sobre el crecimiento urbano, así como de diferentes grados de participación y control del Estado sobre la configuración del espacio para diferentes sectores sociales. La comparación justamente de algunos rasgos particulares parecidos, en contextos generales diferentes, ayudará, sin duda, a entender mejor por qué han ocurrido ciertos fenómenos de desarrollo urbano, y a repensar con otra visión las condiciones actuales y perspectivas futuras de cada uno de los casos considerados.

Las diferencias entre México y Costa de Marfil saltan a la vista, si comparamos su extensión geográfica, población, desarrollo industrial y recursos naturales más importantes,²⁰ pero sobre todo si tomamos en cuenta los procesos históricos. México fue colonizado más de 300 años antes que Costa de Marfil, y la duración del poder colonial fue de 300 años en un caso y de menos de 100 en el otro.

Los diferentes momentos de incorporación de los países al sistema económico mundial contribuyen a explicar por qué las sociedades africanas no fueron tan penetradas y transformadas, como lo fueron los territorios latinoamericanos por el poder colonial español. Entonces, "el momento y duración del poder colonial, las circunstancias que caracterizaban la economía mundial en el momento de la incorporación, y la forma en que los factores externos se combinaron con los rasgos particulares de la organización social y económica de la sociedad indígena, se sumaron para delinear el desarrollo posterior de esos países".²¹ Para completar el panorama relativo a los tiempos históricos habría que agregar que México tiene más de un siglo y medio de vida como país formalmente independiente y Costa

²⁰ México tiene una superficie cinco veces mayor que Costa de Marfil, y una población que la supera ocho veces; es un país mucho más industrializado y sus recursos petroleros lo ubican en el plano internacional en una posición relativamente más privilegiada y menos endeble que la del país africano.

²¹ Véase, P. Lubeck y J. Walton, "Urban class conflict in Africa and Latin America: comparative analysis from a world system perspective". *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 3, núm. 9, Marzo, 1979, Londres.

de Marfil apenas 25 años, de manera que su pasado colonial ha marcado mucho más las características generales de la sociedad actual, así como las condiciones más específicas de la urbanización y del desarrollo de su ciudad principal. Ello se hace evidente en lo que respecta a las formas de apropiación del suelo urbano, que relevamos en este trabajo.

Crecimiento urbano y políticas de tierra en la Ciudad de México

Como el caso de México será tomado aquí sólo como referente comparativo, no seguiremos, para su presentación, el mismo esquema expositivo que hemos adoptado para el país africano, por otra parte mucho menos conocido en nuestro medio. Nos limitaremos, entonces, a describir los mecanismos de transformación de la tierra rural a usos urbanos, en el contexto del gran crecimiento de la ciudad de México, y a puntualizar cuáles han sido las políticas del Estado, y sus consecuencias en la utilización del espacio para los diversos estratos sociales. Creemos que estos elementos serán suficientes para arribar a las conclusiones comparativas que nos habíamos propuesto en un principio.

La ciudad de México comenzó su proceso acelerado de crecimiento poblacional y expansión física hacia 1940. En ese año tenía 1 670 000 habitantes y en la actualidad llega a 17 millones de personas, constituyendo una de las metrópolis más pobladas del mundo (más de 8 veces mayor que Abidjan). La expansión de la mancha urbana se ha producido, en una medida importante, sobre terrenos que no son de propiedad privada, lo cual configura una situación particular dentro del contexto latinoamericano, y la acerca más a la realidad africana que hemos descrito. Esos terrenos, no privados, son de propiedad comunal y ejidal, que si bien difieren en algunos aspectos de las tierras pertenecientes al derecho consuetudinario africano, tienen en común con ellas su carácter colectivo e inalienable. En ambos casos las tierras, para ser incorporadas al uso urbano, deben ser expropiadas por el Estado, compensando a sus anteriores ocupantes. Pero en África la propiedad de derecho consuetudinario existía antes de la llegada de los colonizadores, y a pesar de los abusos cometidos, en cierta forma ha

sido respetada, lo cual no ocurrió con las propiedades de los aztecas a la llegada de los españoles. Los diferentes momentos y formas de colonización, a que hicimos referencia más arriba, podrían explicar el distinto tratamiento a los nativos y sus tierras.

Los terrenos comunales que encontramos en México (aunque tienen algunas similitudes con los "calpulli" de los aztecas) fueron en realidad otorgados por la Corona Española a los pueblos indígenas, durante el siglo XVI. Con la Reforma Liberal del siglo pasado muchos de estos terrenos fueron divididos y vendidos, poniéndose en duda la validez de los títulos poseídos por los comuneros. Aunque la Revolución de 1910 y la legislación resultante apoyaron su reconocimiento, hasta el presente muchas de esas tierras se han perdido, o están en conflicto, en desmedro de los derechos de los comuneros.

El ejido, en cambio, fue una creación del Estado Mexicano después de la Revolución, con el objetivo de dotar a los campesinos de terrenos para que los trabajaran. Estos terrenos, según el Código Agrario de 1915, pertenecen a la nación, son inalienables, y sólo pueden ser expropiados para usos de utilidad pública o interés social. La propiedad ejidal sólo permite a los campesinos el usufructo obtenido de la producción del suelo.

Pero estas tierras de carácter colectivo han coexistido con la propiedad privada de manera diferente que en el caso africano, por lo cual su utilización en el ámbito urbano también se da dentro de un marco legal con rasgos muy distintos. En México, la Ley de Reforma Agraria hace hincapié en la utilización de esas tierras colectivas para usos de interés social, lo cual supone (a pesar de las indefiniciones de conceptos) que ese recurso de la nación no puede ser utilizado para operaciones que beneficien a los sectores más pudientes, quienes tienen acceso al mercado de tierra capitalista o a la compra de tierras periféricas privadas. En Costa de Marfil se supone que el Estado siempre interviene en la transformación de la tierra rural a usos urbanos, sea ésta de los detentadores tradicionales o de propiedad privada. De manera que no cabría esa distinción, entre lo que es de "interés social" y lo que corresponde a los sectores privilegiados.

Aquí también habría que agregar al análisis el hecho que el marco legal africano proviene de un estado colonial, mien-

tras que en el caso mexicano se trata de una legislación surgida de una revolución, donde evidentemente "lo social" adquiere otro relieve.

Sin embargo, la aplicación actual de esas normas, para el caso de México, ha traicionado reiteradas veces el espíritu de la ley, como veremos a continuación.

Por ejemplo, en el periodo 1940-1960, la ocupación de terrenos ejidales y comunales (que no era aún tan importante como en décadas posteriores) ha implicado una utilización mayor de los mismos para la industria o para asentamientos de capas sociales de ingresos medio-altos y altos, que para resolver el problema de alojamiento de aquellos grupos que no podían acceder a un lote de terreno en un fraccionamiento legal.²²

En 1970, se estimaba que el 30% de la población del Distrito Federal habitaba asentamientos irregulares, donde la tierra es apropiada ilegalmente y donde dominan la vivienda autoconstruida, de tipo precario, y la falta de servicios básicos. En 1975, esa estimación se elevó al 40%. Una parte de esos asentamientos se desarrolló sobre terrenos ejidales y comunales lo cual produce un cambio con respecto al periodo anterior, en cuanto a ocupación de esos terrenos por los sectores populares. La utilización de los mismos, por algunos conjuntos habitacionales del Estado, a partir de 1960, y sobre todo de los setenta (cuando se intensifica la acción de los organismos de vivienda oficiales) coadyuva también en el cambio de utilización de los terrenos de propiedad colectiva, con un mayor beneficio de los sectores más necesitados. Sin embargo, en los Municipios Metropolitanos del Estado de México una parte importante de los terrenos ejidales (casi el 40%) ha servido para el asentamiento de los estratos más pudientes, en fraccionamientos de tipo especulati-

²² Véase, Martha Schteingart, "Crecimiento urbano y tenencia de la tierra. El caso de la Ciudad de México", *Revista Interamericana de Planificación*, núm. 60, diciembre de 1981, México.

En este trabajo se ha medido la proporción de terrenos ejidales y comunales dentro del crecimiento urbano. En el Distrito Federal, la Ciudad de México ha crecido en casi un 50% sobre ese tipo de tierras. En el Estado de México, la expansión de la mancha se produjo en un 22% sobre terrenos ejidales, en un 27% sobre comunales y en 28% sobre tierras del Estado. Sólo un 23% correspondió a la propiedad privada (cabe aclarar que la Ciudad de México ocupa actualmente una gran parte del D.F. y 12 municipios del Estado de México).

vo; éstos constituyeron el negocio de un nuevo sector inmobiliario capitalista que comienza a crecer en los sesenta.

Las diferentes formas de transformación de tierras ejidales y comunales a usos urbanos están relacionadas con su utilización final (para qué actividad; para qué sector social), y con los agentes y mecanismos que intervienen, que pueden ubicarse dentro de la legalidad o fuera de ella.

Así los mecanismos legales que han permitido esas transformaciones han sido las expropiaciones, y (hasta 1971) las permutas entre ejidos; las formas no legales incluyen las invasiones (poco comunes), las ventas a familias de escasos recursos por los ejidatarios (más específicamente los comisariados ejidales), y la apropiación ilegal de terrenos por parte del capital, sobre todo por fraccionadores o promotores que tienen una posición privilegiada dentro del mercado.

Mientras que en los años cincuenta y sesenta, un mecanismo legal como la permuta entre ejidos ha permitido la utilización de estos terrenos para usos residenciales de los sectores más afluentes, en los últimos años, algunos organismos públicos han servido de vehículo para la utilización de los mismos por los promotores privados, también en beneficio de los estratos medios y altos. El sector de la promoción inmobiliaria capitalista se ha expandido, sobre todo en los setenta, con una fuerte participación del gran capital industrial y financiero, y un importante apoyo del Estado. Ese apoyo se da a través del crédito y justamente de la transferencia de terrenos colectivos a precios menores a los del mercado.²³ Al mismo tiempo que se producen esas transferencias, algunos organismos públicos de vivienda han tenido que comprar los terrenos para sus operaciones habitacionales, a precios de mercado.

Como consecuencia de este manejo de la tierra, los precios de la tierra han subido enormemente. Algunos estudios más o menos recientes han mostrado que, por ejemplo, en el Estado de México más del 85 % de la población, que recibe hasta tres

²³ Véase, Martha Schteingart, "La promoción inmobiliaria en el Área Metropolitana de la Ciudad de México", *Demografía y Economía*, Vol. XVII, núm. 1 (53), 1983. El Colegio de México.

veces el salario mínimo, no tiene acceso a los lotes urbanizados que venden los fraccionadores.²⁴

El Estado ha tendido, entonces, por la forma como ha manejado la tierra colectiva, a apoyar la acumulación de grandes empresas promotoras, coadyuvando a intensificar el encarecimiento del suelo, dejando así a las grandes mayorías sin otra alternativa que asentarse irregularmente en colonias precarias, pasando por situaciones de ilegalidad, pagos repetidos y fuertes carencias. En general, esos asentamientos, a pesar de sus condiciones de ilegalidad, han sido tolerados por el Estado, salvo en situaciones peculiares que tienen que ver con su localización en la ciudad, y con la relación de los pobladores con los aparatos oficiales.²⁵ Además, sobre todo desde principios de los setenta, muchas colonias han sido regularizadas (incorporando servicios, otorgando títulos de propiedad a sus residentes) y mejoradas, permitiéndose así el paso de una situación irregular hacia otra de mayor integración a la ciudad.

Algunas conclusiones comparativas

Los análisis de los casos de la ciudad de México y Abidjan nos muestran, qué efectos puede tener dentro de ciertos modelos de desarrollo capitalista dependiente, la presencia de terrenos de propiedad colectiva, y una mayor intervención del Estado en el crecimiento de las ciudades y en el manejo del suelo urbano, para diferentes estratos sociales.

En ambos casos, hemos señalado cómo esos factores no han podido moderar las grandes diferencias socioespaciales ni evitar la proliferación de asentamientos ilegales, con muy bajos niveles de consumo para sectores mayoritarios de la sociedad. La

²⁴ Véase, Martha Scheingart, "La tierra rural de propiedad social y la lógica capitalista del desarrollo urbano" en *Relación campo-ciudad. La tierra, recurso estratégico para desarrollo rural y urbano*. Ed. SIAP, México, 1983.

Cabe aclarar, que lo que describimos para la ciudad de México, ocurre también, quizás con diferencias de magnitud, en otras ciudades del país.

²⁵ Nos referimos aquí a asentamientos ubicados cerca de barrios residenciales y que han sido demandados por agentes inmobiliarios que quieren hacer sus negocios con los mismos, o bien a colonias que, por la posición política de sus líderes, se han enfrentado con las autoridades o con el partido oficial.

división entre una ciudad legal y otra ilegal ha aparecido como rasgo distintivo de estas ciudades.

¿No es cierta, entonces, la típica crítica a las ciudades del capitalismo, tanto avanzado como periférico, que se centra en atacar a la propiedad privada y al mercado privado del suelo, al caos proveniente de la competencia entre diferentes intereses particulares, o entre agentes capitalistas (a los que sólo les interesa lucrar con el desarrollo urbano), y en relevar las dificultades que encuentra el Estado para planificar en este contexto?

Si bien estas críticas, usadas muchas veces por los planificadores, son en parte ciertas, encierran evidentemente una falacia al idealizar el papel del Estado como un agente neutro, representante del “bien común”, que puede ponerse por encima de las diferencias y los conflictos sociales, para *planificar*. Aquí también, frente a una idealización de la planificación, habría que preguntarse, planificar ¿cómo y para quién?

De cierta forma, el caso de México nos ha servido en algún momento²⁶ para demostrar a qué conduce, en determinados contextos, el manejo de la tierra por parte del Estado. Por ejemplo, habíamos visto cómo las tierras rurales de carácter colectivo, que podrían constituir un recurso importante para asegurar un crecimiento urbano, en el que los sectores más necesitados pudieran asentarse sin tener que pasar por condiciones de ilegalidad y fuertes carencias, habían sido utilizadas para otros fines o sectores sociales, permitiendo sólo su uso ilegal por los pobladores más pobres.

En este caso el papel negativo del Estado, al apoyar la acumulación del capital en el sector inmobiliario capitalista, y coadyuvar al aumento general de los precios del suelo, se había hecho evidente. Sin embargo, aquí sus posibilidades reales de acción parecían limitadas y mediatizadas por una legislación poco adecuada, por la presencia de un creciente sector inmobiliario capitalista, que impone su lógica de acción y presiona sobre los aparatos del Estado, o por el desarrollo ya avanzado de un mercado privado del suelo. Es decir, que la presencia de fuertes intereses privados puede verse aún como un importante impe-

²⁶ Véase, Martha Schteingart, “La tierra rural de propiedad social...”, *op. cit.*

dimento para utilizar los recursos disponibles que podrían impulsar un desarrollo urbano "más equilibrado".

El caso de Abidjan, en cambio, nos permite observar con mucha mayor claridad qué significa, a veces, un gran control de la tierra por parte del poder público, y a qué puede conducir, dentro de ciertas condiciones sociales, que el Estado tenga la iniciativa casi total en materia de la organización del espacio urbano.

Evidentemente, el modelo de desarrollo adoptado, basado en la acumulación rápida más que en la distribución (y aunque no exista una burguesía nacional importante, fuera de la clase que detenta el poder dentro del aparato del Estado, ni un sector inmobiliario capitalista, como en el caso de México), han llevado al Estado marfileño a apoyar a los grupos que están más directamente conectados con esa acumulación rápida, a expensas de grandes sectores populares, que no tienen una presencia destacada en la sociedad. Existen muy pocas organizaciones populares y los movimientos sociales urbanos son totalmente inexistentes, lo cual indica la debilidad de esos grupos para poder presionar por mejores niveles de vida. Parece ser, entonces, que el modelo aludido, y el tipo de Estado que se ha conformado en Costa de Marfil, sólo pueden producir una ciudad segregada, en donde básicamente se atienden las necesidades de consumo de una minoría, que constituye la clientela del Estado.

Las conclusiones que podemos extraer de este análisis de caso no niegan los efectos negativos de la propiedad privada del suelo y de la explotación capitalista del espacio, para conseguir una ciudad más equilibrada y habitable para todos. Más bien sirven para desmitificar algunas propuestas que comúnmente se presentan con relación a la necesidad de control del Estado, y para mostrar que más que relevar su mayor o menor participación, lo que importa es el sentido y contenido social de la misma, que está estrechamente ligado a las características generales de la sociedad, que acabamos de apuntar.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS

FACTORES QUE INFLUYEN EN EL “SUBDESARROLLO” Y EN LA CONSOLIDACIÓN DE LA UNIDAD POLÍTICA DEL CONTINENTE AFRICANO

YARISSE ZOCTIZOUM

El Colegio de México

HABLAR DE LOS FACTORES QUE INFLUYEN EN EL “SUBDESARROLLO” y en la consolidación de la unidad política del continente africano constituye una tarea compleja, puesto que esos numerosos factores, concretos y teóricos, definidos e indefinidos, son de diverso orden: histórico, económico, político, ideológico, social, físico, espacial, técnico, cultural, interno y externo.

En este ensayo me propongo dar algunos ejemplos característicos de esos factores, tratando de dejar de lado aquellos ejemplos que, por haber sido utilizados con demasiada frecuencia y haber sido banalizados, han llegado desgraciadamente a ocultar las realidades africanas. Lo mismo se podría decir de otros continentes como América Latina, Asia, etc., que sufrieron la colonización y que todavía hoy padecen bajo formas diferentes la dominación de las grandes potencias.

Antes de hablar de los factores a los que hemos aludido, conviene hacer hincapié en las nociones de “subdesarrollo” o de “desarrollo”.

En el Tercer Mundo la noción de subdesarrollo ha sido objeto de una extraordinaria producción literaria a nivel mundial. Sin embargo, el contenido mismo de esa gigantesca literatura y las soluciones teóricas o concretas propuestas por los diferentes autores o por los agentes administrativos y económicos a los problemas de los países en cuestión, dejan mucho que desear. De hecho, fue a partir de la gran ola de

movimientos independentistas, después de la segunda guerra mundial, cuando surgió lo que se denomina la "Teoría del subdesarrollo y del desarrollo". Conviene mencionar especialmente los trabajos de J. de Castro (1949-1951), que jugaron un papel fundamental en la toma de conciencia de esa realidad que se conoce como Tercer Mundo, en los cuales se ponía énfasis en la pobreza de dos tercios de la humanidad.

Este doble apremio —la reivindicación anticolonial y la realidad del hambre en el mundo— hizo efecto muy rápidamente, lo cual tenía que producir una abundante literatura, necesaria en cuanto instrumento para la formulación de estrategias para la regulación de los conflictos sociales por parte de los estados. De esta manera surgió la economía política del desarrollo, raramente mencionada en las doctrinas económicas clásicas.

Esta nueva economía política es elaborada y discutida por diferentes escuelas cuyas principales teorías son las de la dependencia, del intercambio desigual, del desarrollo autónomo, etc., las cuales han contribuido durante mucho tiempo a dar la ilusión de desarrollo en nuestros continentes dominados.

Dado el número y la diversidad de las situaciones a considerar, sólo es posible aprehender estos fenómenos bajo la perspectiva de sus transformaciones estructurales. El complejo juego de las diferenciaciones en las dinámicas sociales y económicas explica la dificultad de las fallas y las controversias sobre el tema del subdesarrollo. Sin entrar en el debate sobre las teorías del desarrollo y del subdesarrollo, puesto que no es el objetivo de este trabajo, es posible sin embargo elaborar un cuadro crítico para presentar las dos principales corrientes de pensamiento que se enfrentan en relación con el subdesarrollo, para así situar los factores que determinan el subdesarrollo en África.

En cuanto a la primera corriente, ésta considera que en teoría el subdesarrollo no existe. Se trata de un simple "atraso" en el crecimiento natural de una sociedad, atraso que se puede superar mediante una política de recuperación. La simplicidad de las tesis defendidas por esta corriente, que calificamos de "liberal", explica su gran difusión tanto en los medios

universitarios como en las instancias de decisión (gobiernos locales, organismos internacionales).

Para la segunda corriente, el subdesarrollo es el producto histórico del desarrollo de un número restringido de economías actualmente dominantes. Este estado tiende a perpetuarse debido a la interacción de la dependencia externa con la dinámica de las transformaciones sociales de los países del Tercer Mundo. Esta corriente, de inspiración humanista en un principio, se radicalizó drásticamente con la exaltación del tercermundismo en los años sesenta.

En el interior de cada una de estas dos grandes corrientes existen conflictos entre las escuelas y entre las diferentes interpretaciones sobre tal o cual proceso; sin embargo, esas divergencias internas se esfuman detrás de la manera común de tratar las relaciones subdesarrollo-economía mundial.

Es pues, a la luz de este debate, que presentaré algunos ejemplos de los principales factores del subdesarrollo y también de la unidad del continente africano.

Factores históricos del subdesarrollo y de la consolidación de la unidad política del continente africano

África, un continente que representa el 23% de las tierras firmes y el 12% de la población mundial total, padece hoy en día numerosos problemas. Su tasa de crecimiento demográfico y su ritmo de urbanización son los más elevados del mundo.

Más de la mitad de los refugiados censados del mundo vive en África. Continente considerado como vacío, África cuenta con zonas de grave sobrepoblamiento.

Los expertos internacionales constatan que desde hace diez años el crecimiento de la población ha sobrepasado el de su producción, y que esta tendencia podría muy bien prolongarse durante los próximos 10 o 20 años, si no se propone una solución apropiada. La autosuficiencia alimentaria del continente ya no está asegurada; la esperanza de vida, el estado sanitario de la población, la mortandad, la tasa de alfabetización, el nivel de formación técnica y el nivel tecnológico constituyen problemas reales; además, el lugar destinado al

campesino y, en general, al sistema productivo inmediatamente útil, ha sido casi en todos lados insuficiente.

En el plano económico, la fragilidad original llevó a una expansión desmesurada del sector público. La inexperiencia de las empresas públicas y la debilidad de las empresas privadas autóctonas han contribuido a agravar la dependencia de la economía africana en relación al exterior. La gestión del Estado se vuelve más difícil por el carácter embrionario de los servicios aduanales o fiscales, por la ausencia de auténticos servicios de previsión económica, de programación presupuestal y financiera y de planificación global, salvo contadas excepciones.

Relativamente débil en valor absoluto, la deuda representa para muchos países africanos una carga que se ha vuelto insoportable e inadecuada.

Grosso modo, ése es el cuadro que se presenta la mayoría de las veces ante los expertos internacionales, cuando éstos abordan los problemas africanos. Aunque resulte un poco exagerado, se podría afirmar que dichos expertos no hacen ningún esfuerzo por determinar las causas reales de esta situación, pues toman los efectos por las causas. Los efectos de la dominación del continente africano se constituyeron en los principales obstáculos del desarrollo y la liberación del continente.

¿Cómo llegó África a esta situación siniestra? Para comprenderlo hay que interrogar antes que nada la historia,

La historia del continente africano se revela como una historia de repetición del ciclo de la dependencia, lo cual ha provocado determinados efectos en su desarrollo. Los africanos primero hicieron frente a las tentativas de invasión de su suelo, después asistieron a la ocupación de su territorio, y al final sufrieron la servidumbre. Me estoy refiriendo a las invasiones árabes y a la trata de esclavos que despojó a África de varios millones de elementos de su fuerza de trabajo.

La producción y la exportación de la fuerza de trabajo de África durante siglos son factores que hay que tomar en cuenta cuando se considera el desarrollo actual del continente africano. La exportación de fuerzas vivas desorganizó las economías del continente y rompió su continuidad histórica y, por

lo tanto, su capacidad de adaptación a situaciones nuevas.

Después de la repartición oficial de África, en 1885, entre las grandes potencias europeas se inicia la noche de la colonización. El dominio fue total. Citemos a este respecto a un autor europeo como testimonio de la dominación implantada. H. Cosnier señalaba que

toda la autoridad moral efectiva en cualquiera de las ramas de la actividad humana se concentra en las manos del administrador europeo que la conserva celosamente. Ésa es la razón principal del estado de atraso en el cual se encuentran las colonias, desde el punto de vista económico; la obediencia pasiva nunca ha sido un factor de progreso.¹

En efecto, los colonizados no tenían ninguna iniciativa económica. Transformados por el trabajo forzado en simples útiles de producción de materias primas para Europa, o en soldados para las guerras coloniales o para las dos grandes guerras mundiales, los africanos perdieron una vez más sus poblaciones y fueron cercenados de las experiencias económicas auténticas. Esta pérdida de la población y de experiencias generadoras de desarrollo económico todavía tienen efectos sobre el desarrollo actual del continente africano.

Al encontrarse los individuos privados de la capacidad para establecer una organización económica auténtica, las riquezas de África estuvieron dirigidas hacia el exterior, destinadas sobre todo a enriquecer Europa. Además del despojo de las riquezas naturales, se impusieron en todo el continente los cultivos de exportación, en detrimento de los cultivos de subsistencia, lo cual preparó el terreno para las hambrunas que actualmente sufren algunos países africanos.

En resumen, podemos decir que el esclavismo y la dominación colonial desorganizaron la sociedad africana hasta sus fundamentos, de tal modo que hoy en día el continente no ha podido restablecer su equilibrio y vive en un estado de "anemia", como enfatizó Edem Kodjo, ex secretario general de la Organización de la Unidad Africana (LOUA).²

¹ Véase "Histoire de la Centrafrique", de Zocizoum, Yarisse, tomo I, París, Ed. L'Harmattan, 1983, p. 94.

² Kodjo, Edem, *Demain l'Afrique*, París, Ed. Stock, 1985, p. 54.

Los valores comunitarios que predominan en las sociedades tradicionales fueron desestructurados y, como consecuencia, los pueblos del continente africano han sido apartados bruscamente de su memoria colectiva. Actualmente esos pueblos se encuentran afectados a nivel psicológico por el choque entre civilizaciones antagónicas.

Las clases dirigentes se vieron enfrentadas las unas contra las otras y fueron desposeídas de su autoridad en provecho de aquellos que colaboraron con los agentes colonizadores de su propio país. Bajo estas condiciones surgieron enormes dificultades de integración a las normas de la sociedad impuesta por los colonizadores, lo que transformó a muchos africanos en seres desamparados, y a las economías de los países, en economías dependientes. Así, la irrupción brutal de las potencias extranjeras marca de manera indeleble la fisonomía del África moderna y contemporánea.

A estos factores históricos y sus consecuencias, se agregan los factores contemporáneos que veremos a continuación.

Factores contemporáneos del “subdesarrollo” y de la consolidación de la unidad política del continente africano

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que a pesar de la diversidad étnica, África contaba con una base cultural común, la cual constituía un factor de unidad que ni el esclavismo ni el colonialismo pudieron destruir completamente. Al contrario, las luchas de independencia reforzaron la unidad política del continente, aun a pesar de los desacuerdos entre los estados. Sin embargo, la situación no ha mejorado ni siquiera después de las independencias. En efecto, la configuración que le dieron a África las grandes potencias coloniales sigue existiendo hasta nuestros días e incluso se ha acentuado, y marca negativamente la unidad de África y su desarrollo. Al respecto, hay que señalar que las regiones de África que accedieron a la independencia se vieron en la necesidad de imponer un sistema formalmente análogo al de las metrópolis, aun cuando las sociedades africanas fueran diferentes. Este sistema no podía tener entonces la misma función que tiene

en Occidente y, en consecuencia, los nuevos estados se formaron sobre las eternas contradicciones, desigualdades y contrastes creados por los colonos mismos. Los ejemplos nos pueden mostrar cómo estas contradicciones y contrastes desempeñaron un papel negativo sobre el desarrollo, la unidad y la debilidad del Estado.

En efecto, desde el punto de vista geopolítico, el corte artificial y desigual de las regiones africanas provocó grandes contrastes con resultados negativos. Por ejemplo, Sudán, el país más grande de África, cuenta con una superficie de más de 25 millones de kilómetros cuadrados en contraposición a los 11 000 de Gambia. Por lo que concierne a la población, Nigeria cuenta con más de 100 millones de personas, frente a menos de un millón de habitantes en Gabón y menos de 100 000 en Sao Tomé y Príncipe.

Desde el punto de vista de los recursos físicos y naturales, ciertos países dependen totalmente de un solo cultivo. En materia económica, el producto nacional bruto (PNB) por habitante varía entre 8 170 dólares estadounidenses en 1980 para Libia y 110 dólares, la suma más baja, para Chad.

El producto interno bruto (PIB) de Nigeria era alrededor de 130 veces superior al de Chad en el mismo año de 1980.

En el África subsahariana sólo cuatro estados son mono-étnicos: Somalia, Lesotho, Botswana y Suazilandia; otros tres estados, Ruanda, Burundi y la República Centroafricana, cuentan con un idioma nacional, el kinyarwanda, el kirundi y el sango respectivamente.

En todas las demás regiones, los estados se enfrentan a los problemas de etnias divididas por las fronteras; por ejemplo, los bakongo entre Zaire, Angola y República Popular del Congo; los luanda entre Zaire y Angola; los ovambo entre Namibia y Angola; los malinke entre Costa de Marfil, Guinea, Malí, Senegal y Sierra Leona; los abron entre Costa de Marfil y Ghana; los sarakole y los toucouleur entre Mauritania y Senegal; los tuareg repartidos entre Níger, Argelia y Malí; los haussa entre Níger y Nigeria; los baya entre la República Centroafricana, Chad, Camerún y Congo, etcétera.

A esto se aúna que el continente africano está compuesto por diferentes zonas ecológicas, lo que hace que varios países

estén cubiertos por selvas tropicales y sabanas, mientras otros países o regiones son áridos o semiáridos.

Las desigualdades económicas, de recursos, de población, de repartición étnica, unidas a las diversidades y los contrastes naturales que los gobiernos no han podido combatir eficazmente, entorpecen de manera considerable el desarrollo del continente.

En efecto, las dificultades a las cuales se enfrenta el continente africano contemporáneo son, entre otras, el parcelamiento territorial, cuyas nefastas consecuencias se manifiestan en economías nacionales incapaces de desarrollarse.

Las fronteras artificiales que delimitan los territorios nacionales de los estados africanos responden todavía a las miras imperialistas de las potencias coloniales; estas fronteras dividen pueblos unidos por la historia, como acabamos de ver; es decir, las mismas etnias repartidas entre varios estados separan regiones que la geografía unifica, de tal manera que se convierten en el objeto de diferentes conflictos entre los estados, como entre Chad, Libia y Sudán, Burkina y Malí, sin mencionar otros conflictos en Etiopía, Somalia, Angola, Mozambique, etcétera.

Por lo general, los expertos internacionales no consideran estos factores en sus proyectos; ellos piensan que basta con introducir tecnología y capitales para que el continente africano pueda desarrollarse.

Veintiún años después de la primera independencia africana, la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África (CEA) presentó un balance negativo en su estudio prospectivo preliminar sobre el desarrollo de África:

Las industrias pesadas son rudimentarias y solamente algunos países se aventuraron en ese dominio dentro de su plan de industrialización —Argelia, Egipto, Nigeria, Libia. De esta manera, la producción de medios de producción, que queda marginal en el conjunto de la región, hace que África siga siendo el más grande importador de medios de producción en el mundo; las importaciones de material y maquinaria representan más del 35% del conjunto de las inversiones anuales de la región.³

³ Commission Economique des Nations Unies pour l'Afrique (CEA), "La CEA et le developpement de l'Afrique, 1983-2008", Addis-Abeba, abril de 1983, p. 150.

Esto muestra que las independencias agravaron la dependencia de África respecto de los productos siderúrgicos y de los medios de producción que, por otra parte, no satisfacen las necesidades fundamentales de la economía africana.

La producción de bienes de consumo, que representa 68% del valor agregado total de la producción africana, se basa esencialmente en la producción de productos alimentarios, de bebidas y de tabaco. Los bienes de consumo básico, así como los productos farmacéuticos, la indumentaria y el papel, se siguen importando. Se constata también que África importa el 100% de su maquinaria agrícola y de transporte, aunque haya algunas instalaciones de empresas automotrices.

El continente, a finales de los años setenta, importaba las dos terceras partes de su consumo de granos; la otra tercera parte era producida en el lugar por empresas vinculadas, en su gran mayoría, a intereses no africanos.

Si en 1980 las importaciones de cemento no excedieron el 18% del consumo africano, hay que precisar que son las grandes empresas norteamericanas y europeas especializadas las que garantizan la producción de la diferencia. En el curso del mismo año de 1980, sobre un consumo textil total estimado de 800 000 toneladas, el continente africano no produjo en su territorio más que 300 000 toneladas, viéndose así obligado a cubrir más del 72% de sus necesidades por medio de importaciones.

Los productos químicos y farmacéuticos que se consumen, aunque producidos en parte en el continente (20% de los productos farmacéuticos), son de origen exclusivamente no africano. Una vez considerados estos resultados, se puede afirmar que la dependencia de África en este dominio es casi total, puesto que los elementos básicos para la elaboración de los productos farmacéuticos son de origen extranjero.

Tampoco en el dominio monetario y financiero la situación carece de obstáculos. En el África actual, a excepción de algún raro país, el sistema bancario proveedor de moneda sin el control del instituto de emisión sigue esencialmente ligado a los intereses extranjeros. En el periodo posterior a las independencias se africanizaron rápidamente los bancos y las instituciones financieras, pero el ahorro de los africanos termina

por favorecer a personas y empresas por lo general no africanas. A ese nivel, África sigue siendo un lugar de beneficios financieros sustanciales para los extranjeros.

Según fuentes norteamericanas, la suma de las inversiones privadas directas estadounidenses en toda África ascendió de 925 millones de dólares en 1960 a 5 400 millones en 1978, dividiéndose en 639 millones para el África independiente y 286 millones para África del Sur en 1960, y en 3 411 millones para el África independiente y 1 994 millones para África del Sur en 1978,⁴ aunque estas cifras no estén actualizadas. Las inversiones de países como Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania e Italia arrojan sumas todavía más significativas.

Es en el marco del incremento del control monetario y financiero de las potencias extranjeras que conviene situar el intolerable endeudamiento exterior de los países africanos.

Todos los sectores económicos sufren la dependencia. Consideremos al respecto el sector de los servicios, que constituye el más remunerativo en todas las economías modernas.

Los transportes y la comunicación se encuentran en manos de intereses extranjeros, tanto en el interior de África como entre África y el mundo exterior.

Las compañías aéreas africanas, con una fuerte participación extranjera, no aseguran más que un 6% del transporte de pasajeros y de flete aéreo entre África y el resto del mundo. Las compañías marítimas africanas, que empiezan a surgir con asistencia financiera y técnica extranjeras, cubren menos del 3% del flete marítimo entre África y el exterior.

Las redes interiores, intrafricanas e internacionales de teléfono y telecomunicación vía cable, radio, satélite, etc., son concebidas y puestas en funcionamiento fuera del continente, con el riesgo (que más que riesgo es certeza) de un control de la información que se destina a los países africanos.

La orientación de los intercambios exteriores sigue siendo idéntica a lo que fue durante la colonización, con el incremento del lugar que ocupan las antiguas potencias coloniales (más del 60%) y los Estados Unidos como socios comerciales

⁴ "Survey of Current Business, Overseas Business Reports", *Market Profiles for Africa*, 1980, p. 99.

de África. Las viejas compañías, más o menos africanizadas, son las que mantienen el monopolio de los intercambios.

Bajo estas condiciones, el comercio oficial intrafricano sigue siendo casi inexistente; en 1980 representaba apenas el 4% de los intercambios del continente. Por otra parte, ese intercambio parece estar estancado y además en vías de disminución, puesto que no existe ninguna red coordinada de transporte y de comunicación entre los diferentes países africanos, al no haberse terminado las rutas transaharianas y transafricanas. De esta manera, resulta más fácil intercambiar los productos entre los países del Norte —es decir Europa— y el continente africano, que entre los mismos países africanos.

Las dificultades de financiamiento y de crédito son considerables. No obstante los esfuerzos de cooperación que existen en algunas regiones entre los bancos centrales y los sistemas bancarios respectivos, los africanos aún no han alcanzado el desarrollo de un sistema válido y eficaz de reglamentación monetaria y financiera. Ha habido intentos para que haya una libre circulación de bienes e individuos dentro del marco de comunidades económicas regionales en vías de constitución, con el fin de favorecer los intercambios intrafricanos. Sin embargo, los avances realizados en este campo siguen siendo mínimos.

Conviene señalar también que ciertas disposiciones administrativas permiten que algunos países africanos realicen la expulsión masiva de africanos fuera de sus fronteras. Por otra parte, se privilegian los productos procedentes del exterior del continente en detrimento de los productos fabricados en los países africanos vecinos.

En la mayoría de los países africanos el comercio se encuentra en manos no nacionales: franceses, belgas, portugueses, levantinos, griegos, británicos, indios y paquistanos detentan el comercio al mayoreo, medio-mayoreo y, a veces, hasta al menudeo.

En el sector agrícola, el más importante en la actualidad, la situación no es mejor. Desde 1970 hasta 1980 la agricultura africana, a pocos años del cumplimiento de los veinticinco años de las independencias, produjo más para satisfacer los

mercados de consumo exteriores que para alimentar a la población africana. Hace alrededor de quince años África era autosuficiente en el plano alimentario; sin embargo, la orientación de la política agrícola, que se caracteriza por un apoyo excesivo a los cultivos de exportación, ha modificado radicalmente esa situación.

Los datos que se presentan a continuación confirman lo que hemos dicho. Entre 1948-1952 y 1971-1972, el porcentaje de la participación africana en la producción mundial de mijo y sorgo bajó de 17 a 13%. El de papas y ñame (otros de los alimentos básicos de la región) bajó de 23 a 16%. En el curso del mismo periodo, el porcentaje en la producción mundial de café pasó de 12.5 a 22%, el de cacao pasó de 65 a 72% y el de algodón de 9 a 11%. Entre 1960 y 1970, la tasa de crecimiento anual de la producción de productos alimentarios básicos (cereales, tubérculos y leguminosas) ha sido del orden del 2.5%, mientras que la de los productos no alimentarios destinados principalmente a la exportación (café, tabaco, algodón, caucho, etc.), ha sido del orden del 4%. Durante el mismo periodo, las superficies destinadas a los productos alimentarios básicos aumentaron en un 1.2%, mientras que las destinadas a los cultivos de exportación aumentaron en un 2 por ciento.

Por otra parte, los elementos de producción importados se han destinado esencialmente a los cultivos de exportación. A título de ejemplo vemos como el 8% del fertilizante consumido por Kenia se utilizaba en las plantaciones de café y de té. Uganda destinaba el 84% de sus fertilizantes al té y al azúcar, mientras que Senegal usaba el 52% de éstos para el cacahuate.

Dadas estas condiciones, cada vez ha descendido más la disponibilidad de alimentos en la región, como lo indican los datos emitidos por la CEA (Comisión Económica para África).

Entre 1960 y 1970, las importaciones de cereales aumentaron en un 38%, pasando de 5.3 millones de toneladas a 7.3 millones; a pesar de eso, en el mismo periodo la oferta bruta de cereales por persona disminuyó, pasando de 160 kg por persona a 130. La tasa de crecimiento anual de las importaciones durante ese periodo fue de 3.1%. En 1970, las importaciones de productos alimentarios representaban 15% de la pro-

ducción interna de la región, y 20% de los alimentos básicos eran importados. Actualmente, una quinta parte de los cereales consumidos en África proviene del exterior.

Las consecuencias de estas importaciones en los pagos al exterior constituyen los factores que vuelven ilusorias las esperanzas de realizar acumulación interna por vía de la inversión. Esta política, que no es neutra desde el punto de vista de los intereses de clase, descansa entonces sobre una integración muy fuerte de las economías africanas al mercado capitalista mundial y sobre una intensa explotación del campesinado para posibilitar esa integración y su consolidación. Es a ese nivel donde aparece la función que cumplen las deudas.

Conviene señalar que durante los años cincuenta y sesenta, el territorio privilegiado de las deudas era América Latina. En ese entonces se hablaba poco de los países africanos. Sin embargo, entre 1974 y 1979, los países africanos se endeudaron rápidamente y los préstamos de los mercados financieros se multiplicaron por diez y hasta más para algunos países. De todos modos, la impresionante deuda latinoamericana dejaba en la sombra el endeudamiento de África, aunque este continente presentara formidables problemas económicos, sociales, políticos y estratégicos.

A partir de 1970, hubo un hecho que jugó un papel decisivo en el endeudamiento de los países africanos. Los precios de las materias primas africanas se incrementaron enormemente. Las diferencias entre los países exportadores y los países importadores de petróleo eran mínimas. El algodón alcanzó su precio máximo en 1973; el azúcar, el aceite de cacahuete y el henequén en 1974; el tabaco y los fosfatos en 1975; el cacao, el té, el café, la bauxita y el uranio en 1977; con las únicas excepciones del cobre y del mineral de hierro, cuyos precios aumentaron en 1980 en un 48% y en un 54% respectivamente en relación a los de 1970. Estos incrementos desataron las esperanzas.

El aumento de los ingresos públicos permitió el enriquecimiento de ciertos grupos sociales, pero también la puesta en marcha de amplios programas de inversión. La certeza de que el incremento habría de continuar, incitó aún más la adquisición de préstamos para aprovechar los resultados.

Otro móvil del endeudamiento provenía de la movilización de los petrodólares y de los eurodólares en búsqueda de clientes, lo que empujó a los países a unas deudas nunca vistas en la historia económica del continente africano. Hay que precisar que la descolonización del continente fue tardía, lo que paradójicamente lo protegió de las deudas y de las intervenciones directas del Fondo Monetario Internacional. Sin la brusca caída de los precios de las materias primas, quizá no se hubiera hablado de deudas africanas.

Los precios del cacao, del café, del té, del azúcar, del aceite del cacahuete, del henequén y de los fosfatos disminuyeron de 40 a 65% en menos de cinco años. Este movimiento descendente de los precios se vio acompañado de fuertes deudas. Además, la coyuntura internacional no se inclinaba a favor de África, la cual había recibido el golpe de la deflación mundial. El retroceso de los precios de los productos de exportación provocó un desastre sin el cual las tasas de inflación europea no hubieran conocido la regresión. Con excepción de ciertos países petroleros, muchos países africanos sufrieron una degradación brutal en lo que se refiere a los famosos términos de intercambio. El ritmo fue, por ejemplo, de 25% en Camerún, en Ghana, en Zambia, etcétera.

Frente a la crisis financiera y a la situación existente, el FMI intervino en África y obligó a cerca de 50 países africanos a negociar con él cuáles serían las condiciones para obtener los créditos *stand-by*, aplicando medidas de ajuste coyuntural. Desde 1976, el FMI gobierna varios países como Zaire; sin embargo, según las estadísticas de la OCED, en 1983 África se transformó en exportadora de capitales, y los pagos a título de la deuda superaban en 3 millares de millones de dólares el aumento de la deuda bruta total.

Todos estos factores que acabamos de considerar se complican además por una orientación diplomática negativa por parte de los dirigentes africanos, la cual no contribuye para nada al desarrollo de África.

De hecho, en África no existe una diplomacia exterior autónoma. Después de las independencias, ciertos estados dirigidos por personalidades fuertes con voluntad política firme quisieron preservar su libertad de acción en la escena in-

ternacional, comprometiéndose en no alinearse. Esta neta demarcación respecto del Este o el Oeste no pudo resistir frente a la realidad internacional que traduce la voluntad de las potencias de los dos bloques. Las presiones financieras, económicas y militares, aunadas a las manipulaciones políticas, lograron debilitar el movimiento de los no alineados.

Así, muchos países que se declaraban como no alineados, eran en realidad partidarios de uno u otro bloque. Esta situación se produce debido a la ausencia de África en la escena diplomática mundial, puesto que los grandes problemas mundiales se tratan sin tomarla en consideración y se le consulta sólo para aprobar decisiones tomadas fuera de ella. La presencia de algunos representantes africanos en el Consejo de Seguridad de la ONU no modifica en nada la situación.

Perseguidos y solicitados por su voto, los países africanos se encuentran raramente en el origen de las iniciativas importantes de este consejo, incluso en aquellas que conciernen directamente a África.

Así, África sigue estando dominada en todos los niveles: político, industrial, comercial, estratégico, diplomático y militar. Por este mismo hecho, África se ha convertido en el basurero de todos los tipos de armas que se venden en el mundo.

Todos estos factores contemporáneos, combinados y determinados por los factores históricos siempre presentes, ofrecen un conjunto terriblemente negativo para el desarrollo y la unidad de África.

Combinación de todos los factores y sus efectos sobre el subdesarrollo y la unidad africana

En la segunda parte de la exposición no se quiso abordar el tema de los factores que tienen influencia en el subdesarrollo y en la consolidación de la unidad política del continente a la manera clásica. Tales planteamientos siguen encontrándose con mucha frecuencia en sociólogos, economistas, antropólogos y otros especialistas.

En general, el subdesarrollo se define a partir de ciertos parámetros como la miseria, las enfermedades, el hambre, el

desempleo, la pobreza, la desnutrición, un mundo campesino solidario sin medios técnicos, la ausencia casi absoluta de industrias, la exportación de materias primas y de productos agrícolas a bajo precio, una sociedad desarticulada con un sector moderno por un lado, y por el otro un sector tradicional, etcétera.

En esta manera de caracterizar la situación de los países del Tercer Mundo se confunden en general los efectos por las causas y se dice que los países del Tercer Mundo son pobres y carecen de tecnología porque son subdesarrollados, y que son subdesarrollados porque son pobres, etcétera, pero no se contesta a la pregunta de por qué son pobres. Sin embargo, ciertos europeos llegan hasta a afirmar que los africanos son pobres porque son incapaces de gobernarse solos, de desarrollarse, de unirse, y demás.

Este modo de considerar las cosas está siempre imbuido de prejuicios etnocéntricos y racistas y no ayuda en nada a comprender los problemas de África ni los del Tercer Mundo en general, que vienen a ser problemas del mundo entero.

Mi punto de partida fueron los resultados socioeconómicos obtenidos en el espacio africano. Además, he tratado de evitar la evocación de los problemas derivados de las calamidades naturales, las cuales tienen graves consecuencias en la economía del continente. Esto lo he hecho con el fin de no caer en las mismas argumentaciones de varios gobiernos africanos que acuden a estas calamidades para ocultar los resultados de su mala política, y que orillan a África a una mendicidad internacional vergonzosa para los mismos pueblos africanos.

Partir de los resultados es la mejor manera de poner en claro y de subrayar la responsabilidad histórica y actual de todas las fuerzas económicas y sociales, internas y externas, que se aprovechan de la situación desastrosa por la que pasa hoy el continente africano.

Partir de los resultados permite, al mismo tiempo, arrojar luz sobre la combinación existente entre los factores históricos contemporáneos y sus efectos —los cuales pueden aparecer como simples fenómenos naturales— sobre todo con el objetivo de determinar su acción sobre el subdesarrollo.

La evidencia obtenida a partir de los resultados socioeco-

nómicos hace creer que África no conoció un desarrollo en el sentido occidental del término; es decir, en el sentido capitalista, como un crecimiento material sin apropiación social. Pero si se considera el espacio económico mundial, nos vemos obligados a afirmar que África toma sin duda parte en el desarrollo capitalista, en la medida en que sus estructuras sociales tradicionales fueron desarticuladas y en su lugar se desarrollaron y consolidaron otras estructuras de tipo capitalista como el salario, la existencia de empresas capitalistas y el desarrollo de una burguesía, cualquiera que sea la naturaleza de ésta. Dicho en otras palabras, las relaciones sociales capitalistas fueron introducidas a la fuerza en el continente.

Lo que constituye un problema es el hecho de que África, América Latina y Asia, dejando de lado el caso japonés, se encuentran en el polo dominado de la economía capitalista mundial. En estas condiciones, el desarrollo de esos continentes está determinado por las relaciones que puedan establecer con el polo dominante del sistema mundial, el cual se beneficia aún más de sus esfuerzos, de sus recursos naturales y de sus excedentes económicos. Las instituciones dictatoriales y la debilidad de los aparatos de Estado africanos están íntimamente ligadas a esta situación.

Fundamentalmente, todas las sociedades del mundo han sido y son sociedades desarrolladas, incluso aquellas a las que los antropólogos califican de primitivas, puesto que cada sociedad es el producto de la evolución de la especie, y el desarrollo o la evolución no son más que la realización progresiva de un potencial doble: por un lado, el potencial que representa una colectividad humana con los individuos que la componen y, por otro lado, el potencial que constituye el medio físico en donde se encuentra esta colectividad; es decir, un potencial de recursos para preservar y acrecentar, utilizados para asegurar su existencia y preparar la de las generaciones por venir.⁵

Durante milenios, las sociedades en el mundo lograron sobrevivir en medios muy diferentes y a veces poco favora-

⁵ Partant, Francois, "Le développement en question", en *Tiers Monde*, núm. 100, octubre-diciembre, 1984, p. 809.

bles. Producían por sí mismas, tomando en cuenta los recursos de su territorio y los medios técnicos de los que disponían —medios más o menos elaborados, pero siempre acordes a su contexto y en función de su cultura. Esto le proporcionaba autonomía a cada sociedad y un equilibrio en sus relaciones con otras, de manera que la noción de pobreza era relativa y no absoluta.

Las sociedades africanas habían alcanzado este equilibrio y autonomía, cuando la llegada de la colonización puso fin a todo. Los mismos europeos reconocieron este hecho. En efecto, casi todos los primeros exploradores europeos tuvieron que reconocer las riquezas materiales y culturales, y el nivel de desarrollo de África. Los británicos Mungo Park, James Bruce, John Hanning Speke, A. Grant, R.F. Burton, V.L. Cameron, David Livingstone notaron ese equilibrio y la riqueza de África. También los franceses René Caillé, Pierre Savoryan de Brazza, Etienne Mage, Joseph Guallieni, para mencionar sólo algunos, hicieron hincapié en sus testimonios sobre la riqueza de África y consideraban que ciertos territorios africanos eran los “Dorados”, de cuyos recursos Francia podría alimentar su economía.

El rey belga Leopoldo II, al crear la Asociación Internacional Africana, bajo cuya autoridad el angloamericano Stanley se lanzó al descubrimiento del Congo, presentía que la cuenca del Congo podría convertirse en la gallina de los huevos de oro de la modesta Bélgica, de la cual era el soberano. Su agente, Stanley, le traía de sus misiones de exploración informaciones preciosas sobre los tesoros de esta región.

En 1958, Bellini, que acababa de recorrer el Congo Belga, publicó sus relaciones de viaje bajo el título *Congo prodigioso*, resaltando los fantásticos recursos de este país.

A causa de estas riquezas, los alemanes no aceptaron nunca la pérdida de sus colonias africanas durante la primera guerra mundial. Hitler pretendía no solamente recuperarlas, sino tomar posesión de toda África. Adenauer, por aquel entonces canciller de la República Federal Alemana, declaró el 20 de mayo de 1950, después de enumerar las ventajas de la creación de una Europa federada, que “hay también un fin económico considerado desde hace mucho tiempo: la coloni-

zación de África. Si nosotros los europeos colonizamos África, le crearemos al mismo tiempo a Europa una fuente de materias primas que será de máxima importancia".⁶

Desgraciadamente, Lenin tenía razón al afirmar que la gran potencia que dominara a África dominaría al mundo.

El periodista norteamericano Davis Lamb, autor de *The Africans*, estima que las potencialidades agrícolas del continente africano, según los estudios de la CIA, podrían permitirle producir 130 veces más de los productos alimentarios que actualmente suministra a pesar de los desiertos del Sahara y el Kalahari y selvas a veces impenetrables.

Hoy en día, África ocupa una parte importante en el mercado internacional de materias primas: el 66% de los diamantes, el 57.5% del oro, el 45% del cobalto, el 23% del antimonio y de los fosfatos, el 17.5% del cobre y del magnesio, el 15% de la bauxita y del zinc, el 10% del cromo y del petróleo, etcétera. Por lo que se refiere a la producción agrícola, se puede destacar el 66% de la producción mundial de cacao, el 40% del aceite de palma, el 28% del cacahuete, etcétera.

Todo esto nos demuestra que África es un continente con evidentes potencialidades económicas, que podría aspirar a ser una potencia económica mundial. Sin embargo, es un continente que fortalece con sus recursos las economías externas y de ahí su nivel de miseria.

Para comprender esta situación, que es un desafío para el desarrollo del continente y de su unidad política, no basta sólo con considerar sus efectos ni estudiar los resultados socioeconómicos —como acabo de hacer— o las causas fundamentales; se trata de comprender cómo se combinan estos tres factores: las causas fundamentales, es decir la dominación colonial e imperialista; los efectos, o sea los fenómenos derivados de la dominación; y los resultados concretos e inmediatos de las políticas económicas, generados por los factores mencionados.

La combinación de estos factores constituye una calamidad terrible para el desarrollo económico y la consolidación de la unidad. Aferrarse a un solo aspecto no permite aportar

⁶ Servan-Schreiber, Jean-Jaques, *Le défi mondial*, París, Fayard, 1980, p. 120.

ninguna solución adecuada, y eso vale para todos los países del Tercer Mundo.

El continente africano no es pobre, sus considerables potencialidades económicas pueden hacer de él una gran potencia económica si una verdadera independencia le permitiera a sus pueblos actuar en favor de sus propios intereses, afirmando su propia personalidad.

Conclusiones

El sufrimiento que representa para África su desarrollo y la constitución de su unidad política se deriva de que el continente, desde la conquista, ha sido integrado a la organización social de los estados colonizadores. El espacio africano, aun después de las independencias, sigue siendo parte de las economías de las grandes potencias y, por consecuencia, África se enfrenta actualmente a los siguientes problemas: el éxodo rural; una urbanización anárquica; la pérdida de mano de obra agrícola; una producción no adecuada a las condiciones ecológicas; la subutilización de las tierras —según expertos de la FAO en África no se utilizan alrededor del 50% de las tierras cultivables—; la malnutrición, que implica una falta de manejo de las condiciones de producción; la falta de bienes de consumo; el hambre; la dependencia alimentaria —se logró que África pasara de un estado tradicional de abundancia a un nuevo tipo de consumo, caracterizado por la desnutrición y la dependencia alimentaria—; la pérdida de competencia frente a las calamidades naturales —siendo que las sociedades tradicionales podían dominarlas fácilmente—; las deudas, etcétera.

El sistema político y económico introducido por la colonización produjo hombres viciados por el sistema y peores que los que podían comportar las sociedades tradicionales africanas. Si me veo obligado a saludar la memoria de hombres como Lumumba, N'Krumah, Nasser, Cabral, Neto, Mandela, etc., también tengo que admitir que muchos dirigentes africanos tuvieron sus intereses indisolublemente ligados a las grandes potencias; algunos como Bokassa, Idi

Amin, Nguema —para mencionar sólo a los que han hecho más ruido—, productos directos de la colonización y apoyados por las grandes potencias, confundieron a menudo la práctica económica con la dictadura militar, la corrupción, el robo al erario, la fuga de capitales africanos al extranjero.

África no podrá forjarse un nuevo equilibrio, beneficiarse de sus propios recursos y no aparecer como el continente más pobre y pordiosero a nivel internacional, hasta que no haya reconquistado por todos los medios su independencia real y total, con una democracia y una unidad basadas en la diversidad cultural de su continente.

Traducción del francés
RAFFAELA CEDRASCHI

BIBLIOGRAFÍA

En francés

- KODJO, Edem, *Et demain l'Afrique*, Stock, París, 1985.
- JOUBE, Edmond, *L'Organisation de l'Unité Africaine*, PUF, París, 1984.
- SURET CANALE, Jean, *Afrique et capitaux*, tomos I, II, L'Arbre Verdoyant, 1987.
- Famines et dominations en Afrique Noire*, L'Harmattan, París, 1987.
- DUMONT, René y Marie-France Mottin, *L'Afrique étranglée*, Seuil, París, 1980.
- LAMINE GAKOU, Mohamed, *Crise de l'agriculture Africaine*, Silex, París, 1984.
- PARTANT, François, *La fin du développement, naissance d'une alternative*, François Maspero/La Découverte, París, 1982.
- SAMIR Amin y ANDRÉ GUNDEK Frank, *L'accumulation dependante*, Anthropos, París, 1978.
- Histoire de la Centrafrique*. "Violence du développement, domination et inégalités". Tomo I, 1983; tomo II, 1984, Yarisse Zocti-zoum, Ed. L'Harmattan, París.

En inglés

- AUSTEN, Ralph, *African Economic History*, James CURREY/HEINEMANN, Estados Unidos, 1987.
- General K. HELLEINER, *Africa and the International Monetary Fund*, International Monetary Fund, Estados Unidos, 1986.
- UNITAR (UNO) *The Role of the State Sector in the Social and Economic Development of African Countries*, Moscú, 1987.
- YARISSE, Zoctizoum y Simone MORIO, *Two Studies on Unemployment among Educated Young People*, UNESCO, 1979.

En español

- BENOT, Yves, *Ideologías de las independencias africanas*, DOPESA, Barcelona, 1972.
- ENTRALGO, Armando, *África-Política-Economía*, tomos I, II, III, Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
- YARISSE Zoctizoum, "El Congo", en *Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas*, núm. 31, Universidad Nacional Autónoma de México, México, junio de 1986.
- , "El Estado y la reproducción étnica en África", en *Estudios Sociológicos*, vol. V, núm. 13, enero-abril, 1987.
- , "Situación confusa en Chad, después de los convenios franco-libios", en *Estudios de Asia y África*, núm. 64, abril-junio, 1985.
- , "Otro golpe de Estado en Nigeria", en *Estudios de Asia y África*, núm. 68, abril-junio, 1986.
- , "Introducción al África: generalidades y estudios sociales aplicados", en *Estudios de Asia y África*, núm. 72, abril-junio, 1987.
- , "Estado, regiones y espacio étnico en África", en *Estudios de Asia y África*, núm. 74, octubre-diciembre, 1987.
- , "Las intervenciones de las grandes potencias en África Central", en *Estudios de Asia y África*, núm. 76, mayo-agosto, 1988.
- , "El FMI y los pequeños países africanos", en *Excelsior*, 3, 4 y 5 de septiembre, 1988.
- , "La mascarada en el proceso de Bokassa. Prototipo de un jefe neocolonial", en *Excelsior*, lunes 31 de agosto y martes 1 de septiembre, 1987.

ÁFRICA: DESÓRDENES DE CRECIMIENTO

CLAUDE MEILLASSOUX

*Director de investigación en el CNRS**

LOS PROBLEMAS DEMOGRÁFICOS, y sobre todo el del crecimiento acelerado de la población, tienen un considerable impacto emocional y la manera como se les percibe empíricamente no está desprovista de prejuicios. En relación a estos últimos, la realidad y la reflexión hacen aparecer un cierto número de paradojas que posiblemente son indicio de una disociación entre nuestros modos de comprender los hechos y las políticas que se les aplican a éstos.

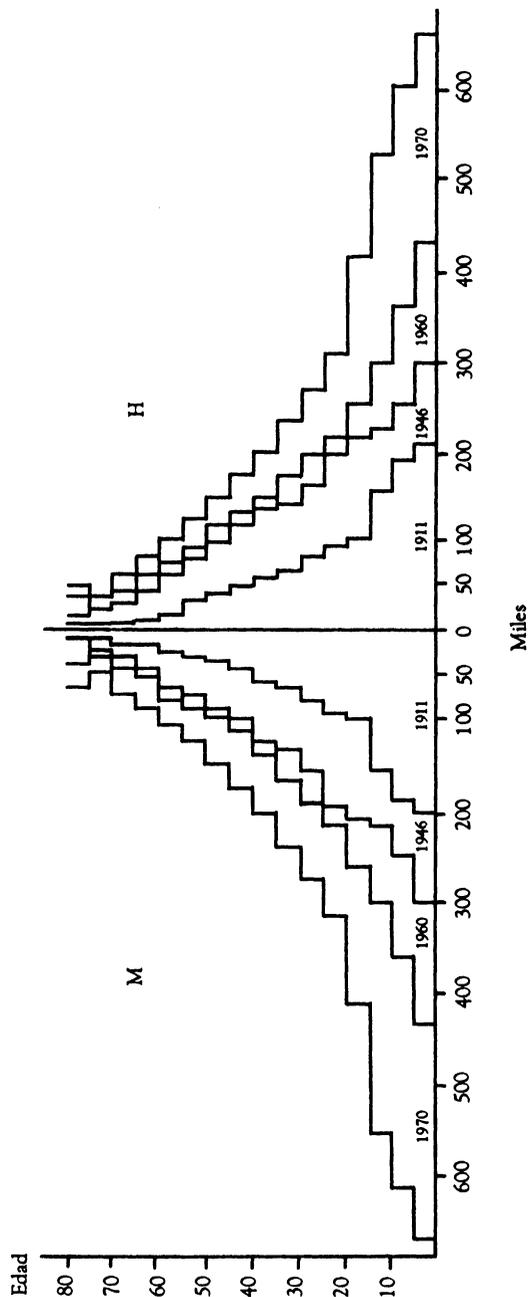
No es la menor de estas paradojas que el crecimiento acelerado de la población plantee un problema en África cuando ese continente se ve asaltado por pestes mortales: hambrunas, guerras, enfermedades. Esto es cierto a tal punto que si las estimaciones de la mortalidad resultan ser tan exactas como las del crecimiento, ambas se anularían mutuamente en los próximos años. Como muchas otras paradojas en relación con este tema, ésta hace surgir numerosos y serios problemas.

A pesar de las incitaciones de la Biblia “sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra”, en el Occidente cristiano desde la revolución industrial, se percibe cada vez más el crecimiento demográfico como un flagelo amenazante. Para Malthus “el populacho, que está por lo general constituido por la parte excedente de una población agujada por el sufrimiento (...) es, entre todos los monstruos, el enemigo más temible de la libertad”. A partir de ahí se desarrollaron conjuntamente dos visiones apocalípticas de la demografía, una cuantitativa y otra peyorativa: el miedo a ser tragado por la cantidad y el miedo a ser contaminado por la miseria.

Más de un siglo después de Malthus, el monstruo demográfico era percibido por el filósofo español Ortega y Gasset como “una

* El significado de las siglas y su traducción están enlistados al final del documento.
[N. del t.]

Población de derecho de los Homelands* 1911, 1946, 1960, 1970 (según Sadie, 1977)



* Reservas territoriales para la población negra nativa de Sudáfrica, en ocasiones correspondientes a determinados pueblos bantúes. [N. del t.]

irrupción vertical de los bárbaros”, nacida del propio seno de la nación. Era así como las élites europeas de entre las dos guerras se representaban al proletariado: con los rasgos de una raza diferente y amenazante surgida de abajo de sus pies. Olvidaban que la población de los cuchitriles urbanos procedía en su mayoría del campo, que se trataba pues de “sus” campesinos, de esos mismos campesinos que los artistas apasionados de la belleza retrataban en sus novelas o en sus pinturas con rasgos bucólicos y llenos de encanto. De hecho, esos campesinos se volvían irreconocibles, una vez que habían sido atraídos hacia y metamorfoseados en las fábricas de sus amigos y mecenas industriales, donde se les pagaba con alcohol y harapos. La representación de este crecimiento demográfico (en el que el éxodo rural y una considerable natalidad se confundían) como “una irrupción vertical de los bárbaros” es significativa: ella ponía de manifiesto al mismo tiempo el olvido del origen nacional de esa gente de campo proletarizada y su remisión a una extranjería absoluta y, por lo mismo, a la negación de su pertenencia a cualquier civilización. Las relaciones de clase eran entonces evidentes, probadas, expresadas: el proletariado gozaba de su identidad cultural, semejante ya a la de una raza extranjera.

El miedo visceral al crecimiento demográfico no nos ha abandonado, a pesar de que hoy provenga del otro lado de nuestras fronteras. Este miedo se inculca desde la niñez. J. L. Simon (1981) cita, por ejemplo, estas palabras encontradas en un libro ilustrado para niños norteamericanos: “¿Puede la tierra sobrevivir a tantos habitantes? (...) Si la población continúa explotando (*sic*), muchos morirán de hambre (...) Todos los problemas principales respecto del medio ambiente pueden ser relacionados con la población, más exactamente con demasiada población”.

Simon nos recuerda que Ross, ya en 1927, había publicado una obra titulada: *¡Sólo parados!* (*Standing room only*) mientras otro escritor, Harrison Brown, se inquietaba de que la humanidad continuara aumentando hasta que “la tierra estuviera completamente cubierta de una espesa capa de seres humanos, como un hervidero de gusanos en el cadáver de una vaca”.

Hoy en día los bárbaros ya no surgen de abajo de nuestros pies, ni de abismos insondables. Son de origen claramente extranjero, lo que no disminuye en nada los temores y hasta los odios que inspi-

ran. En Sudáfrica, a pesar de los cambios, el miedo a la “irrupción vertical” ha dado paso desde hace mucho tiempo al miedo a la “marea negra” (*the black tide*), lista a romper en oleadas sobre las tierras y cabezas de los blancos, desde los bantustanes y de las ciudades negras siempre mantenidas extramuros. En nuestro país se habla de invasión, de desbordamiento, de ocupación, e incluso aquellos que tienen conocimientos en la materia, ¡hablan de sobredosis!

Con todo, esta extranjería sugiere una solución: el regreso forzado al país de origen. Si los bárbaros, en lugar de venir de nuestros campos, provienen de lugares lejanos y extranjeros, se les puede regresar a ellos. A partir de ese momento, la calidad de los inmigrantes, de definitiva que era en otro tiempo, se vuelve precaria; los cuchitriles a donde nuestros bisabuelos provincianos llegaron para amontonarse, pero también para echar raíces, se convierten en dormitorios de paso; la situación familiar, cualquiera que ésta sea en realidad, se reduce al “celibato”; la condición de inmigrante se cuaja en la de un extranjero irreducible, inasimilable y sin derechos.

Cuando los demógrafos nos dijeron que las tasas de fecundidad en esos países del Tercer Mundo (¡de donde vienen tantos inmigrantes!) son las más altas del mundo, cuando supimos por los etnólogos que esta fecundidad resulta de un comportamiento social y por los economistas que dichas tasas entorpecen el desarrollo, a muchos les pareció y desde hace tiempo que se imponía el deber de intervenir.

El crecimiento demográfico nutre con tanta facilidad los prejuicios y los rechazos que hay que poner mucha atención para que su examen no se impregne de reacciones irracionales, hostiles o demagógicas.

Por simplificadoras que sean, ¿acaso esas reacciones no contribuyen desde ya a inspirar las políticas malthusianas de control sobre la población del Tercer Mundo?

Evocar las representaciones del crecimiento demográfico nos recuerda, antes que nada, que este fenómeno tuvo, a menor escala, un precedente que afectó la Europa industrial, sobre todo a Gran Bretaña y Alemania, a todo lo largo del siglo XIX. Éste suscitó, como lo atestigua Malthus, un pavor bastante grande al mismo tiempo que la demografía “liberal”, es decir, a diferencia de la economía “liberal” pero estrechamente asociada a ella, la intención de actuar de manera autoritaria sobre el comportamiento más privado de los sectores de la población llamados “pobres” e ignorantes.

Recordemos que en Gran Bretaña este crecimiento estuvo acompañado de una crisis de subsistencia. A pesar de los progresos de la agricultura inglesa y de la voluntad de los granjeros británicos de conservar para sí el mercado nacional de granos, hubo que recurrir a la libre importación para alimentar a esa población industrial, necesaria pero creciente, a precios que no gravaran las ganancias de los empresarios. De no haber sido por esta aportación externa, el proletariado no hubiera podido alcanzar las dimensiones que tuvo. Como hace notar Dupâquier en lo que toca a Francia: “el crecimiento demográfico se vio acompañado de, estuvo sostenido y en cierta medida, se hizo posible por un auge de la agricultura y de la producción que ésta además estimuló” (en Dupâquier, J., ed. 1988).

La evocación del pasado nos enseña también que desde esa época nuestro mundo social se dividió y que ese prolífico proletariado ya no tiene su residencia en el seno de las naciones en desarrollo, de tal modo que (y ésta es otra paradoja) el crecimiento acelerado, producto de la industrialización, no es más un fenómeno característico de las naciones industriales sino de los países menos “avanzados”.

A diferencia también de esa experiencia precedente, los desplazamientos de la mano de obra entre los lugares de origen y las zonas de empleo se ven sometidos hoy, gracias a las fronteras nacionales, a reglamentos y controles policiacos que ejercen una selección de los inmigrantes y una segregación institucional que vuelve su situación precaria y reversible. Las características demográficas y económicas de las zonas de emigración y de inmigración tienden, por esta situación, a evolucionar de manera diferente: mientras que se prevé el desmoronamiento de las primeras bajo el peso de sus niños, se teme ver que las segundas se volatilicen con las cenizas de sus viejos.

Respecto de los lugares de origen de los trabajadores que emigran reinan algunas “representaciones” que, también falsean, por poco que sea, los datos.

El África negra proporciona una parte de los inmigrantes a Europa. Su fecundidad es la más elevada de los cinco continentes. ¿Se trata, por lo tanto, de un continente que se desborda? ¿Padece de una “demorragia” salvaje y nociva?

Se sabe que el continente africano sufre, en relación a los otros, un retraso de crecimiento de población y se podría considerar que después de todo no hace más que colmarlo; pero el proble-

ma está en que esta recuperación no se lleva a cabo a su propio ritmo sino bajo el efecto de impactos que vienen del exterior.

Las regiones de donde vienen esos aparentes excedentes de población no se cuentan generalmente entre las más densamente pobladas. De hecho, todo el mundo sabe que no hay una correlación evidente entre la densidad de población y la emigración. Un país como Nigeria, comparativamente más industrializado, por mucho el más poblado y cuya densidad de población es de las más altas de África, lejos de ser un país de emigración, atrae a inmigrantes por millones, a tal punto que se ve obligado a rechazarlos, y no con mucho éxito, por cierto. Es también uno de los países que importa comparativamente la menor cantidad de productos alimenticios.

Burundi y Ruanda, cuyas densidades de población rural se cuentan entre las más altas, y al contrario de Nigeria, poco industrializados, tampoco son países de emigración, si no es de tipo político. Prácticamente no importan productos alimenticios. El éxodo no parece deberse a "sobrepoblamiento" local alguno.

A la inversa, la región soninke, situada en Malí, lugar de emigración de donde procede gran parte de los trabajadores africanos que están en Francia, se encuentra situada en una zona semidesértica que no tiene sino algunos pueblos y cuya densidad de población promedio es de 6 a 8 habitantes por kilómetro cuadrado. A pesar de las duras condiciones climáticas y las sequías recurrentes que azotan la región, no se trata de un éxodo sino todo lo contrario. Esas poblaciones están muy ligadas a su terruño. Las familias de los emigrantes se quedan en sus pueblos. La tierra, ciertamente de bajo rendimiento, no falta y el deterioro de la agricultura de alimentos se debe más a la emigración que a un cultivo intensivo. El que la deforestación se intensifique responde más al abastecimiento de las ciudades que a la satisfacción de las necesidades locales. Pero como esta región está alejada y mal comunicada, lo único que produce para el mercado es su fuerza de trabajo. Así pues, la emigración no es en este caso el efecto de un desbordamiento ni de una deserción, sino más bien de una marginación.

Lo que caracteriza a estas poblaciones descuartizadas, donde el hombre está ausente durante largos periodos, es la disociación entre las actividades de producción remuneradas, que llevan a cabo los hombres pero "en otro lugar", y la reproducción que se perpetúa mal que bien "en el terruño", bajo la creciente responsabilidad

de las mujeres, agobiadas por la multiplicación de los trabajos agrícolas que deben realizar aparte de las labores domésticas y de la educación de los niños, quienes irán a Europa a relevar a sus hermanos mayores. Éstas son circunstancias físicamente poco favorables para la procreación, las cuales incitan, sin embargo, a la consolidación de familias capaces de llevar esta disociación impuesta, al extender de un país a otro sus redes de solidaridad entre parientes y generaciones.

Al no encontrar en el terreno los indicios esperados de sobrepoblación, surgen las preguntas.

La primera población africana que estudié, los guros de Costa de Marfil, padeció durante el periodo colonial el trabajo forzado. Ahora bien, según informes oficiales, la inspección colonial, a pesar de su avidez por movilizar al máximo el trabajo de los "indígenas", tuvo que moderar el ardor de sus funcionarios y admitir que, a fin de cuentas, no se podía movilizar más de 5% de la población total sin que se provocaran al mismo tiempo riesgos de hambrunas. Se reveló así que, en el círculo guro, "para poner a trabajar simultáneamente a 2 450 hombres había que someter y controlar, tanto administrativa como policíacamente, a una población total de 76 255 habitantes, o sea aproximadamente 31 veces más numerosa" (Meillassoux, 1964:310). Tal era el volumen demográfico que se consideraba necesario para la movilización de efectivos casi irrisorios, con el fin de que la población pudiera aún dedicarse a las actividades agrícolas mínimas para la producción de alimentos indispensables para su sobrevivencia. La demografía no presentaba ningún indicio de crecimiento acelerado.¹

El periodo colonial, con los agravantes de la guerra y del reclutamiento militar, fue un periodo de decadencia demográfica. A la primera guerra mundial siguieron hambrunas y epidemias que dejaron cientos de miles de muertos en el oeste de África. Hubo que esperar los años treinta para ver una reanudación del crecimiento demográfico.

El Sahel, región que estudié más tarde (se trata de la franja meridional del Sahara que tiene una precipitación pluvial media de alrede-

¹ En todas partes, tanto en África como en otros lugares, el trabajo forzado tuvo efectos de despoblamiento (véase G. Sautter, 1966 y las contribuciones de M. François, M. Panoff, A. Rangasami en Gendreau y otros [comps.] 1991).

dor de 400 mm) confirma la subordinación del régimen demográfico autóctono a la producción de alimentos local. Los trabajos históricos de M. Chastanet (en prensa) muestran que las variaciones climáticas permiten en promedio un año bueno de cada tres. Los niños y los otros miembros improductivos son las primeras víctimas de las penurias, porque son los adultos activos a quienes hay que alimentar primero para asegurar el futuro inmediato. Por eso la natalidad era elevada para que hubiera siempre una población infantil renovada susceptible de obtener un beneficio de la recuperación de la producción agrícola. Dejadas a sus propias fuerzas, estas poblaciones tampoco alcanzaron un crecimiento acelerado.

El informe de la inspección colonial que señalamos antes era, pues, la constatación empírica de la baja productividad del trabajo alimentario en esas sociedades, de la extrema fragilidad de su economía de subsistencia, y de su imposibilidad, en tal situación, de alimentar una población no agrícola numerosa.

Lo que gobierna el crecimiento de ese tipo de sociedad basada en la agricultura no mecanizada es, más que una fecundidad casi siempre saturada, la productividad del trabajo alimentario: ¿Cuántos niños puede alimentar una generación de adultos hasta llevarlos a la madurez?

Después de la guerra, la situación demográfica colonial, que ponía en peligro la existencia misma de ciertas poblaciones, se transformó completamente, y esto a pesar del estancamiento de la producción agrícola de alimentos.

En la región guro, que poseía una tradición muy antigua de autosubsistencia, observé que todos los esfuerzos institucionales para aumentar la producción agrícola no estaban dirigidos sino hacia los cultivos de exportación.

Por el contrario, por razones que se derivan menos del tradicionalismo que de la situación demográfica y que intenté explicar en otra parte (Meillassoux, 1975), en lo que toca a la agricultura de subsistencia, desde el periodo precolonial no hubo ningún aumento de la productividad. Y está demostrado que esta situación se extiende por el África subsahariana (Pilon, 1991).²

² En los lugares donde fue introducido material técnico aparecieron otros problemas (cf. Williams, 1991).

En relación al periodo colonial, tampoco hoy el cultivo de alimentos está en posición de abastecer un crecimiento acelerado de la población. Algunos han tratado de ver en el carácter conservador de los campesinos la explicación del estancamiento de la agricultura alimentaria. Pero los métodos modernos introducidos para favorecer los cultivos de exportación, los cuales eran nuevos para los campesinos africanos, fueron adoptados en todas partes. Por el contrario, en lo que respecta a los cultivos de alimentos, cuando son objeto de proyectos de desarrollo, los esfuerzos van dirigidos casi siempre a la mejora del rendimiento de las tierras antes que a la productividad del trabajo, a menudo hasta en detrimento de esta última y, por lo tanto, con efectos negativos.

A falta entonces de una mejora considerable de la productividad en el cultivo de alimentos del campesinado africano, el crecimiento demográfico observado desde la década de los cincuenta no pudo ser alimentado sino mediante una aportación alimentaria externa.

Entre 1950 y 1990, la población del continente africano experimentarían un aumento de 400 millones de habitantes. Ahora bien, esto sucedió al mismo tiempo que bajaba la producción de alimentos por habitante.

La existencia física de esa población es, sin embargo, la prueba de que ésta disponía de los medios necesarios para llegar a tal número de efectivos: medios alimentarios o medios monetarios para tener acceso a esos alimentos. Su crecimiento responde, pues, a una coyuntura económica y social precisa, sin precedente en el continente, ligada a su historia reciente.

Este crecimiento de población —y la situación alimentaria que lo acompaña— corresponde a una etapa de industrialización y urbanización aceleradas que comenzó en los años cincuenta y se prolongó hasta la vuelta de los ochenta, y que se ve ahora seguida de una profunda recesión. Aquél es el efecto de una fuerte demanda de mano de obra, la cual provocó la formación de un *proletariado* urbano que se vio acompañada necesariamente de un abasto de alimentos proporcional.

La noción de proletariado me parece aquí particularmente fundamentada: el *proletarius* era aquel que en Roma no tenía más riqueza que su progenie; es decir, su propia fuerza de trabajo y la de sus hijos.³

³ La definición económica de salario mínimo por hora, por el contrario, se aplica siem-

Tal como su nombre lo indica, como lo obligaba su condición y como se puede ver, es *prolífico*. El término, de resonancia social, económica y demográfica se ajusta, pues, en todos sentidos a nuestro problema.

La urbanización, así como el asalariado —a menos que este último sea temporal— priva al interior del país de agricultores al mismo tiempo que hace aumentar más que proporcionalmente la cantidad de consumidores en las zonas urbanas. Tal relación, aunada a la sustitución de cultivos de alimentos por los cultivos de exportación, no puede sino crear un déficit alimentario. El cultivo intensivo de plantas más productivas como la mandioca o la migración de agricultores a la periferia de las ciudades no son más que paliativos; sólo una agricultura alimentaria mecanizada puede hacer frente a una urbanización de grandes proporciones.

Pero pasar de la autosubsistencia a una agricultura alimentaria de mercado representa un salto cualitativo que, al monetizar los intercambios y al poner a descubierto la baja productividad de la comunidad doméstica, y por lo tanto su precio comercial elevado, significa generar alzas de precios de los alimentos y consecuentemente de los salarios.

Un aumento de población en esas condiciones no hubiera sido posible sino a mediano plazo, hecho progresivamente, en el marco de una protección y de una política eficaz de sostenimiento de precios al productor. Sin embargo y por el contrario, en esa coyuntura de demanda urgente de mano de obra, se puso en práctica en las ciudades africanas una política de sostenimiento de precios de los alimentos al consumidor, con el fin de no cargar los salarios y gravar las ganancias de las empresas. De hecho, la competencia de los productos alimenticios extranjeros importados que provenían de agriculturas de muy alta productividad y además subsidiadas, y esto en el marco de un libre comercio impuesto por los organismos internacionales, ni siquiera permitió que una producción local de alimentos moderna pudiera arrancar en África.

Así, alrededor de 30% de la población africana, que corresponde aproximadamente a la población de los grandes centros urbanos, al que se une una parte de las poblaciones rurales dedicadas

para alguien "soltero". En su proceso de constitución, llamo proletariado a la población cuya dependencia del asalariado tiende a predominar sobre otras fuentes de ingresos.

a los cultivos de exportación, no pudo crecer sino alimentado con productos alimenticios importados relativamente baratos.

Relativamente baratos, en efecto, ya que el estancamiento del cultivo de alimentos en virtud de su baja productividad, hacía más ventajoso el acceso a un ingreso monetario que permitiera comprar más barato alimentos importados producidos a mejores precios.

Esta productividad desigual, que valora por un lado la fuerza de trabajo vendida directa o indirectamente en el mercado y que por el otro deprecia los productos alimenticios (y, por ende, la economía local) tuvo, creo yo, un alcance económico, social y demográfico considerable: el efecto de la urbanización fue proporcional a esta desigualdad en la productividad. Este efecto sustenta el éxodo rural y en buena medida el crecimiento acelerado de la población.

A diferencia del abasto aleatorio de la agricultura no mecanizada, sometida a los cambios climáticos que periódicamente cobraban su cuota de mortalidad infantil, el asalariado, en una coyuntura que permitía un acceso más regular a ingresos en dinero y a un empleo remunerado, así como el abastecimiento regular del mercado, ponían a la población al abrigo de las incertidumbres de la agricultura aldeana (Meillassoux, 1991; Fargues, 1987:25). Todo esto permitía alimentar de manera continua a los niños y llevarlos a la madurez con una mortalidad bastante más baja.

La extensión del asalariado hacia las ciudades suficientemente abastecidas por importaciones de alimentos y mejor equipadas desde el punto de vista sanitario, contribuyó en forma decisiva al aumento de la población africana.

Ciertamente la medicina, también más accesible en las ciudades que en el campo, desempeñó su papel; pero ésta no hubiera surtido efecto sin un abastecimiento capaz de alimentar a la población que ella contribuyó a hacer más numerosa.

Entre los años cincuenta y aproximadamente los tres últimos años de los setenta, maduraron dos generaciones nacidas en las condiciones de fecundidad de la comunidad doméstica, alimentadas por un capitalismo en expansión, pero condenadas a sufrir los efectos de una recesión de precios y salarios.

Gran parte del progreso logrado bajo los efectos de la economía de mercado de hecho contribuyó a constituir esa población.

La importación en masa de alimentos y la política de precios

contribuyeron no sólo a formar un proletariado urbano, sino también a su crecimiento acelerado y a su configuración propia.

Este crecimiento, que respondía entonces a los requerimientos del mercado de trabajo, se logró gracias a los medios económicos que fueron puestos a disposición de las poblaciones africanas, sin que éstas tuvieran que modificar su comportamiento respecto a la natalidad (Chesnais, 1986). Tendrían todavía que hacer frente a las consecuencias económicas y sociales.

Si bien es cierto que el asalariado aportaba una mejora y una relativa estabilidad de los ingresos en el corto plazo, no aportaba, en efecto, la seguridad económica.

En África, como fue el caso de Europa durante largo tiempo, únicamente las comunidades rurales podían asumir esa función.

El aumento de población urbana tiende, en esta etapa, a ir acompañado en menor escala por un aumento de población rural, en la medida en que este último sirve todavía mucho como lugar de repliegue y como lugar de reproducción para una parte importante de la población que emigra a la ciudad o al extranjero. En estas condiciones, es toda familia extensa la que participa de la sociedad industrial y urbana de la posguerra y no algunos de sus miembros. Es a ella a quien se deja cumplir las funciones esenciales de proveedora de mano de obra y de seguridad social. Pero estas funciones las cumple a título privado, con su propia perspectiva, a su escala, en un marco económico no mercantil y según sus reglas y su política. Ahora bien, esta política es, más que nunca en esta coyuntura cambiante, la de asegurar su propia perpetuidad y solidez como organismo y como institución, dándose una base demográfica segura y, por lo tanto, grande y equilibrada.

La familia africana, siempre investida de sus mismas funciones reproductivas y de seguridad, busca pues apoyarse, para perpetuar esta labor, en los medios y en la moral heredados de sus orígenes rurales.

El proceso de crecimiento de la población se debe atribuir menos a la iniciativa demográfica de los africanos que a las políticas económicas y sociales a las que han estado expuestos, en el mejor de los casos, al desarrollo y en el peor a la explotación y desintegración familiar.

Pero si la emigración sólo de los hombres a lugares lejanos indulta temporalmente a la comunidad rural permitiéndole con ello conservar su comportamiento demográfico, la emigración conyu-

gal hacia las ciudades instaura una ruptura con el terruño que le hace asumir su demografía en otras condiciones.

De la urbanización se hubiera podido esperar, en efecto, una baja de la fecundidad, y esto independientemente de toda mejora en las condiciones materiales de vida. El núcleo familiar conyugal, al desprenderse de una estructura familiar mayor, aplaza temporalmente la procreación. Alejada de su comunidad ya no puede, como ésta, tener hijos tardíamente: el sistema de paternidad por parentesco, que permite una continuidad en el cuidado de los hijos, deja de operar. La poligenia que renueva el grupo de las madres se atenúa.

Sin embargo, estos factores objetivos de reducción de la familia fueron puestos en jaque sobre todo a partir de la "crisis", bajo el efecto del desempleo y de la baja de los ingresos.

A la vuelta de los años ochenta, la expansión se vio seguida por un periodo de retracción industrial que dejó en el abandono a una población en crecimiento, que hoy ya no corresponde a la exigencia que se le hacía en el curso de la etapa precedente, de tal modo que nuevamente la situación demográfica actual se deriva más de la degradación de las condiciones económicas que la desencadenaron, que de una causalidad interna.

La industrialización de África, como se constata hoy, estaba "fuera de lugar", era coyuntural, construida sobre capitales de paso que habían venido a buscar una mano de obra poco calificada y barata, pero que no se habían preocupado por crear estructuras e infraestructuras duraderas.

Lo precario del proceso de industrialización no podía sino transmitirse a las poblaciones que había hecho surgir. No se tomó ninguna medida, o casi ninguna, para estabilizarlas social y económicamente. El trastocamiento de la coyuntura abandonaba a sus propias fuerzas a ese proletariado en formación.⁴

La antropología comparada nos enseña que el crecimiento y la configuración de una población varían en el tiempo según los sistemas y las

⁴ Desde 1950 hasta 1980 la urbanización afectó de 15 a 30% de la población africana; en cuanto a la industrialización, ésta afectó 50% de las mercancías exportadas por los diferentes países, alcanzando las rentas más bajas en 1981 (Baux y Tolbert, 1982: 184).

clases sociales. Estas diferencias se deben menos a automatismos, y menos aún a la “madre naturaleza”, que a las “políticas” dictadas por las condiciones de vida y los imperativos económicos.⁵

El proceso de captación de una población en la economía de mercado tiene también leyes que actúan sobre su volumen y su composición social y la llevan a sufrir transformaciones dolorosas.

En la economía industrial, la importancia y el rendimiento del capital actúan sobre el volumen y la calidad del empleo, por lo tanto, sobre la abundancia de mano de obra en relación a la población total y sobre su composición. En una economía de mercado, la competencia y la ganancia deciden, según la coyuntura, el volumen y la naturaleza de las inversiones. Si dichas inversiones reducen el nivel de empleo creando así un excedente relativo de población, la política de tal economía debe ser y sólo puede ser la de *ajustar* la población a la producción y no a la inversa. Este *ajuste* comienza a nivel de la empresa que, con los despidos, se deshace del peso de una mano de obra a la que vuelve económicamente inerte e incapaz, aun cuando esté en posición de trabajar y viva, por ende, necesitada.

Pero los despidos son una solución únicamente para la empresa, que no hace sino devolver sus problemas a la sociedad. ¿Cómo eliminar completamente este excedente de población, como lo desearía una sana administración de la economía, si, según ciertos teóricos, el estado debe ser administrado también como una empresa? Éste es el problema que resuelve parcialmente el sistema de migraciones internacionales de las que se dice que “hacen más flexible el mercado de trabajo” mediante la repatriación de los trabajadores inmigrantes “a su casa”.

La división geográfica existente entre la zona de producción y la zona de reproducción lo permite. Pero, otra vez, no se hace más que desplazar el problema, en este caso hacia los países más pobres cuya situación económica y demográfica se agrava aún más.

Esos países, sin embargo, mantienen esta situación pues buscan rechazar a los “ociosos” de las ciudades hacia las zonas rurales de donde se supone que llegaron. Son innumerables las operacio-

⁵ Así, por ejemplo, ciertas sociedades cinegéticas que practican comúnmente el infanticidio; también algunas sociedades esclavistas que construyen su demografía mediante la captura y la adquisición de individuos, en detrimento del crecimiento genésico, etcétera.

nes de “regreso a la tierra”, de deportaciones a menudo brutales e inhumanas llevadas a cabo con este fin. El apartheid era la institucionalización permanente de esta división territorial.

De esta manera se perpetúan dos espacios sociales y demográficos distintos pero dependientes.

El regreso de los inmigrantes “a su casa” agrava la diferenciación ya marcada entre las zonas de empleos calificados y descalificados. Este agravamiento se traduce, en los países y regiones más pobres, en una descalificación mayor de las labores, lo que lleva a un empleo creciente de mano de obra siempre más barata. Simultáneamente, el retiro de empresas extranjeras acarrea la disminución del volumen global del capital, de ahí su debilitamiento y, por lo tanto, la baja general de la productividad del trabajo. Mientras más bajo sea el rendimiento del capital —y tal es el caso cuando la maquila se extiende casi indefinidamente como en muchas ciudades africanas— es menos posible pagar la mano de obra, la cual está menos calificada, menos protegida, más expuesta a los accidentes y a las enfermedades y debe ser renovada con más rapidez.

En esos países, la exigencia que surge en esta situación de crisis es, pues, la de una mano de obra descalificada, muy barata, sumisa, fácil y rápidamente reemplazable.

Son los niños quienes mejor cumplen con estas condiciones de trabajo, y su empleo toma proporciones incesantemente crecientes. Se ha visto que tal era el caso de las zonas de cultivos comerciales donde trabajan niños, en la parcela familiar, en detrimento de su escolaridad. Sobre todo en las ciudades, los niños forman un subasalariado al que emplea un subcapitalismo sin ley. Como se da por sentado que su familia los mantiene (siendo que también sucede lo contrario), los niños trabajan sin sueldo por casa y comida o sólo reciben un salario llamado “complementario”. Sometidos a la doble disciplina de la empresa y de la familia, son poco susceptibles a ser reivindicativos. Desde el punto de vista demográfico, su grupo de edad es abundante y, al ser joven, se renueva más rápidamente; por ser numeroso y de bajo costo, su contratación se vuelve más fácil y su reemplazo más rápido, lo que compensa parcialmente su relativa debilidad física.

Ahora bien, “sustituir adultos por niños en el trabajo —como ya lo veía Marx en su tiempo— es un verdadero incentivo para la

procreación”, que a su vez hace que el número de niños aumente y su fuerza de trabajo se abarate.

El empleo de niños modifica la temporalidad de la familia. Ya no son vistos como el sostén futuro de las viejas generaciones sino como el sostén inmediato de sus padres directos para quienes el futuro, tanto de unos como de otros, es menos urgente que las dificultades cotidianas. El empleo asalariado de niños muy jóvenes es así, paradójicamente, el símbolo del abandono y de la miseria de los viejos.

Tal forma de empleo contribuye al crecimiento de los grupos de edad más jóvenes a los que somete a una mortalidad precoz por accidentes o enfermedades de trabajo, con lo que al mismo tiempo socava los futuros grupos de adultos. Las pirámides de edad se derrumban. La población crece pero no envejece. Así pues, no son las condiciones de la oferta y la demanda de trabajo las que pueden restringir o regular por sí mismas el trabajo juvenil y sería una sorpresa que se tomaran medidas para privar a las empresas de las ventajas que esto representa frente a la competencia internacional.

En las ciudades, donde el desempleo ha aumentado, ya no hace falta bajar el precio de los alimentos para hacer bajar los salarios urbanos: de ello se ocupa la ley de la oferta y de la demanda aplicada al mercado de trabajo.

La degradación del empleo y de los salarios contribuye así a una degradación social peligrosa. En primer lugar, favorece el empleo de mujeres, con un pago menor, en detrimento de los esposos, y luego el empleo de niños, peor pagados aún, en detrimento de sus madres. Pero en segundo lugar, semejante coyuntura desintegra el tejido familiar: los hombres desempleados u obligados a desempeñar empleos peligrosos o insalubres, desaparecen del hogar; las mujeres, obligadas a encontrar una ocupación remuneradora y agobiadas por las labores domésticas, no pueden ocuparse apropiadamente de los recién nacidos y todavía menos de los viejos improductivos; los niños, obligados a trabajar y convertidos demasiado precozmente en “el sostén de la familia”, acaban por abandonar a sus padres para vivir en bandas. La desintegración de esta gran familia, cuya prolijidad es motivo de queja, acarrea también, la desaparición de un marco moral y de disciplina que quizás en África, más que en otras partes, retarda la delincuencia y las otras taras sociales que vemos desarrollarse en todo lugar de cualquier ciudad.

En ciertos bantustanes de Sudáfrica—un país que se encuentra a la vanguardia de la descomposición social de su proletariado—este proceso está ya ampliamente en marcha. Los nacimientos de niños ilegítimos, hijos de padres a su vez ilegítimos, anuncian desde hace tiempo una demografía salvaje, que está fuera de toda norma, cuyos efectos morales y sociales presentan aspectos muy inquietantes (FAO, 1982; Meillassoux y Messiant, eds., 1991).

Desde 1975-1980 la degradación de los salarios y el desempleo tuvieron efectos diferentes en lo que toca al campo y a la ciudad.

En el campo, según las regiones y los recursos locales, los ingresos provienen de las transferencias de los emigrantes o de los cultivos de exportación. El desempleo de los emigrados reduce el primer tipo de ingresos; la baja de precios de los productos agrícolas al productor reduce el segundo, al punto de acarrear la participación creciente de los niños en los trabajos agrícolas en detrimento de su escolaridad: al igual que en las ciudades, la situación económica de las zonas de cultivos comerciales es un incentivo para la procreación.

Bajo el efecto del desempleo y del encarecimiento de la vida es cierto que se prepara un repliegue hacia el campo, pero lento y muy reactivo. Aun cuando la capacidad de reabsorción del campo africano sea posiblemente superior a la de otros continentes, gracias a la persistencia de la gran familia colateral, ese repliegue se ve limitado por los problemas de readaptación social que engendra una larga ausencia, las dificultades que representa rehabilitar tierras abandonadas o el reaprendizaje de las técnicas agrícolas. Es un regreso a la aldea, donde la productividad del trabajo agrícola alimentario sigue siendo muy inferior a la de la mayor parte de las industrias o servicios urbanos, los cuales son siempre la principal, cuando no la única, fuente de dinero. En el marco persistente del libre comercio, este regreso no permitirá, en contradicción con ciertas previsiones, un restablecimiento de la producción de alimentos.

Detrás del fenómeno del crecimiento acelerado de la población hay, pues, un conflicto entre lo que querría ser la política demográfica restrictiva de las autoridades nacionales o internacionales y la que, desarrollándose en el lugar de los hechos, corresponde a la de la única institución, privada, capaz de llevar a cabo la tarea de la reproducción, es decir, la familia. Pues, a su nivel, la familia admi-

nistra la reproducción según sus propios fines, dentro de sus propias perspectivas, y sobreponiéndose mal que bien a las crisis sucesivas que engendra esta transformación y que amenazan a cada momento su existencia.

Por ello, allí donde la política de estas familias no hace más que responder demasiado bien a las condiciones del mercado de trabajo, al procrear demasiados pequeños proletarios para ofrecérselos en sacrificio, y allí donde, correlativamente, fracasan las políticas de control de la familia, si es que las hay, se abate una miseria terrible, inducida por otras políticas con pretensiones económicas comprometidas uniformemente a escala continental, cuyos efectos demográficos hacen surgir interrogantes.

Los demógrafos, desde Condorcet, han observado que la mejora de las condiciones de vida se acompañan de una baja, a la larga, de la fecundidad. Esta mejora consiste básicamente en mejores condiciones alimentarias y sanitarias, de vivienda, de educación infantil, en la seguridad del empleo y seguridad social a escala nacional.

El crecimiento demográfico es más bajo, incluso a veces negativo, en las sociedades donde las condiciones de cuidado y reproducción física de los individuos son las mejores y donde las condiciones materiales para el futuro están mejor aseguradas.

Sin embargo, las medidas impuestas por las instituciones financieras internacionales en los países con crecimiento acelerado van, paradójicamente, en sentido rigurosamente inverso.

Nos enfrentamos aquí a un fenómeno de graves consecuencias: la disyunción que hay entre la comprensión de los problemas sociales y su solución política.

Parece que la disociación de los hechos aunada a la división económica del mundo, se transmite de la manera que pensamos.

La división internacional del trabajo, la cual está a la orden del día desde la segunda guerra mundial, provocó, como lo hemos visto, una división territorial que duplica en una división social y demográfica. Los países europeos ven disminuir relativamente su proletariado mientras que éste se desarrolla con desmesura en los países dependientes. Por un lado, las migraciones que regresan y, por el otro, el retiro y carácter nómada de las empresas internacionales, lo crean, lo abandonan o lo desplazan en todo momento en diversas partes del mundo. Esta división social del mundo se ve

agravada por la separación política que tiende a rechazar y arraigar al proletariado y, por lo tanto, también al desempleo, en los estados menos desarrollados. "Solución" que aplasta a los segundos y agrava el problema demográfico de los primeros.

El desarrollo económico de las grandes potencias occidentales se llevó a cabo, en lo que toca a cada una de ellas, dentro de sus fronteras. Fue en ese espacio donde se constituyeron las clases sociales. Afrontar ese problema directamente en el seno de la nación tenía la ventaja de obligar a buscar soluciones. Esto dio lugar a la organización obrera y al establecimiento de una política social. En virtud de la división mundial de la sociedad, la rebelión de los más explotados tiende a quedarse encerrada dentro de los países pobres donde el enfrentamiento con la clase dominante internacional, en buena medida ausentista, es menos que el que hay con gobiernos subrogados y puramente represivos, desprovistos además de los medios económicos susceptibles de aportar soluciones, locales o internacionales.

Esta disociación socioterritorial y política, mantiene una demografía diferencial evidentemente. Corresponde a la disociación de las funciones de producción y reproducción y sus beneficios y costos respectivos. Y si la una es redituable, es porque recoge los frutos de la otra, que no obtiene un beneficio secundario de los efectos de su participación demográfica en el desarrollo de los países ricos.

Desde el punto de vista de nuestras disciplinas, la producción es asunto de la economía, la reproducción de la demografía. En cuanto a la antropología y a la sociología, hemos constatado que se concentran menos en la amplitud de las cosas que en sus extremos. Ninguna disciplina cubre por sí sola un campo delimitado que pueda cerrarse sobre sí mismo. Sin embargo, esta división tiende a perpetuarse en la medida en que la disociación de las funciones y de los terrenos parecen conceder a cada disciplina un campo que le es propio y exclusivo.

Hay una falta de unión entre las disciplinas, las problemáticas y las políticas aplicadas, así como hay una disociación entre el trabajador y su familia, entre la circulación de capital y la de las poblaciones, entre las funciones productivas de la empresa y las funciones reproductivas de la sociedad.

Quizá estos indicios son suficientes para sugerir la necesidad

de una reestructuración de las ciencias humanas según una problemática de conjunto capaz de asociar las condiciones históricas y antropológicas de la producción material con las de la reproducción de la vida. Ya que, así como está, esta desunión entre las disciplinas se transmite hasta la concepción de las políticas impuestas a los países en vías de desarrollo.

El programa, prácticamente uniforme, aplicado hasta ahora por las instituciones financieras internacionales a los países subdesarrollados impone, en esencia, medidas restrictivas y severas a todo lo que contribuye al sostenimiento de la vida, en particular la eliminación de los subsidios a los productos alimenticios, el mantenimiento de salarios bajos, la drástica reducción del gasto público en los rubros de salud y de asistencia social. ¿Semejante política tiene únicamente objetivos económicos? ¿Sus impactos demográficos pueden ser ignorados?

“Las intervenciones dirigidas inicialmente a restablecer los grandes equilibrios económicos no pueden dejar de incidir en el campo demográfico” (Chasteland, 1990:21).

Por razones estrictamente financieras, la disminución de los salarios bajos es muy aconsejada, ya que a ese nivel —nos explican— los ingresos del salario se consumen íntegramente y no producen ahorro.⁶ Por el contrario, no se descubrió sino muy recientemente que los gastos suntuarios o militares son “improductivos” (reunión de primavera del FMI y del Banco Mundial, 29-30 de abril de

⁶ En este caso, el efecto de los bajos salarios, o sea la incapacidad de ahorrar, se considera la justificación teórica de los bajos salarios. Cf. las recomendaciones de la OCDE al gobierno francés —del que se espera reaccione como el de un país subdesarrollado— para reducir el SMIC (*Le Monde*, 08.06.91). La economía liberal no es sino una cadena de argumentos capciosos destinados a justificar los bajos salarios; la última versión de esta cadena es una “teoría” del desempleo según la cual el aumento de los salarios en un rubro crea en él el subempleo (Lesourne, 1991); en 1981 se invocaba el muy considerable consumo de los que ganaban el SMIC como la causa del déficit de la balanza comercial, por lo tanto de la inflación, por lo tanto del subempleo. Pero no se ha encontrado desde entonces ninguna correlación entre la tasa del SMIC y el nivel de esa balanza. Nuestros economistas liberales han pretendido por años que la prosperidad alemana reposaba sobre reducidas cargas sociales; hoy nos dicen que los industriales japoneses venden más caros sus productos en su propio mercado para hacer un dumping a sus precios de exportación; ¿los asalariados japoneses estarán pues tan bien pagados después de todo?

La idea de llevar los salarios a los niveles más bajos posibles es una conclusión teórica a la que llega el más humilde de los patrones sin ayuda de un economista. ¿Cuál es, pues, la función de aquellos que sostienen esta tesis y de dónde viene su renombre?

1991; discurso de M. Camdessus, 10 de junio de 1991); estos gastos, al igual que la exportación fraudulenta de capitales a veces masivos, no han suscitado la aplicación de sanciones; asimismo, la aplicación rigurosa de reglamentos internacionales de condiciones de trabajo, en particular el de los niños, o la que corresponde al respeto a los derechos humanos nunca se ha dado como condición estricta para la obtención de créditos. Todas estas medidas correrían el riesgo de contrariar a los detentadores del "ahorro", los únicos susceptibles, según la tesis liberal, de aumentar las inversiones, por lo que habría que contribuir a acrecentar su fortuna. Las concesiones fiscales a las empresas extranjeras las liberan de participar en la creación de infraestructura; ninguna pena está prevista en contra del retiro intempestivo de empresas. En los países subdesarrollados, el "ahorro", que proviene sobre todo de los préstamos, se vuelve a menudo a exportar en lugar de invertirse.

Esta política, aplicada a los países subdesarrollados, crea una brecha inmensa entre los ingresos y contribuye tanto agravar el desempleo en los sectores en los que las inversiones son productivas como agravar la sobreexplotación del trabajo en los otros sectores. La generalización de la política de exportación, la cual es practicada por todos los países hacia socios que buscan todos ellos proteger su mercado interno, aumenta las existencias de mercancía, crea el marasmo, hace bajar la rentabilidad de las inversiones, las cuales hay que reemplazar rápidamente por otras más productivas; aumenta los despidos y hace bajar aún más la demanda solvente, etc. Por el contrario, la negligencia hacia las condiciones de trabajo y la situación sanitaria grava el porvenir del presupuesto de los países sometidos a esta peligrosa imprevisión.

La proliferación de la miseria y de las hambrunas que debilitan a las generaciones futuras, la de las epidemias que toman proporciones continentales, preparan para el porvenir un derrumbe cuyos contornos son ya muy visibles. Esta política contradictoria, incoherente y funesta protege, ciertamente, a los ricos "ahorradores", pero deteriora gradualmente todas las otras capas de la población.

Lo paradójico es que esto es posible en la democracia por el hecho de que estas instituciones, públicas por el origen de sus fondos pero que no dependen de órganos multilaterales de decisión como en el caso de las agencias de las Naciones Unidas, funcionan sobre la base arcaica de un poder censatario: se comprende que es-

tén más preocupadas por los intereses de los países más ricos que por los de las poblaciones más pobres. Sobre todo, estas instituciones con tan poca representatividad internacional son las únicas que, entre los organismos internacionales, disponen de un medio de presión irresistible sobre los gobiernos: el dinero. Ellas solas y sin ninguna intervención de los otros organismos internacionales han decidido hasta el presente la atribución de emisiones especiales de dinero o préstamos a los estados y, al mismo tiempo, la política a seguir, los programas económicos a aplicar, los proyectos a realizar, las condiciones a respetar y las modalidades de pago. Ahora bien, es obvio que la política monetarista uniforme y repetida que se ha estado llevando a cabo desde hace un cuarto de siglo, ha fracasado. La brecha se está haciendo más profunda. El informe del Banco Mundial de 1990 lo confirma. La situación de los países más pobres, llamados Países Menos Avanzados (PMA), se deteriora en todos los casos. En el reverso de cada balance general de contabilidad que dice ser positivo, se inscriben como reservas los efectos sociales y represivos siempre con agravantes de esta política. Las advertencias de la UNICEF,⁷ del PNUD,⁸ del BIT, de la OMS y de otras agencias, respecto de los efectos deletéreos de esta ortodoxia contable⁹ sobre el estado social y sanitario de las poblaciones, han sido ignorados en los hechos. Los estudios e investigaciones hechos sobre los problemas relativos a la integración de variables demográfi-

⁷ El Banco Mundial (1990:103) le reconoce a la UNICEF (una referencia implícita se hace en Cornia y otros, 1987, *Adjustment with a Human Face*) el mérito de haber sido la primera que “puso en el centro del debate el problema de la planificación y de los efectos de los ajustes” ante el cual ella misma había permanecido ciega. Es más, el *World Development Report 1990* del Banco Mundial pone como encabezado su balance, en letras resplandecientes aclarando un planisferio sumido en las tinieblas: “Poverty”.

⁸ El *Rapport Mondial sur le Développement Humain 1991* del PNUD reafirma el lugar central que debe ocupar la Organización de las Naciones Unidas en la elaboración de un mundo nuevo “de paz y desarrollo”. Este texto “propone una redistribución racional de los recursos con el fin de servir mejor a la humanidad haciendo que el mayor número posible de individuos obtenga un beneficio de un uso creativo de esos recursos, en lugar de limitar su asignación a grupos de intereses restringidos (...) Preconiza un proceso de desarrollo humano cuyo objetivo principal sería lograr la plenitud y la utilización de todas las capacidades humanas (...) Comporta por primera vez un indicador de libertad humana” (PNUD, 1991: iii). Toma en cuenta índices como la esperanza de vida al nacimiento y la alfabetización como medida de los efectos de una política económica (*idem.*: 1).

⁹ Ortodoxia totalmente relativa, de hecho, puesto que ciertos países gozan de favores especiales por razones políticas (por ejemplo Egipto, a resultas de su participación en la guerra del Golfo Pérsico).

cas en la planificación del desarrollo por el PNUD, el CICRED, la FAO, la UNFPA, que tienen el mérito de considerar el largo plazo, parecen letra muerta (Chasteland, 1990). Actualmente, incluso las instituciones religiosas más conservadoras se inquietan por la “explotación” (es el término papal) a la que están sometidas las poblaciones del Tercer Mundo, o del hecho de que el “proletariado de 1848 está de nuevo a nuestras puertas” (Cardenal Lustiger, *L'Expansion*, 23.05.1991). El agravamiento de las condiciones de vida, la morbilidad acrecentada, la mortalidad en aumento, la proliferación de pandemias resultantes de la degradación de las infraestructuras sanitarias, las catástrofes agrícolas debidas a la interrupción de ciertos programas de protección contra parásitos, el desarrollo de cultivos ilegales promovidos por la baja continua de los precios de las materias primas, todos estos fracasos deben ser imputados a programas desconsiderados y a la limitada visión de las instituciones financieras internacionales.

El paradójico efecto demográfico de esta política es provocar simultáneamente un aumento de la población en las peores condiciones materiales y morales y un agravamiento sórdido de la morbilidad y de la mortalidad.

Ciertamente, el informe del Banco Mundial de 1990 (p. 103) evoca las preocupaciones de “varios observadores”, pero sólo desde la perspectiva de las medidas a tomar para “amortiguar los costos a corto plazo” pero no para cambiar de dirección. ¿La recomendación de una “ortodoxia acrecentada” no había acompañado esta observación? (Reunión FMI-BM del 29 y 30 de abril de 1991). El director del FMI, sin embargo, se ha abierto a estos problemas, en un discurso autocrítico, al aceptar hablar por primera vez en la historia de esta institución ante la Conferencia Internacional del Trabajo del BIT (junio de 1991) y deplorar los gastos improductivos. Está claro que nuestros colegas monetaristas, encerrados en la problemática estrecha de su subdisciplina, por lo tanto incapaces de remediar los desastres que provocan si no es con la aplicación siempre redoblada de la misma medicina, están en el límite de su imaginación. Necesitan ser asistidos en una labor que los rebasa, con el fin de que lleguen a comprender mejor el alcance de lo que ellos llaman en un lenguaje orwelliano, el “ajuste estructural”, cuyos desórdenes y terrible gravedad apenas parecen, en la hipótesis más optimista, haber siempre medido con claridad.

Un considerable avance se lograría, pues, si en la huella de esta débil apertura, ya tardía, a los problemas demográficos y sociales, los participantes de dicha Conferencia recomendaran que las políticas asignadas a los gobiernos por las instituciones financieras internacionales sean elaboradas en organismos que reunieran, además de los países directamente implicados, a todas las agencias internacionales interesadas, con el fin de tomar en cuenta, como parece ser elemental, el conjunto de los datos del problema.

Los fenómenos demográficos son de una gran sensibilidad como para que sean tratados como los subproductos de una subdisciplina económica.

Por añadidura, los prejuicios irracionales de los que son objeto tales fenómenos deben hacernos tomar todavía más precauciones al considerar ciertas pretendidas "soluciones", directas o indirectas, a las que se quisiera someter clases sociales enteras sin que estén protegidas contra la racionalidad u ortodoxia financiera. Lo que está en juego es la vida de millones de seres humanos.

Quiero recordar, a propósito de esto, una advertencia solemne que me parece hoy de una importancia capital y que nos ha sido legada por un humanista cuya ausencia aún sentimos, y de quien se honra con toda razón la escuela francesa de demografía:

"El exterminio de esta clase proletaria llevada a los límites de la subsistencia, no puede ser contemplado... Los liberales más fieles a su causa, los más 'darwinistas', no osan seguir a Adam Smith en su discreta sugerencia de hacer desaparecer a los débiles en favor del equilibrio vital" (Sauvy en Charbit, 1981:X).

Ojalá que Alfred Sauvy no sea desmentido y que nadie sucumba, por poco que esto sea y por el medio que sea, a tal fin.

Traducción del francés:
GERMÁN FRANCO

SIGLAS

- BIT *Bureau International du Travail* [Organización Internacional del Trabajo]
 BM Banco Mundial [Nombre oficial: *International Bank for Reconstruction and Development* (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento)]

- CICRED *Comité International de Cooperation dans les Recherches Nationales en Demographie* [Comité Internacional de Cooperación para Investigaciones Nacionales Demográficas]
- CNRS *Centre National de la Recherche Scientifique* [Centro Nacional de la Investigación Científica]
- FAO *Food and Agriculture Organization* [Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación]
- FMI Fondo Monetario Internacional
- OCDE Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos
- OMS *Organisation Mondiale de la Santé* [Organización Mundial de la Salud]
- PMA Países Menos Avanzados [Clasificación usada por las Naciones Unidas con fines estadísticos; véase *Standard Country or Area Codes for Statistical Use*, serie M, no. 49, rev. 2. N. del t.]
- PNUD *Programme des Nations Unies pour le Developpement* [Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo]
- SMIC *Salaire minimum interprofessionnel de croissance* [Salario mínimo interprofesional de crecimiento]. En Francia, salario mínimo que varía en función del índice de precios y de la tasa de crecimiento económico por debajo del cual ningún empleado puede ser remunerado.
- UNFPA *United Nations Fund for Population Activities* [Fondo de las Naciones Unidas para Actividades de Población]
- UNICEF *United Nations Children's Fund* [El acrónimo está basado en el nombre anterior: *United Nations International Children's Emergency Fund*; Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia]

ÁFRICA SUBSAHARIANA: EN LAS AGUAS TURBIAS DEL DESORDEN INTERNACIONAL DE LA POSGUERRA FRÍA

HILDA VARELA BARRAZA
El Colegio de México

Una de las blasfemias que oímos frecuentemente en boca no sólo de los tiranos africanos y sus apologistas sino también en los comentarios de europeos y [...] observadores [...] acerca de las luchas africanas contemporáneas, es que la democracia es un concepto político ajeno a la sociedad africana, que va en contra de la condición cultural de tales sociedades...

WOLE SOYINKA
("Democracy and the Cultural Apología")

ESTE ENSAYO gira en torno a la tesis que sostiene que el grave deterioro económico y político del África subsahariana¹ se traduce en un proceso acelerado de erosión de su posición internacional. La lógica bipolar, vigente hasta los años ochenta, contribuyó a oscurecer el análisis de los procesos internos y favoreció la imagen de una posición internacional valorizada principalmente a partir de variables externas. Este fenómeno de distorsión se acentúa en esta coyuntura internacional de transición entre el fin de la Guerra fría y la emergencia de un

¹ Este tipo de ensayo puede hacernos caer en terreno pantanoso. Destaquemos, por lo menos, una "trampa": la sobresimplificación. Al buscar las variables que abarquen más, que posibiliten una relativa generalización para un subcontinente tan diverso (con 48 Estados), se corre el riesgo de incurrir en peligrosas simplificaciones, al ignorar variables específicas y significativas para una región o un país, favoreciendo generalizaciones que en esta línea de pensamiento pueden parecer abstracciones. Esta "trampa" de la sobresimplificación, por lo tanto, consiste en pensar que todos los africanos son iguales, que *ab uno disce omnes*: que una variable relevante para unos países es necesariamente relevante para todos.

nuevo orden internacional liberal, pero ahora proyecta una imagen distinta, que oscurece el análisis de la capacidad de valorización de la región tomando en cuenta variables internas.

En las últimas tres décadas y media, una imagen distorsionada y contradictoria en cuanto a la definición de los regímenes políticos internos y a la posición internacional de África subsahariana ha caracterizado la dinámica entre los fenómenos internos y las variables externas en esta región. Por un lado, durante las décadas de los sesenta y setenta surgió la imagen de la valorización estratégica de la posición internacional de África subsahariana que, de acuerdo con los criterios bipolares, parecía haber logrado una inserción exitosa en el sistema internacional: se consideraba que su participación relevante e incluso su presencia, numéricamente significativa, en los foros internacionales —en especial en las Naciones Unidas— tenía un impacto positivo en el orden internacional, imprimiéndole un sello democrático (M. Doxey, 1993: 18), precisamente cuando la gran mayoría de los Estados africanos, en el plano interno, se orientaban en un sentido inverso y se alejaban de la democracia.

Por otro lado, como una de las secuelas de la “década de la miseria”, en los años noventa y en medio de las tendencias globalizantes que involucran a todos los países del mundo, la erosión de la posición de África subsahariana se expresa sobre todo en los foros internacionales. En forma contradictoria, esa imagen “devaluada” en el sistema internacional contrasta con una tendencia interna hacia la valorización de esta región: en la gran mayoría de los países subsaharianos están surgiendo formas diferentes de procesos políticos en favor de la democracia. En este sentido, Michael Bratton y Nicolas van de Walle afirman:

También en África los regímenes autoritarios están en estado de sitio. A lo largo del continente, los gobiernos africanos enfrentan presiones políticas en favor de cambios políticos a una escala sin precedentes desde la disolución del gobierno colonial hace una generación [...]. El proceso dinámico de cambio de la protesta popular y de las reformas políticas sólo ha comenzado en África y su futuro curso y resultados es altamente incierto, en una variedad muy amplia de países (M. Bratton y N. van de Walle, 1992: 27).

África subsahariana en la lógica bipolar

En la *larga paz*² del orden internacional que emergió al concluir la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento entre las dos grandes potencias marcó la política internacional y se convirtió en una nube de humo que encubrió los conflictos internos y contribuyó a la valorización aparente de la región subsahariana en el sistema internacional.

Durante la “larga paz” de la posguerra los Estados locales del África subsahariana³ fueron clasificados de acuerdo con la lógica de la seguridad internacional bipolar. Independientemente de los discursos oficiales de las grandes potencias en favor de la democracia liberal o socialista, el orden internacional de la posguerra era propicio a la existencia de regímenes políticos “fuertes”, autoritarios y al armamentismo regional. Por lo tanto, a partir de los años sesenta, el juego de poder bipolar

² El término “larga paz” para definir el periodo de la posguerra fue acuñado por Gaddis y su uso se ha generalizado en la literatura especializada en relaciones internacionales. En su contenido engloba la relativa estabilidad del sistema internacional, que impidió el estallido de una tercera guerra mundial, y la proliferación de conflictos en la periferia:

Para ser sinceros, el término ‘paz’ no es el primero que viene a la mente cuando se reconsidera la historia de la Guerra fría. Este periodo [...] ha visto la mayor acumulación de armamentos que el mundo haya conocido, una serie completa de guerras prolongadas y devastadoras, una abundante violencia revolucionaria, étnica, religiosa y civil, de igual forma que algunas de las rivalidades ideológicas más profundas y más irreconciliables en la experiencia humana [...]. Dadas todas las razones posibles para haber tenido una gran guerra en las pasadas cuatro décadas [...] parece muy relevante comentar que de hecho no hubo una [gran guerra]. John Lewis Gaddis, *The Long Peace*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, p. 216.

³ En este trabajo se aborda la región subsahariana del continente africano. La principal razón para no incluir en este ensayo a la región norte de África es que, debido a su ubicación geográfica y a su participación real en el espacio económico mediterráneo, ésta ha mantenido su posición relativa en el sistema internacional. “Como los Estados de Europa central, África del Norte dispone, contrariamente a África subsahariana, de una capacidad fuerte de valorización en tanto que frente sur y socio estratégico de Europa”. (D. Bach, 1993: 38.) África subsahariana se extiende desde Mauritania, en la parte noroccidental del continente, hasta el Cuerno de África (Eritrea, Etiopía, Djibuti y Somalia), en el noreste, y desde Níger, Chad y Sudán, hacia el norte, hasta Sudáfrica, incluyendo los Estados Isleños (Cabo Verde, São Tomé y Príncipe, Madagascar, Mauricio, Seychelles y Comores). El subcontinente está formado por 48 Estados independientes y dos países no independientes (Reunión y Santa Helena) que no fueron tomados en cuenta en las reflexiones que se presentan en este ensayo.

fue en gran parte el marco de referencia para definir la posición internacional de África subsahariana y contribuyó a crear la imagen de su inserción plena en el sistema internacional.

La valorización de África subsahariana fue determinada en gran parte por el papel que ésta debía jugar en el contexto del enfrentamiento entre las dos grandes potencias y por las expectativas que despertaron los nacientes Estados, sobre todo en los círculos académicos y políticos liberales o los identificados con el socialismo. En este sentido destacaban las variables que definían su valorización a partir de preocupaciones estratégicas político-militares, como la función ideológica que se suponía que África subsahariana realizaría en el contexto bipolar —función atribuida a los líderes locales y expresada en foros internacionales— al imprimir una nueva vitalidad al orden internacional; el involucramiento de nuevos intereses en la región; la potencialidad conflictiva y la posición geoestratégica de la región —en especial de algunos países— y la importancia que para algunas economías extraafricanas tenían los recursos naturales de África.

En los años sesenta y setenta, los líderes africanos se distinguieron en el plano ideológico por su deseo de afirmar —al menos simbólicamente— la autonomía política y cultural del subcontinente en un mundo fracturado por las pugnas ideológicas, en lo que se interpretaba como un aporte de África al pensamiento universal y para la reforma profunda de un orden internacional injusto. Fue el periodo de emergencia de los visionarios y más tarde de los “pragmáticos” (F. Constantín, 1993: 237-238) y de la elaboración de las grandes tesis anticoloniales, antirracistas, de la “tercera vía” al desarrollo, en favor de la solidaridad del Tercer Mundo, del no-alineamiento y del afroasiatismo.⁴ En esa época surgió, además, uno

⁴ A lo largo de toda la región subsahariana surgieron los líderes —la mayoría hombres, ante la ausencia de mujeres líderes reconocidas internacionalmente— que reunían una doble dimensión, como fundadores de nuevas entidades (los “padres de la patria”) y como ideólogos del anticolonialismo y de la lucha en favor de pueblos explotados: Kwame Nkrumah, Sekou Touré, Modibo Keita, Amílcar Cabral, Julius Nyerere, Agostinho Neto, Patrice Lumumba, Samora Machel, Sam Nujoma, Kenneth Kaunda, Jomo Kenyatta, Leopold Sanghor y N. Sithole, entre otros.

de los grandes símbolos de unidad entre los gobiernos y los pueblos africanos —aunque con grandes fisuras a partir de la década de los setenta— y que en gran parte favoreció una imagen positiva de la región: la lucha en contra del *apartheid*.

Por otro lado, en la búsqueda de nuevos “socios” y a partir de la lógica del juego de suma-cero, las superpotencias se involucraron en los nuevos Estados, lo que facilitó que el flujo de capitales (a través de “ayudas” y préstamos) estuviese determinado por criterios bipolares: la “ayuda” bilateral y multilateral —a través principalmente del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional— originada en fuentes occidentales fue dirigida hacia los regímenes no comunistas, mientras que los fondos procedentes de la Unión Soviética y de Europa del Este tenían como destino los regímenes calificados como prosoviéticos (G. L. Butcher, 1981: 43-46; M. Doxey, 1993: 17). A partir de la década de los setenta África subsahariana atrajo la atención de China, que daba, por lo general, apoyo a bandos contrarios a los prosoviéticos, y de Cuba.

En esta misma óptica, a raíz de la primera crisis petrolera, de la intensificación del conflicto palestino-israelí y del inicio de la revolución islámica en Irán, África subsahariana adquirió una especial relevancia para diversos Estados árabes y musulmanes, que intentaron crear y consolidar sus lazos de amistad en la región, tomando como base la existencia de culturas islámicas⁵ y de países exportadores de petróleo, en especial Nigeria y Gabón. Este hecho acentuó la valorización estratégica del subcontinente *vis-à-vis* variables externas, lo que se tradujo tanto en el acceso a nuevos recursos financieros (procedentes de países árabes) como en el interés del Estado de Israel por consolidar sus relaciones con algunos Estados africanos.

⁵ Hay comunidades con culturas islámicas en Sudán, Mali, Somalia, Eritrea, Níger, Nigeria, Senegal, Guinea, Mauritania, Gambia, Yibuti, Comores, Benín, Camerún, Costa de Marfil, Ghana, Kenia, Liberia, Madagascar, Malawi, Tanzania, Burkina Faso, Uganda, Chad y Sierra Leona (G. Marín Muñoz, 1988: 51-52).

Durante las dos primeras décadas de vida independiente de los Estados africanos, la fuerte actividad diplomática desarrollada en distintos foros internacionales tuvo un impacto decisivo, lo que llevó en ocasiones a modificar la estructura de los organismos internacionales⁶ y en otras amplió la temática de las agendas de discusión e imprimió un sello calificado como “democrático”. Así, por ejemplo, en esa época la presencia de África subsahariana fue calificada como determinante en la Organización de las Naciones Unidas (M. Doxey, 1993:17) y en especial en la Asamblea General, en la UNESCO y en la creación del Grupo de los 77, en la *Commonwealth* Británica (M. Doxey, 1990: 892-896), en la organización del grupo de países afiliados a la Comunidad Económica Europea (hoy Unión Europea), conocidos como ACP (África, Caribe, Pacífico) y en el Movimiento de países no alineados. Este activismo diplomático de los Estados africanos sirvió como fundamento para afirmar que el subcontinente había logrado una inserción exitosa en el sistema internacional.

La potencialidad conflictiva y la posición geoestratégica de África subsahariana incidieron en su valorización estratégica. El enfrentamiento bipolar afectaba y distorsionaba la naturaleza de los distintos conflictos locales y, por lo tanto, cualquier conflicto podía desencadenar una guerra internacional y activar el riesgo nuclear. Esta percepción tomó fuerza a raíz del involucramiento de la Unión Soviética y de Cuba en algunos conflictos locales —en especial en la estratégica región del Cuerno de África—, en las guerras anticoloniales de Angola, Mozambique, Namibia y Zimbawe y en la lucha anti-*apartheid* de Sudáfrica.

La determinación del carácter geoestratégico del espacio africano era compleja y resultaba de la combinación de distintos factores. Era determinante su cercanía geográfica con áreas neurálgicas de la política internacional, en especial con los

⁶ En este sentido por lo general se hace referencia a una de las agencias del Banco Mundial, la Asociación Internacional de Fomento, creada en 1960 para tratar de solucionar las dificultades de acceso a créditos internacionales que enfrentaban los países africanos, tomando en cuenta la debilidad de sus economías.

países árabes productores de petróleo y con la conflictiva zona de Medio Oriente, por un lado, y con el polo sur y el Océano Índico, por otro. Esto, a su vez, le daba relevancia al establecimiento de bases militares y de estaciones de radar en las costas y en algunas islas de África, en especial en el Atlántico sur y en el Océano Índico. Además, el régimen sudafricano era considerado pieza clave para Occidente, por su definición ideológica, sus riquezas minerales y su industria, su posición geográfica, y a raíz de las independencias de las excolonias portuguesas en África austral, por su vecindad geográfica con regímenes prosoviéticos.

A partir de la década de los setenta algunos Estados árabes y en especial Libia, se involucraron, directa o indirectamente, en algunos conflictos armados locales: Chad, Etiopía-Eritrea, Etiopía-Somalia, Sudán. Por su parte, con el fin de contrarrestar el apoyo brindado a los movimientos de liberación nacional de Namibia y Sudáfrica, el gobierno sudafricano emprendió una campaña de desestabilización en contra de diversos Estados africanos y de búsqueda de “amigos”, lo que incluía desde una amplia gama de intervenciones diplomáticas y armadas (en contra de Angola, Mozambique, Botswana, entre otros) hasta el acceso a recursos financieros.

En el contexto de la Guerra fría, la posición geoestratégica de África subsahariana estaba determinada no sólo por criterios de seguridad militar sino también por cuestiones económicas. Uno de los compromisos no escritos de Estados Unidos frente a sus aliados consistía en asegurarles un acceso seguro a las fuentes de materias primas importantes, y sobre todo, a los minerales estratégicos y a las fuentes energéticas. Por lo tanto, África era relevante por sus recursos (café, cacao, té; oro, cobalto, cromo, uranio, fósforo, manganeso, vanadio, platino; petróleo) y por sus rutas marítimas, debido a que frente a sus costas pasaban los grandes trasbordadores petroleros.

Junto a la imagen valorizada a partir de criterios estratégicos político-militares y a la sombra del enfrentamiento bipolar, la vida política, económica y social de los países africanos sufrió un deterioro profundo y continuo. Creados en el contexto del proceso de descolonización, con fronteras geográficas

fijas heredadas del colonialismo, los Estados modernos⁷ se constituyeron en “cuerpos extraños” en las sociedades locales, asumiendo casi siempre un carácter intervencionista (H. Goulbourne, 1987: 27- 28).

En forma paulatina, con el argumento de que la frágil unidad nacional estaba en riesgo y que la democracia era un concepto ajeno a las tradiciones culturales africanas, las élites gubernamentales abrieron la puerta a las tendencias autoritarias, con una larga cadena de experimentos políticos, basados en partidos únicos y en la personalización del poder, convirtiendo la lucha política en una vía de acceso a los recursos del Estado.

La rápida descomposición del Estado de tipo occidental dio paso al surgimiento y desarrollo de los Estados depredatorios (D. Darbon, 1991: 37-46), que recurrían a la represión para lograr la desmovilización política, con una concentración excesiva del poder y con la violación sistemática de los derechos humanos.

Ante la inexistencia de un lazo orgánico entre la sociedad local y el Estado y de canales de expresión para la población civil surgió la tendencia hacia el desinvolucramiento de la gran mayoría de la población de los asuntos políticos (N. Chazan, 1988: 124-126; P. A. Nyong'o, 1987: 16-20; G. Hyden, 1992: 23-25; Doornbos, 1990: 182).

La corrupción, el carácter artificial de un espacio político limitado a la preservación del poder personal y el despilfarro de los recursos, entre otros aspectos, se tradujeron, por un lado,

⁷ A pesar de las grandes diferencias en cuanto al grado de desarrollo económico y social y la definición ideológica (al menos formal) de los diferentes tipos de Estado en África subsahariana, es posible distinguir características básicas comunes, referidas a la naturaleza y posición de éstos, que los identifican. En palabras de M. Doornbos esto se debe a: “(i) su estatus poscolonial, con todas las implicaciones que esto tiene para la evolución de la ‘sociedad civil’, (ii) su relación problemática *a priori* en relación con su jurisdicción territorial, (iii) su fuerte involucramiento en una base restringida de cursos (por lo general agricultura primaria), (iv) su infraestructura social todavía relativamente con pocas diferencias aunque étnicamente heterogénea, (v) su destacado proceso de centralización y consolidación del poder por las nuevas clases gobernantes, y (vi) su dependencia y su penetrante contexto interno”. (M. Doornbos, 1990: 180).

en la extraordinaria vulnerabilidad de los Estados africanos ante las presiones externas y, por otro, en la incapacidad de éstos para realizar tareas mínimas en el plano interno, como el desarrollo de nuevas identidades de tipo moderno, constituirse en mecanismo de integración nacional, garantizar un mínimo de seguridad a sus ciudadanos y elaborar normas no escritas de conducta social para el manejo de los conflictos y para asegurar la convivencia de los distintos sectores sociales y de las comunidades étnicas.

En ese contexto de inestabilidad, emergieron distintos mecanismos no democráticos⁸ para provocar cambios. Los golpes de Estado se convirtieron en un fenómeno cotidiano; expresión del descontento político y de la ausencia de participación de la población en la vida política, eran el mecanismo más frecuente para lograr el cambio de régimen.⁹

Por lo tanto, durante la "larga paz" en África se acentuó el deterioro crónico de las condiciones sociales, económicas y políticas internas, lo que significó, en una doble dinámica, la pauperización acelerada de grandes masas de la población y la erosión de la posición de África en el sistema internacional,

⁸ En un periodo promedio de 35 años de vida independiente de África subsahariana, han tenido lugar más de 80 golpes de Estado exitosos, por lo menos 23 jefes de Estado han sido asesinados o ejecutados y tres murieron en situaciones confusas vinculadas con problemas políticos. En un periodo que oscila entre los 20 y los 35 años, 14 Estados africanos han registrado por lo menos cinco cambios de régimen, producto de mecanismos no democráticos: golpes de Estado, imposición por parte de los militares de un gobierno civil, guerras civiles, "golpes de palacio" y purgas militares. Entre estos países están: Benín (con 10 jefes de Estado en 35 años), Burkina Faso (6 cambios de los cuales 5 no fueron por mecanismos electorales), Comores, Congo, Etiopía, Burundi, Ghana, Nigeria, Sudán y Uganda. De los 48 Estados independientes que conforman la región subsahariana, sólo 14 no han sufrido golpes militares o situaciones similares a un golpe. Entre estos están: Angola, Botswana, Camerún, Costa de Marfil, Tanzania, Zambia, Mozambique, Senegal y Kenia. En estos casos no se incluye a Sudáfrica, cuya situación política era hasta hace poco tiempo diferente de la del resto de los países subsaharianos (por el gobierno de minoría blanca). Habría que agregar dos países más que no han sufrido golpes de Estado, pero cuya independencia fue muy reciente: Namibia y Eritrea.

⁹ El concepto de régimen hace referencia al conjunto de reglas formales que rigen la organización del espacio público "Define la naturaleza política de los lazos entre los ciudadanos y los gobernantes y a lo largo del tiempo modela la construcción social de valores" (Robinson, 1994: 40). G. Hyden lo define como "...es una forma más permanente de organización política que un gobierno específico, pero un régimen es más típicamente menos permanente que un Estado." (G. Hyden, 1992: 7).

al ser convertida en simple peón de un juego de poder entre grandes potencias,¹⁰ pero en un aparente proceso de valorización de su posición internacional. Así, desde los conflictos étnicos hasta la existencia de regímenes dictatoriales y la definición del autoritarismo en esa región eran reducidos a la óptica bipolar (P. Anyang' Nyong'o, 1987: 5; F. Constantin, 1993: 237, 240-243).

Diversos factores¹¹ incidieron a partir de la década de los ochenta para alterar sensiblemente la valorización de África subsahariana en la escena internacional: cambiaron las reglas del juego internacional y, por lo tanto, los criterios para definir la jerarquía de poder, y esa nueva coyuntura internacional fue asumida por la gran mayoría de los países africanos como una situación adversa.

¹⁰ En este sentido (y en una posición poco favorable a África) R. D. Kaplan explica: "...debido a que fue precisamente la Guerra fría la que hizo a muchos de estos pequeños países (de África) relevantes para el resto del mundo y los conservó intactos. Ahora no importan a menos que sus pueblos sean vistos literalmente muriendo de hambre en las pantallas de televisión." Robert D. Kaplan, 1992: 15.

¹¹ Una serie de cambios estructurales en el sistema internacional afectaron la valorización de África subsahariana: la revolución científico-tecnológica, la nueva definición de ventajas comparativas, las nuevas preocupaciones por la ecología y por la salud, la crisis económica internacional y el agotamiento de la lógica bipolar, y la emergencia de nuevas correlaciones de fuerzas económicas y políticas internacionales, entre otros aspectos, se tradujeron en un ambiente adverso para esta región. Así, por ejemplo, la necesidad de ahorrar energía —por motivos económicos y ecológicos—, las nuevas técnicas de reciclaje, la sustitución de materiales naturales por productos sintéticos, los cambios en los hábitos alimentarios, la diversificación de productores de recursos estratégicos —como el oro y el petróleo— y la nueva competitividad de algunos países del sur produjeron una caída en la demanda y en el precio internacional de los recursos naturales procedentes de África subsahariana. Esta situación afectó desde las exportaciones agrícolas (aceites tropicales, cacao, azúcar, café) hasta las minerales y energéticas (el petróleo).

Por otro lado, la crisis de la Unión Soviética y la desintegración del bloque soviético significaron la pérdida de un socio poderoso y del acceso a recursos financieros y militares para diversos Estados de la región subsahariana. Esta situación también se expresó en el agotamiento de los criterios de seguridad internacional y la disminución de los riesgos tanto de internacionalización de las guerras locales como de "sovietización" de conflictos políticos.

Además, el endeudamiento externo africano asumió el carácter de crisis para las economías internas, en una coyuntura internacional caracterizada por la escasez de recursos financieros frescos a través de los mecanismos clásicos ("ayuda" y préstamos) y por el predominio de las inversiones extranjeras directas, concentradas en "mercados emergentes" clasificados como de bajo riesgo, por su estabilidad económica y política.

La naturaleza de los regímenes políticos autoritarios, aunada a su profundo deterioro, y la gravedad de la crisis económica y el impacto social generado por la imposición de programas de ajuste estructural, entre otros factores, se tradujeron en la incapacidad de los Estados africanos para adaptarse a la cambiante situación mundial, que les imponía nuevas presiones internacionales —esta vez en favor de la liberalización política y económica— para ser evaluados como Estados “viables” en el orden mundial emergente.

África subsahariana en el desorden internacional

En la década de los noventa, y desvanecido el enfrentamiento bipolar, los procesos internos en África subsahariana tienden a aflorar en un ambiente internacional de cambios, discontinuidades y tendencias homogenizantes expresadas en la globalización. En la euforia del fin de la Guerra fría ese ambiente ha sido calificado como la génesis de un orden internacional más benigno (flexible) para todos los países, incluidos los africanos. Ese nuevo orden internacional estaría caracterizado por el abandono de las viejas tensiones derivadas del juego de poder internacional, por el ascenso de la democracia liberal¹² y por la universalización de la economía de mercado.

¹² Uno de los exponentes más publicitados de este fenómeno, que él denomina “la revolución democrática a escala mundial” es Francis Fukuyama, quien explica:

El resultado del golpe (de Estado en la Unión Soviética) sirve como un útil recordatorio de la vitalidad que la idea democrática tiene para la gente que aún vive bajo el autoritarismo. La revolución en la URSS no es por supuesto un evento aislado. El fenómeno macropolítico más notable de la generación pasada ha sido la crisis global del autoritarismo y la expansión de la democracia liberal [...]. Hay dos grandes formas que podemos distinguir en la reciente ola de democratizaciones que han tenido lugar a lo largo del globo. La primera es económica [...] (la) ideología [...] constituye la segunda y más importante explicación de la reciente ola de democratizaciones [...] la democracia es imposible sin gente que crea en la legitimidad de la democracia y, en sentido contrario, en la ilegitimidad de la dictadura. Francis Fukuyama, 1991: 659 y 662.

Los indicadores que expresarían el carácter benigno del naciente orden internacional serían *inter alia*: el creciente compromiso, al menos formal, en favor de la liberalización política y económica de regímenes que antes eran representativos del autoritarismo (por ejemplo, en Europa del Este); el auge de la interdependencia transnacional aunado al deterioro de la seguridad definida en términos exclusivamente militares; el deterioro del recurso de la guerra, limitado sólo a situaciones determinadas ante el predominio de mecanismos pacíficos para manejar los conflictos y el incremento tanto en la capacidad de negociación política de los foros internacionales —en especial de las Naciones Unidas— como en la responsabilidad de los principales organismos internacionales para intervenir en problemas que los Estados no pueden resolver (T. Keating, 1993: 10-11).

A la sombra de estos grandes símbolos que a nivel mundial auguran el cambio, la lectura de la realidad africana parece incomprensible. Ante la acentuación del deterioro económico y político del subcontinente africano, pareciera que desde Nigeria hasta Djibutí y desde Chad hasta Zaire, la gran mayoría de los regímenes locales resisten los vientos de la liberalización. En cuanto a la interdependencia, África subsahariana es la zona del mundo con el menor grado de interdependencia (A. Versi, 1992: 10), y por lo tanto, es el espacio regional menos propicio al surgimiento de bloques económicos, en comparación con América Latina y Asia.

Ante la ausencia de mecanismos viables para solucionar en forma pacífica los conflictos, África subsahariana parecería ajustarse a la definición de “situaciones limitadas” en las que es posible el recurso de la guerra.¹³ A pesar del retiro de las grandes potencias, algunos conflictos locales no sólo continúan, sino que emergen otros, que parecían superados y que por lo tanto resultan anacrónicos, como la violencia étnica en Ruanda, Burundi y Sudáfrica y el surgimiento de los *señores de*

¹³ “...África es una de las tres áreas más probables para (el desarrollo de) los conflictos de baja intensidad que requerirán una intervención militar estadounidense”. (D. Volman, 1993: 2).

la guerra en distintos países como Somalia, Liberia y Sierra Leona. Además, persiste en forma dramática la amenaza de la hambruna en algunas zonas de África subsahariana, como Mozambique y Liberia.¹⁴

Por último, África subsahariana está quedando al margen de los procesos de toma de decisiones en foros internacionales, aunque muchas veces en términos cuantitativos su presencia sea relevante —como por ejemplo en las Naciones Unidas— su capacidad de influir en forma efectiva en el proceso de toma de decisiones es nula, sobre todo si se toma en cuenta la tendencia intervencionista de los organismos internacionales: no sólo en las Naciones Unidas sino también en otros, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), unos cuantos Estados tienden a asumir cada vez más la responsabilidad para intervenir en los asuntos internos de otros Estados miembros, cuando se considera que éstos no son capaces de resolver problemas internos.

Es indudable que los criterios para evaluar el peso relativo de un país en el contexto de la nueva realidad mundial están cambiando, privilegiando ahora variables de tipo económico, determinadas por los mecanismos de mercado. A partir de estos nuevos criterios, los fenómenos negativos, muchas veces

¹⁴ Aunque el objetivo de este trabajo no sea ahondar en el problema de la hambruna, es importante señalar la naturaleza eminentemente política de ese problema. Salvo algunas excepciones, la hambruna no está determinada básicamente por fenómenos naturales (como las sequías prolongadas), sino por una combinación de factores políticos, sociales y económicos. Así, a partir de 1991 la parte austral del continente sufrió la sequía más prolongada del presente siglo. Sin embargo, los casos más graves de hambruna a inicios de la década de los noventa no tuvieron lugar en esa región sino en Somalia, Sudán, Ruanda, y en menor grado en Liberia; casos en los cuales la sequía ha influido en forma marginal o incluso no ha habido sequías asociadas a la hambruna. Mozambique podría parecer una excepción, pero incluso en ese país la principal determinante de la hambruna fue la guerra civil. La sequía acentuó la difícil situación. Apollo Rwomire afirma: "La represión y la guerra civil han jugado un papel principal en la creación y perpetuación del hambre en África. De hecho, desde mediados de los setenta, la correlación entre hambruna y guerra se ha vuelto obvia". Apollo Rwomire, "The political economy of famine: An African perspective", *Africa Insight*, vol. 22, núm. 2, 1992, p. 144. Cf., Wall and Duffield, "Can Africa conquer famine?", *Dissent*, verano de 1992, pp. 390-393; Peter da Costa, "The forgotten country", *Africa Report*, vol. 39, núm. 2, 1994, pp. 26-31; John Prendergast y Sam Bickel, "Scorched-Earth war", *Africa Report*, vol. 39, núm. 3, 1994, pp. 37-39.

presentados como si fueran las características estructurales de África subsahariana, asumen una nueva dimensión.

Estos fenómenos sirven de fundamento para la tesis que plantea que en la nueva dinámica mundial la gran mayoría de los Estados africanos se caracteriza por su débil, o incluso inexistente, capacidad de valorización positiva, lo que se traduce en la erosión de la posición internacional de África subsahariana que —con excepción de unos cuantos países— en forma creciente se estaría quedando al margen de las tendencias mundiales de cambio, de signo positivo, hundiéndose en conflictos específicos, irresolubles y producto de pueblos que se han mantenido estáticos a lo largo del siglo XX.

La erosión internacional de África subsahariana

Los aspectos negativos existentes en algunos países africanos, como la hambruna y los conflictos de carácter étnico, presentados como los aspectos estructurales de todo un subcontinente hundido en la miseria y al borde del caos, sin alternativas aparentes ante lo que pareciera ser una lenta muerte real y simbólica, nutren la visión estereotipada de esa región: el “afropesimismo”, que ha penetrado en diversos sectores, desde los principales foros económicos internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Organización Mundial de Comercio) hasta círculos académicos.

En esta imagen estereotipada, la muerte *real* correspondería a la destrucción física de sus pueblos, en medio de hambrunas, enfermedades y guerras internas, mientras que la muerte *simbólica* equivaldría a la “desaparición” de África subsahariana de la escena internacional. La tesis de muerte simbólica de esta región empezó a ser discutida, por lo general en círculos más o menos restringidos, hacia mediados de la década de los ochenta.

La tesis adquirió mayor fuerza al inicio de los años noventa, teniendo como antecedente el fracaso del programa de emer-

gencia internacional auspiciado por las Naciones Unidas¹⁵ y la publicación de un informe del Banco Mundial¹⁶ sobre la precaria situación económica del continente. El estallido de las crisis en Somalia y Liberia acentuó la difusión de la imagen de un África “moribunda” ante la indiferencia de Occidente. En este sentido destaca la opinión de algunos analistas internacionales (R. D. Kaplan, 1992; A. Purvis, 1995: 28-29; F. Constantin, 1993: 233-234; A. Rake, 1994: 35-37; A. Lycett, 1994: 37; K. Whiteman, 1994: 13-18) que mencionan que tanto los gobiernos como los empresarios occidentales expresan un creciente cansancio ante la imposibilidad de “sacar” a África subsahariana de sus añejos conflictos, y por lo tanto están optando por olvidarse de esa región, como si no existiera.

La muerte simbólica de África subsahariana, o sea el fenómeno de erosión del subcontinente africano en la política mundial, se sitúa en el marco de la globalización¹⁷ del naciente orden internacional liberal. En este sentido, esa muerte simbólica se aplica no como un efecto negativo del gestante orden mundial, sino que estaría referida a la condición interna del subcontinente: sería el costo que África subsahariana tendría

¹⁵ En 1986 se llevó a cabo una sesión especial de las Naciones Unidas para buscar soluciones para la crisis económica de África (incluidos los 51 Estados del continente). Como resultado fue lanzado un plan de recuperación económica (conocido por sus siglas en inglés como UNPAERD: United Nations Programme of Action for Africa's Economic Recovery and Development). Entre otras cosas planteaba la creación de un fondo de ayuda formado con las aportaciones de los principales Estados occidentales y marcaba objetivos a corto y mediano plazos. Fue revisado cinco años después, en el propio foro de las Naciones Unidas, y la conclusión fue que la situación económica del continente se había deteriorado aun más durante la vigencia del programa y que el compromiso firmado por los donadores había sido letra muerta. El programa fue suspendido y oficialmente se reconoció su fracaso (A. Shepherd, 1992: 36-38; J. Ripert, 1986: 9-10).

¹⁶ *Sub-Saharan Africa: From Crisis to Sustainable Growth*, Washington, World Bank, 1989. Entre otras cosas planteaba que la tendencia global para la siguiente década era hacia el descenso de la pobreza, con excepción de África subsahariana, en donde los cambios recientes habían sido de signo negativo y sostenía la urgencia de implantar formas de gobierno democráticas, como única opción para revertir la tendencia negativa.

¹⁷ La globalización (la mundialización) marca la principal tendencia de cambio en la dinámica del sistema internacional. Es una tendencia heterogénea de transformación de la economía internacional, que potencialmente se orienta hacia el surgimiento de un mercado integral. Denominada como la gran revolución pacífica de fines de siglo, por su naturaleza, la globalización no presta atención a los aspectos nacionales.

que pagar por su "incapacidad" para adecuarse a las nuevas tendencias mundiales. En términos académicos, esta muerte simbólica significaría la irrelevancia de esta región en el análisis de la política internacional de fines de siglo, y en particular en el análisis de los esquemas de mundialización.

El fenómeno de erosión de la posición internacional del subcontinente se puede ver desde otro ángulo, que comparten algunos círculos académicos y políticos; según la perspectiva del sistema internacional se trataría de una muerte simbólica, pero desde la perspectiva de África subsahariana es la "salida", el desinvolucramiento del sistema internacional, región que en forma creciente podría ubicarse al margen de las presiones y tendencias del desorden internacional. En esta interpretación, compartida por algunos círculos académicos y políticos, en especial en África, la "salida" es identificada como el inicio de la ruptura con el orden internacional en gestación. Sería, en pocas palabras, la concreción del viejo ideal de "África para los africanos"

La lectura de la erosión de África subsahariana como una "salida" del sistema internacional tiene una fundamentación débil, sobre todo en cuanto a su identificación como una posible ruptura con el orden internacional naciente. Por el contrario, este fenómeno de "devaluación" de su posición internacional puede ser considerado como la manifestación publicitada de un proceso complejo y ambivalente de reinserción de África subsahariana en el sistema internacional, cuyo impacto no es homogéneo en toda la región y cuyos efectos, además, son vistos desde ángulos distintos.

La reinserción África subsahariana en el sistema internacional

Hay dos grandes líneas analíticas para interpretar el posible impacto de la globalización en África subsahariana. La primera permite formular hipótesis optimistas para el futuro africano a corto plazo, a partir de las características que se adivinan (imagen benigna) del gestante orden internacional

(*Africa Report*, 1992, 37 (5): 18-20; J. Herbest, 1992: 15). La segunda, que subraya que África subsahariana intenta incorporarse en la nueva dinámica mundializante a partir de una posición de deterioro interno, sirve para formular hipótesis sombrías: es la región más propensa al desastre. Michael Chege empieza un artículo, en donde plantea los aspectos positivos de África subsahariana, aclarando que:

Cualquier recuento objetivo de los éxitos a nivel de la comunidad y a nivel nacional en África subsahariana debe comenzar por reconocer que el balance en este momento es mayoritariamente a favor del desastre. *Se debe también tomar en cuenta el hecho difícil de que tanto en África como en el mundo occidental, las historias de disturbios civiles y de hambrunas de dimensiones sin precedentes reciben mayor publicidad que aquellas acerca de los eventos e instituciones que han revertido catástrofes sociales y han dado a los ciudadanos comunes una oportunidad para mejorar sus vidas en un ambiente pacífico* (M. Chege, 1994: 193. El subrayado es mío).

En medio del desorden internacional, la posición de África subsahariana aparece oscurecida cuando se hace referencia a un orden mundial emergente cada vez con mayor interdependencia y benigno (flexible), y al mismo tiempo se plantea que África muestra la tendencia a desinvolucrarse de la naciente realidad mundial. La simple posibilidad de la exclusión de África pone en tela de juicio la flexibilidad del orden mundial. Por otro lado,¹⁸ no hay visiones mesiánicas ni altruismos detrás de las fuerzas de cambio internacional. En este sentido, esas fuerzas no intentan el cambio *per se*, sino que sus esfuerzos se orientan hacia la creación de un orden internacional que represente sus valores, intereses y visión del mundo, y que sustituya al caduco orden internacional¹⁹ de la posguerra.²⁰

¹⁸ Si esta tendencia hacia la globalización expresa tal vitalidad es debido a la existencia de fuerzas internacionales favorables al cambio, o sea, los actores internacionales cuyos intereses políticos y económicos serán beneficiados con el cambio, en una relación indudable de costo-beneficio.

¹⁹ En este trabajo se toma la concepción clásica de orden internacional, definida por Hedley Bull, como un modelo básico de comportamiento que expresa los objetivos fundamentales de la sociedad de Estados. En el contexto de la Guerra del Golfo, el presidente de Estados Unidos, G. Bush, dio fuerza a una percepción triun-

La erosión de la posición internacional del subcontinente africano no implica una mayor libertad de acción para los africanos, sino potencialmente una nueva forma de adecuar la relación de dependencia. Implica un cambio en las reglas del juego internacional, y de acuerdo con criterios economicistas de globalización, una reclasificación en cada caso particular. La erosión se traduce en una reinserción de los países africanos, a los que valora según una combinación de variables, que toman en cuenta nuevos criterios y algunos criterios tradicionales, para las cuales, los países de alto riesgo —económica y políticamente inestables— y con mercados pequeños son irrelevantes.

Este proceso de reinserción puede tener un contenido cualitativamente distinto. Por un lado, puede significar el intento de ajustar la relación de dependencia de los países de África subsahariana de acuerdo con los nuevos criterios mundializantes. En este intento de ajuste se ubican los esfuerzos emprendidos en los últimos años por los gobiernos de Zaire, Kenia y Costa de Marfil y que a grandes rasgos se pueden definir como esquemas de liberalización política.

Por otro lado, el proceso de reinserción puede ser la manifestación externa de un proceso más amplio, que en el plano interno se identifica como la tendencia hacia la democratización. En este sentido se ubica una amplia gama de procesos de transición, que a grandes rasgos —o al menos en el plano hipotético— se orientan hacia una democracia participativa y multipartidista, cuyo futuro incierto no inhibe la posibilidad de plantearlos teóricamente como intentos de construcción de nuevas alternativas para solucionar la problemática interna.

falista, acrítica y no elaborada desde el punto de vista conceptual, de que al ganar la guerra había comenzado un "nuevo orden". Para la definición de orden internacional, cf. Hedley Bull, *The Anarchical Society*, Nueva York, Columbia University Press, 1977, pp. 8-20; Robert Gilpin, *War and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 9-25.

²⁰ En forma simbólica, el derribamiento del muro de Berlín en 1989 marcó el fin del viejo orden internacional, erosionado desde inicios de la década de los ochenta por una serie de cambios cualitativos en la correlación de fuerzas económicas y políticas internacionales. Esos cambios cualitativos manifestaban el inicio del fin del orden de la posguerra. Sin embargo, la pérdida de vitalidad del orden internacional no desencadena en forma automática la génesis de un nuevo orden.

En el caso de la transición democrática se encuentran procesos muy diversos entre sí. Por un lado, estarían las transiciones democráticas en Cabo Verde, São Tomé y Príncipe, Zambia y Malawi —cuyos gobiernos son producto de una elección multipartidista—, por otro lado, las transiciones de los Estados recientemente independizados —Namibia y Eritrea— y por otro, estarían los incipientes e inciertos procesos de transición en República Centroafricana, Ghana y Nigeria.

La tendencia democrática en África subsahariana

Hyden afirma que el año 1990 fue para África subsahariana lo que el año 1989 fue para Europa del Este: al caer en forma simbólica los muros del *apartheid* se dio el paso decisivo hacia el derribamiento de los regímenes autoritarios y hacia la construcción de estructuras democráticas. En ese año, la liberación de Nelson Mandela y el regreso a la legalidad de los grupos políticos identificados con la lucha anti-*apartheid*, fueron la parte más publicitada de un profundo renacimiento político en toda la región subsahariana. La Guerra del Golfo acentuó el deterioro económico regional y subrayó la vulnerabilidad de África subsahariana frente a las presiones externas.

En toda la región afloraron distintas manifestaciones de descontento político, que tenían como base común el cuestionamiento de la capacidad y la voluntad de los regímenes autoritarios para aportar soluciones viables a la crisis política y para enfrentar el profundo deterioro de la economía, pero que asumían distintas formas y tenían distintos objetivos: desde las protestas callejeras, más o menos espontáneas, en contra del alza en los precios de productos básicos, hasta la protesta política con cierto grado de organización, para lograr reformas democráticas y el desmantelamiento de las estructuras autoritarias.

La pluralidad de las expresiones de descontento se tradujo, a su vez, en una amplia gama de cambios. Hubo diferentes manifestaciones prodemocráticas en Costa de Marfil, Gabón, Zambia, Benín, Kenia, Liberia y Sierra Leona, entre otros

países. Surgieron distintos movimientos en favor de los derechos humanos, protagonizados por asociaciones profesionales (abogados, académicos), y por estudiantes y trabajadores, en especial en la región occidental del continente. Las presiones internas provocaron diversas respuestas oficiales: obligaron a gobiernos (Camerún y Tanzania) que habían sido reacios a abordar el tema, a discutir con la oposición la posible apertura hacia el multipartidismo; en otros países (Mozambique, Zambia, Benín) se anunciaba la reforma constitucional para poner fin al unipartido y el partido gobernante de Zimbawe, ZANU-PF, rechazó la propuesta del presidente Mugabe para discutir la introducción de un sistema de partido único.

En ese mismo año, los violentos disturbios en Gabón, después de las primeras elecciones legislativas sobre una base multipartidista y en un clima enrarecido por las sospechas del fraude, así como la brutalidad de la guerra civil en Liberia, después de la caída de la dictadura de Samuel Doe, eran signos claros de que la democratización no sería un proceso fácil y homogéneo. Se inauguró así un camino difícil, con avances y retrocesos, que probablemente se prolongue hasta el inicio del próximo siglo.

Entre 1990 y diciembre de 1994, en 24 países de África subsahariana se produjeron 25 cambios políticos en la esfera estatal, que implicaron la salida de los gobernantes que hasta ese momento estaban en el poder. Los mecanismos de cambio fueron diversos. Por un lado, destacan diferentes procesos electorales: en contextos de lucha política democrática (Zambia, São Tomé y Príncipe, Cabo Verde y Malawi entre otros); en un proceso de descolonización (Namibia), en el proceso de transición post-*apartheid* (Sudáfrica), y en procesos formales pero sin un entorno democrático amplio (Chad, Etiopía). Otros cambios se originaron en el contexto de guerras civiles, golpes de Estado o situaciones similares a un golpe de Estado (Somalia, Liberia, Ruanda, Sierra Leona, Gambia, Nigeria) o debido a la muerte del jefe de Estado (Costa de Marfil, Ruanda, Burundi). Por último, uno de los cambios más importantes tuvo su origen en un proceso de independencia y mediante un

referendo (sin elecciones multipartidistas en sentido estricto). Lo relevante en este caso fue que por primera vez se reconoció un cambio político que alteró las fronteras estatales heredadas del colonialismo.

Durante el mismo periodo señalado antes, en 17 países de la región hubo elecciones —con base en un sistema multipartidista, aunque no necesariamente democrático— que tuvieron como finalidad la reelección del jefe de Estado (Camerún, Comores, Yibuti, Guinea Bissau, Tanzania, Zimbawe y Kenia, entre otros); un intento de legitimar mediante las elecciones a un jefe de Estado que había llegado al poder por mecanismos no electorales (Burkina Faso, Guinea) y un proceso de negociaciones de paz, para intentar poner fin a una guerra civil (Angola y Mozambique).

Mientras que hace unos cuantos años el número de países con sistemas multipartidistas no superaba los cinco casos en toda la región subsahariana, en el primer trimestre de 1995 unos 40 países tienen sistemas multipartidistas y sólo siete estaban en manos de “viejos regímenes”, con 15 años o más en el poder: Mobutu Sese Seko en Zaire, con 30 años en el gobierno, es la dictadura más antigua; Omar Bongo en Gabón, Daniel Arap Moi en Kenia, Teodoro Obiang Nguema Mbasogo en Guinea Ecuatorial, Eduardo dos Santos en Angola, Robert Mugabe en Zimbawe y João Vieira en Guinea Bissau.

En ese mismo periodo por diversas razones abandonaron el poder algunos de los líderes más conocidos como autoritarios, acentuando el ambiente de cambio en el continente: Siaka Stevens en Sierra Leona (golpe de Estado), F. Houphouët-Boigny en Costa de Marfil (muerte por causas naturales), Mengistu Mariam Selassie en Etiopía (golpe de Estado), Kenneth Kaunda de Zambia y K. Banda en Malawi (por elecciones multipartidistas), entre otros.

Desde una óptica limitada, en Occidente existe la tendencia a identificar el fin del unipartido, la realización de elecciones multipartidas o el abandono oficial de la ideología socialista, con la democratización. En el contexto africano no todos los cambios políticos tienen un carácter democrático y

pueden desembocar en el desmantelamiento de un régimen autoritario, con el nacimiento de una transición democrática (Malawi, Zambia); en la profundización del régimen autoritario, pero con una cara renovada (Kenia, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial), y en casos extremos, en situaciones tendencialmente caóticas (Somalia, Liberia, Sierra Leona).

Las transiciones democráticas

En los últimos años, ante la proliferación de procesos cimentados en programas democráticos, ha surgido un nuevo interés por el estudio de la democracia. Sin embargo, no existe consenso en cuanto al significado del concepto, sobre todo cuando se abordan experiencias no occidentales (Goulbourne, 1987: 27-30; G. Hyden, 1992: 1-5; L. Diamond, 1993: 31-42; F. Constantin, 1993: 250-252; Doornbos, 1990; Owusu, 1992; Robinson, 1994; J. Nyang'oro, 1994). La imprecisión del concepto se acentúa si se toman en cuenta los intentos por clasificar a los distintos países de acuerdo con tipologías de alcance universal (L. Diamond, 1993: 39-42; *The Economist*, 1994, 27 de agosto: 16), que presentan visiones estrechas —como considerar el fin del unipartidismo sinónimo de democracia—, y que tienden a enfatizar algunas variables: sistemas políticos multipartidistas, economías de mercado, programas de ajuste estructural, pero que ignoran otras que pueden ser relevantes en contextos regionales específicos y que no necesariamente corresponden a la forma occidental de democracia.

La democracia es un proceso social complejo, que hunde sus raíces en una sociedad concreta. Aunque tiene un contenido universal, es relativa en la medida en que está determinada por una base cultural concreta, en especial en África. Sin embargo, es importante tomar en cuenta que el énfasis excesivo en la especificidad histórica y cultural de esa región fue uno de los argumentos manipulados por los regímenes dictatoriales para desconocer las críticas (W. Soyinka, 1994; Robinson, 1994: 39).

En el contexto de la posguerra fría, es indudable que la democracia tiene una naturaleza económica y está vinculada con la economía de mercado, tiene como punto de referencia a la sociedad civil (lo que implica una sociedad democrática) pero su expresión más concreta se ubica en la existencia de un sistema político cimentado en mecanismos formales e informales que conviertan a los gobernantes en responsables de sus actos ante la población. Este sistema implica, por lo tanto, la competencia política, al margen del uso de la fuerza, sin exclusión de individuos y grupos; la participación política de la población, lo que incluye la realización de elecciones regulares y la existencia de libertades políticas y cívicas amplias (L. Diamond, 1993: 39).

En la década de los noventa, una de las presiones internacionales más fuertes hacia los regímenes africanos, para acceder al comercio internacional y a los recursos financieros, manifestada por los gobiernos occidentales, por la Unión Europea, por el FMI y por el Banco Mundial, es la exigencia de que los países deben liberalizar la vida política local. Democratización y liberalización no son sinónimos y aunque en ocasiones puedan ser procesos simultáneos, su contenido es distinto.

La liberalización política no presupone la existencia de un ambiente democrático e implica un proceso de cambio político orientado a dar nuevos aires al *statu quo*, en situaciones de crisis, y debe permitir el libre juego de las élites políticas. La liberalización política se expresa en la puesta en práctica de una serie de reformas que corresponden a la democracia formal, participativa y liberal: en especial, reformas constitucionales que permitan la existencia legal de partidos políticos y la realización de elecciones, como mecanismo de cambio de las personas en el gobierno.

En este sentido, la liberalización política puede ser uno de los mecanismos adoptados por los regímenes africanos para lograr su reinserción en el sistema internacional. En este contexto, la introducción de un sistema de multipartidos y las elecciones pueden ser elementos formales orientados a responder a las presiones internacionales y a revitalizar un Estado

autoritario en crisis, dando la apariencia de una reforma real. En este caso se encontrarían, entre otras, las recientes reformas en Kenia y Guinea Ecuatorial.

La democracia como proceso se plantea como una secuencia de tareas, cada una con su propia lógica y variables esenciales; pero esas tareas están unidas entre sí orgánicamente. En este sentido, a partir de la secuencia de tareas, en los procesos democráticos se distinguen la fase de antecedentes, la fase preparatoria (de transición), la fase de toma de decisiones y la fase de rutinización (creación de nuevas prácticas políticas) (Robinson, 1995:43).

En África subsahariana, los cambios políticos, de signo positivo o de signo negativo, se ubican en una fase de transición, definida por un cambio de valores y de reglas del juego en el contexto internacional, regional y local. Esto incide en las prácticas políticas que habían sido dominantes en la región, en la forma como la población civil percibe su situación; también en la desarticulación del conjunto de normas no escritas y más o menos vigentes. Esto crea un clima inestable y de incertidumbre.

En este sentido, no parece posible determinar el futuro de las transiciones en esta región. Sin embargo, la cualidad principal de las transiciones reside en su naturaleza que ayuda a romper con espacios políticos cerrados a la participación de la población; crear canales de comunicación entre el Estado y la sociedad civil; inaugurar mecanismos de alternancia en el poder, y sobre todo, romper con la irresponsabilidad y la impunidad de gobernantes, que ahora tienen que enfrentar la posibilidad de que una sociedad civil, antes inexistente, les exija cuentas. En este nivel, las transiciones constituyen un nuevo mecanismo de cambio de régimen y son una alternativa frente a los golpes de Estado.

La transición como mecanismo de cambio de régimen, asume un carácter democrático porque amplía al menos parcialmente los márgenes de competencia política. Sin pretender establecer tipologías, es posible apreciar varias por ciertos contextos, en los cuales las transiciones se constituyen en mecanismo de cambio de régimen y son tendencialmente democráticas.

En ambientes políticos más o menos cerrados, monopartidistas, la fase de antecedentes ha estado delineada por la participación pobre de una sociedad civil débil y con importantes presiones externas: las elecciones multipartidistas han marcado el inicio de la fase de transición y han desencadenado una participación mayor de la población. Los ejemplos más notables son São Tomé y Príncipe y Cabo Verde.

En ambientes políticos dictatoriales, anquilosados, con unipartido, la fase de antecedentes fue delineada por una fuerte presión externa en favor de un cambio, pero sobre todo, por el activismo interno, que sería decisivo para lograr el paso hacia una fase de transición, mediante elecciones multipartidistas y democráticas o mediante la apertura de un foro de debate democrático, que entre otras cosas se constituye en el mecanismo para exigir cuentas a los gobernantes. En el primer caso estarían Malawi y Zambia, en el segundo, Benín, Madagascar, Congo y Burkina Faso.

Es importante subrayar que las experiencias de cambio político en África subsahariana²¹ son un fenómeno muy reciente, a veces caracterizado por su ambivalencia, y que debido a diversos factores internos —tanto estructurales como coyunturales— y externos, pueden conducir a procesos de democratización sustantiva, a la renovación del autoritarismo o incluso a situaciones caóticas. En esta línea de pensamiento, aunque las generalizaciones son peligrosas y sólo un análisis profundo de cada proceso político podrá permitir descubrir su naturaleza, hay algunos elementos básicos: sin desconocer la influencia ejercida por otras experiencias fuera de la región, la génesis de estos procesos se ubica en una dinámica local. Además, el papel de una incipiente sociedad civil en la elaboración de las soluciones es determinante para su definición democrática.

²¹ Hay 19 países en la zona que desde su independencia han tenido pocos cambios en la conducción del Estado. Pero sólo un análisis detallado permite establecer si este hecho es un indicador de estabilidad o de inmovilismo político vinculado con estructuras autoritarias. Entre estos casos que han sufrido un máximo de dos cambios en un periodo de 20 años, destacan: Camerún, Cabo Verde, Kenia, Gambia, Mozambique, São Tomé y Príncipe, Senegal, Tanzania y Zambia.

En las aguas turbias del desorden mundial

Los reclamos democráticos constituyen uno de los aspectos más relevantes y significativos de la escena política africana. Sin embargo, debido a la fragilidad de los países de la región, no se puede ignorar la influencia que pueden tener los factores externos. En el aspecto positivo, estos procesos de cambio, cuando su naturaleza es democrática, constituyen la respuesta interna a la "devaluación" internacional de África, y por lo tanto, pueden ser considerados como un mecanismo de reinserción en el sistema, pero en esta ocasión, a partir de la valorización de los procesos internos.

Por otro lado, si bien a mediano plazo es altamente probable que no todos los Estados del mundo asuman la forma de una democracia liberal, todo parece indicar que aquellos Estados que no tengan esta forma serán, en el mejor de los casos, disfuncionales. Este es uno de los grandes problemas que el desorden internacional representa para África subsahariana. Las sociedades africanas necesitan construir su propia democracia, acorde con sus características históricas, políticas y sociales, pero parece poco probable que esta democracia pueda asumir la forma liberal. En este sentido, el camino se angosta y se cierran las alternativas.

Si los espacios políticos africanos no adquieren a corto plazo las características de la democracia liberal serán, en este camino estrecho, eliminados en los análisis académicos como "variables irrelevantes" para comprender la globalización. En términos concretos, esta desclasificación implicará que serán cada vez más excluidos en los foros internacionales (o su presencia será simbólica, sin voz), y quedarán fuera de la competencia por capitales externos frescos. Por ejemplo, en las nuevas clasificaciones de moda, que tipifican a los Estados viables como "mercados emergentes", con excepción de Sudáfrica, no figura ningún país de África subsahariana.

Esta exclusión se acelera conforme se hacen más turbias las aguas del desorden internacional. En el Foro Económico Mundial que reúne cada año en Davos (Suiza) a la élite mundial de los hombres de negocios, líderes de opinión y

líderes políticos y a quienes toman las grandes decisiones políticas y económicas, África subsahariana es la única región del mundo que no se incluye. Cuando se abordan temas referidos a esa región, se hace en términos de “amenazas globales” como, por ejemplo, como una de las fuentes de la desertificación de los bosques (y por lo tanto, que favorece el sobrecalentamiento de la tierra), de la explosión demográfica y de la pobreza, de la hambruna y como el origen del Sida.

De igual forma, en la recientemente inaugurada Organización Mundial del Comercio, que sustituirá al GATT, la distribución de los altos puestos permite apreciar que África subsahariana quedó fuera de las instancias superiores: las cuatro vicepresidencias fueron asignadas a dos asiáticos (un indio y un sudcoreano), un representante de América del Norte (estadunidense) y un representante de América Latina (mexicano), la presidencia quedó en manos de un europeo (italiano).

En los foros internacionales que permiten apreciar los equilibrios de poder y percibir a los Estados con capacidad para intentar conocer los cauces de las aguas turbias del desorden internacional, como por ejemplo el Grupo de los Siete y la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), no hay ningún país africano.

En los foros que reúnen a los Estados del norte y del sur, igual que en los en foros representativos del sur,²² aunque a veces la presencia de África sea mayoritaria en términos simplemente numéricos, en términos cualitativos su presencia es casi simbólica: de los 128 Estados que integran el Grupo de los 77, 46 son de la región subsahariana. En el Fondo Monetario Internacional (FMI), de los 178 Estados miembros, 47 son de África subsahariana, en el GATT (se supone que todos ingresarán a la nueva OMC), de 115 Estados miembros, 34 Estados africanos eran miembros plenos y 6 eran *de facto*.

²² Un caso paradigmático de esta exclusión es el hecho de que en uno de los mecanismos de concertación del sur con cierto prestigio internacional, llamado el Grupo de los 15, sólo hay tres representantes africanos: Nigeria, Senegal y Zimbawe.

Resulta también representativo que en África subsahariana no exista ninguna oficina central de los organismos internacionales, mientras que en el continente americano hay siete. Los 48 Estados africanos son miembros de la ONU, pero su contribución económica, mediante cuotas, al presupuesto de la organización, corresponde en promedio a menos de 1 por ciento. Hay una conclusión clara: la imagen de África subsahariana en la escena internacional se deteriora en forma sensible.

Por último, es importante recordar que en África subsahariana los cambios recientes no expresan necesariamente una mejoría de las condiciones internas. El golpe de Estado de 1993 en Sierra Leona es un ejemplo de esto. El nuevo hombre fuerte del país comenzó con una publicitada ola de liberalizaciones formales, sobre todo económicas, que a corto plazo le ganaron la amistad del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Un año después, sin embargo, todo había desembocado en una de las situaciones más dramáticas de la región, con peligrosas similitudes con Somalia y, sobre todo, con su vecino Liberia.

En la medida en que en Occidente se identifique el cambio positivo con una simple liberalización formal de la escena política, es factible que se multipliquen las reformas desde arriba, vacías de contenido para las poblaciones locales, los cambios de piel de dictaduras añejas y el angostamiento de los espacios de elaboración de políticas democráticas. Junto a ciertos casos publicitados, y en general aparentes como en Kenia, afloran por todas partes las búsquedas de un cambio de signo positivo para las poblaciones locales, que pueden parecer poco llamativos ante la opinión pública occidental.

El deterioro de la posición internacional de la región subsahariana corresponde a una reinserción en el sistema internacional, que puede conducir a una situación de mayor dependencia de algunos países, los cuales tienen una capacidad diferenciada para su valorización: la reinserción puede significar una mejoría en el estatus internacional de algún país en particular (Sudáfrica es el caso más notable); puede traducirse en una posición más dependiente, marginal y débil

en el sistema internacional —situación que enfrentan la gran mayoría de los países—, y por último, puede caer en una posición de indiferencia, que podría ser modificada por situaciones de contingencia: hambrunas y conflictos armados, entre otras.

Bibliografía

- BACH, Daniel, "Europe-Afrique: le régionalisme sans prospérité", *Politique Africaine*, núm. 49, 1993.
- BAYNHAM, Simon, "The New World Order: Regional and international implications for Southern Africa", *Africa Insight*, 22 (2), 1992.
- BRATTON, Michael y Nicolas VAN DE WALLE, "Toward Governance in Africa: Popular Demands and State Responses", en G. Hyden y M. Bratton (comps.), *Governance and Politics in Africa*, Boulder, Lynne Rienner, 1992.
- BUTCHER, Goler Teal, "Aid as Foreign Policy", *Africa Report*, 26 (6), 1981.
- CONSTANTIN, François, "L'Afrique. Ajustement et conditionnalité", en Zaki Lâidi, *L'Ordre Mondial Relâché*. París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1993.
- CHAZAN, Noemi, "State and Society in Africa: Images and Challenges" en D. Rothchild y N. Chazan (comps.), *African Modernization y Development Studies*, Westview Press, 1988.
- CHEGE, Michael, "What's Right with Africa?", *Current History*, 93 (583), 1994.
- DIAMOND, Larry, "The Globalization of Democracy", en Robert O. Slater, Barry M. Schutz y Steven R. Dorr (comps.), *Global Transformation and the Third World*, Boulder, Lynne Rienner, 1993.
- DOORNBOOS, Martin, "The African State in Academic Debate: Retrospect and Prospect", *Journal of Modern African Studies*, 28 (2), 1990.
- DOXEY, Margaret, "Evolution and adaptation in the Commonwealth", *International Journal*, XLV (4), 1990.
- , "New States, New Problems in the Post-Cold War World", *Behind the Headlines*, 51 (1), 1993.
- FUKUYAMA, Francis, "Liberal Democracy as a Global Phenomenon", *PS: Political Science and Politics* (diciembre), 1991.

- HERBST, Jeffrey, "The Potential for conflict in Africa", *Africa Insight*, 22 (2), 1992.
- HYDEN, Goran, "Governance and the Study of Politics", en G. Hyden y M. Bratton (comps.), *Governance and Politics in Africa*, Boulder, Lynne Renner, 1992.
- KAPLAN, Robert D., "Continental Drift", *The New Republic*, 28 de diciembre de 1992.
- KEATING, Tom, "The Future of Multilateralism", *Behind the Headlines*, 51 (1), 1993.
- Le Courier*, "Transition démocratique: y a-t-il un modèle?", núm. 128, 1991.
- LEWIS, Peter, "The Politics of Economics", *Africa Report*, 39 (3), 1994.
- LYCETT, Andrew, "African Programme under Threat", *New African*, núm. 319, 1994.
- MARTÍN MUÑOZ, Gema, "El fundamento islámico como actual fuerza desestabilizadora. Aproximación al tema en el Magreb", *Africa Internacional*, núm. 7, 1988.
- MÉDARD, Jean François, "Autoritarismes et démocraties en Afrique noire", *Politique Africaine*, núm. 43, 1991.
- NYANG'ORO, Julius E., "Reform Politics and Democratization Process in Africa", *African Studies Review*, 37 (1), 1994.
- NYONG'O, Peter Anyang', "Introduction", en P. Anyang' Nyong'o (comp.), *Popular Struggles for Democracy in Africa*, Londres, Zed, 1987.
- OYOWE, Augustin, "Construire la démocratie sur le tribalisme", *Le Courier*, núm. 128, 1991.
- OWUSU, Maxwell, "Democracy and Africa —a View from the Village", *Journal of Modern African Studies*, 30 (3), 1992.
- PURVIS, Andrew, "Au revoir to Africa", *Time*, 3 de abril de 1995.
- RAKE, Alan, "Is Africa Doomed", *New African*, núm. 319, 1994.
- RIPERT, Jean, "The UN Special Session on Africa's Economic Crisis", *Africa Report*, 31 (3), 1986.
- ROBINSON, Pearl T., "Democratization: Understanding the Relationship between Regime Change and the Culture of Politics", *African Studies Review*, 37 (1), 1994.
- SHEPHERD, Anne, "The Lost Decade", *Africa Report*, 37 (1), 1992.
- SOYINKA, Wole, "Democracy and the Cultural Apologia", *Afrika Spectrum*, 29 (1), 1994.
- The Economist*, "Why voting is good for you", 27 de agosto de 1994.

- TÖTEMEYER, Gerhard, "Challenges for Democracy, Decentralization, and empowerment in Africa", *Regional Development Dialogue*, 15 (1), 1994.
- VERSI, Anver, "1991 and all That", *New African*, núm. 292, 1992.
- VOLMAN, Daniel, "Africa and the New World Order", *Journal of Modern African Studies*, 31 (1), 1993.
- WHITEMAN, Kaye, "The Party's Over", *Africa Report*, 39 (2), 1994.

INSTITUCIONALIZACIÓN DEL GOBIERNO DEMOCRÁTICO EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA

PETER ANYANG' NYONG'O
The African Academy of Sciences, Nairobi

Introducción

Los regímenes autoritarios y sus defectos

HACIA EL FINAL de la década de los ochenta, las presiones tanto internas como externas contra los regímenes unipartidistas de África comenzaron a mostrar señales de éxito. Al inicio de aquella década, el Banco Mundial se había quejado de la pesada burocracia que esos regímenes habían creado y perpetuado en África. Se decía que estas burocracias iban en detrimento del desarrollo del continente africano, pues eran desperdiciadas, corruptas, ineficientes y políticamente represoras. Además, suprimían las garantías individuales de la gente, así como las oportunidades para emprender negocios (Banco Mundial, 1981).

Lejos de clamar abiertamente por un cambio democrático en África, el Banco Mundial abogaba por un “buen gobierno” como una cura para esta desazón. En este contexto, un buen gobierno es aquel que garantiza a la sociedad relativas libertad y seguridad (Cohen, 1995), donde los asuntos públicos son conducidos por un Estado relativamente “limpio”, que procura mantenerse tan lejos como le sea posible de la corrupción, practica una distribución adecuada de los servicios y mantiene un alto grado de transparencia y distribución. Muy pronto, estos “indicadores de buen gobierno” sentarían las bases sobre las cuales se haría llegar la ayuda a las naciones africanas, por lo que constituyen una forma de presión que, con mucha frecuencia, aceleraba el proceso tendiente a realizar elecciones multipartidistas como el primer *litmus test* en el restableci-

miento de un buen gobierno. Fue así como los regímenes autoritarios pudieron efectuar elecciones sin que la realización de éstas necesariamente desembocara en una democratización plena.

Exigencias de democracia y conferencias nacionales

La exigencia de democracia fue más allá que la mera celebración de elecciones. En un proyecto de investigación auspiciado por la Universidad de las Naciones Unidas y llevado a cabo por una docena de estudiosos africanos, se encontró que varios movimientos y organizaciones habían presionado, durante todo el periodo posindependentista, para conseguir un cambio democrático en África (Anyang' Nyong'o, 1987). Demandaban libertad, respeto a los derechos humanos, concesión del derecho al voto para todos los ciudadanos, establecimiento de un gobierno representativo, el fin de la represión política y el restablecimiento del Estado de derecho. Asimismo, exigían poner fin a las contribuciones a los partidos políticos y a los proyectos de gobierno —financiados por el Estado—, que se les obligaba hacer, así como participar en un proceso de desarrollo que mejorara sus vidas. Estos grupos y movimientos, que iban desde asociaciones de profesionales hasta sectas espirituales rebeldes, estaban dirigidos por sindicalistas proscritos, políticos y académicos exiliados, e incluían a jóvenes, estudiantes, académicos radicales y clérigos que predicaban en mezquitas e iglesias. Por lo tanto, su concepción sobre cómo podía ganarse la democracia y qué clases de gobiernos podía garantizarla también variaba. Sin embargo, ellos sí compartían algo: su aspiración a tener un gobierno democrático y su rechazo al régimen unipartidista autoritario y militar. El Movimiento pro Justicia en África (MOJA por sus siglas en inglés) en Liberia fue quizás el más articulado al exponer lo que más tarde sería conocido como “la batalla por la Segunda Independencia de África”. Igualmente vociferante fue el Movimiento de la Segunda Independencia del Congo (Wamba, 1987).

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando estos regímenes comenzaron a tambalearse, fue necesario preguntarse si estaban dejando camino a las democracias

y si estas democracias perdurarían; si quienes desafiaban a los antiguos regímenes estaban listos y eran capaces de institucionalizar la democracia, o si las elecciones multipartidistas eran todavía otro mecanismo para cambiar a los guardianes del neocolonialismo.

En África occidental, algunas de las variadas fuerzas populares descritas anteriormente se congregaron en conferencias nacionales que declararon una rebelión popular contra el régimen unipartidista y militar de la región. La “fiebre de las conferencias nacionales” muy pronto se extendió también a África central, y después de la exitosa Conferencia Nacional de Benin otras la seguirían en Mali, Gabón, Togo y Zaire. En Benin se llevó a cabo una elección libre y justa, y Methew Kerekou fue derrotado por N. Soglo, un ex ejecutivo del Banco Mundial, quien se convirtió en el nuevo presidente. En Camerún, Gabón, Togo y Zaire, los antiguos regímenes no se movieron, con lo que frustraron todos los intentos de las conferencias nacionales por conseguir cualquier cambio sustancial del régimen por medio de elecciones multipartidistas. En Costa de Marfil, así como en Senegal, el concepto de conferencia nacional casi no echó raíces, y las elecciones multipartidistas sólo confirmaron a los antiguos regímenes en el poder por medio de arreglos electorales que fueron objeto de debates. De alguna manera, los franceses cooptaron el proceso de la conferencia nacional en el Congo, aunque el régimen marxista-leninista finalmente fue destituido del poder.

En la África angloparlante todavía está por realizarse una convención nacional en la que se repita la experiencia francófona. Lo que ocurrió en Malawi fue una exitosa negociación entre el partido en el poder y sus opositores, acerca de las reformas específicas que permitirían una elección multipartidista, pero no hubo un diálogo en el que participara una representación amplia de la sociedad malauí. Se puede decir lo mismo sobre Sudáfrica, donde también se dio una transición clásica del colonialismo a la independencia.

El predominio de las convenciones nacionales en los estados africanos francoparlantes ha conducido a los observadores a comentar que aquéllos eran principalmente “asuntos francófonos”, que existe algo en la cultura política de los países en los

que se habla el francés que los hace estar dispuestos a aceptar el concepto de convención en la reciente transición al multipartidismo, aunque no siempre se explica qué es ese "algo". Heibrunn (1993), en un estudio acerca de las convenciones nacionales en Togo y Benin, concluyó que la iniciativa de la convención triunfó en Benin más que en Togo debido a la existencia de una "fuerte vida asociativa" en el primero más que en el segundo. Sus críticos (Nwajiaku, 1994), sin embargo, han argüido que la influencia de Francia en algunas de sus antiguas colonias fue más importante en el inicio y consecución de las convenciones nacionales, que la "vida asociativa", que también podría encontrarse en otros países donde las convenciones no fueron iniciadas (por ejemplo, Senegal), ni tampoco condujeron a reformas políticas sustanciales (por ejemplo, Costa de Marfil). Esta tesis queda corroborada por la fuerte declaración hecha por el presidente François Mitterrand en la conferencia francófona que tuvo lugar en La Baule, en junio de 1990, cuando exaltó los acontecimientos desarrollados en Benin como un modelo para África, y advirtió que "la ayuda francesa será trivial para aquellos países que continúen viviendo bajo un régimen de corte autoritario sin que exista ningún movimiento hacia la democracia" (de Barrin, 1990). El gobierno de Benin, casi derrotado debido a su gran endeudamiento, incapaz de pagar empleados, con su ideología desacreditada y sin recibir apoyo político o económico por parte de Francia, se vio obligado a rendirse y comprometerse con el levantamiento social que buscaba un cambio tanto económico como político. Togo, Costa de Marfil, Camerún y Senegal, sin embargo, con el apoyo continuo de Francia, a pesar de sus respectivas crisis internas, todas graves por igual, resistieron las tormentas de las conferencias nacionales y no sufrieron cambios de régimen.

En otras partes continuaba la demanda de multipartidismo por parte de estudiantes, académicos, organizaciones religiosas, sindicatos, diversos profesionales y partidos políticos nacientes, apoyados por el ambiente internacional favorable que existió después del colapso del bloque soviético. En Kenia, un movimiento ampliamente apoyado pero espontáneo llamado El Foro para el Restablecimiento de la Democracia (FORD), surgió bajo el liderazgo de Jaramogi Oginga Odinga, un na-

cionalista octogenario. La contraparte de FORD en Zambia fue el Movimiento pro Democracia Multipartidista (MMD), conducido por el menudo sindicalista Frederick Chiluba. Un movimiento similar surgió en Malawi, que sería llamado AFORD (Alianza para el Restablecimiento de la Democracia). Todos estos movimientos estaban ampliamente apoyados, muy diversos en el número de sus miembros y pobremente organizados en lo que fueron llamados partidos políticos. Este relajamiento en la organización junto con la amplitud de sus bases sería parte del problema para aquellos que lograron llegar al poder, el MMD en particular.

Democracia y elecciones competidas

En 1995 tuvieron lugar elecciones en por lo menos 31 países africanos. Si excluimos Botswana, Mauricio, Namibia Senegal y Cabo Verde —todos habían tenido elecciones multipartidistas previas, lo que los convertía en “viejas democracias” de África— y si además descontamos Sudáfrica y Eritrea, donde se efectuaron elecciones por primera vez como un esfuerzo para lograr la liberación nacional, se verá que el resto fueron elecciones realizadas para desafiar la atadura mantenida por los regímenes autoritarios en la sociedad.

A pesar de las muy fuertes presiones para el cambio democrático, en Ghana, Mozambique, Burkina Faso, Costa de Marfil, Camerún, Tanzania y Kenia se desarrollaron elecciones consideradas como controversiales, pues tan sólo regresaron el poder a los regímenes antiguos, por lo que la oposición cuestionó inmediatamente la validez de los resultados y la legitimidad de los regímenes en el poder. Existieron otras situaciones como la que se dio en Birmania, en las que las elecciones se habían llevado a cabo, pero los resultados no fueron respetados por los antiguos regímenes: Nigeria es un ejemplo de esto.

Muchos países africanos están tan desgarrados debido a las luchas internas que el tema pendiente en la agenda no es tanto la realización de elecciones democráticas como el establecimiento de la paz, la ley y el orden, como prerrequisitos para la construcción de cualquier sociedad democrática. Aquí se

hace referencia a Sudán, Rwanda, Burundi, Angola, Sierra Leona, Liberia y Somalia.

Los límites de las elecciones competidas

Las elecciones competidas, aunque son buenos indicadores de un gobierno democrático (Schumpeter, 1950) no son —en y por ellas mismas— lo único de lo que trata la democracia. Philippe Schmitter y Terry Lynn Karl (1991) señalan que debemos estar conscientes de la “falacia del electorado”: el voto no es suficiente. La democratización requiere el establecimiento, no sólo de elecciones regulares (mismas que tuvo Sudáfrica durante los 50 años que duró el régimen del *apartheid*), sino también de otras muchas instituciones y procedimientos, que podrían estar faltando en aquellos países africanos en los cuales de hecho es difícil llevar a cabo dichas elecciones, y cuando se realizan difícilmente conducen a un gobierno democrático sostenible. Estas instituciones y procesos incluyen cuerpos legislativos, judiciales y de investigación estatales, además de grupos de interés, asociaciones cívicas y partidos políticos promovidos por la sociedad, que tienen el poder de apoyar a dirigentes políticamente responsables (Bratton, 1995).

Así, mientras se puedan tener elecciones plurales y competidas, discutir sobre el principio del sufragio universal adulto y la cédula secreta, árbitros independientes y razonablemente organizados —llamados frecuentemente “comisiones electorales” en África aunque los funcionarios públicos en un Estado democrático pueden desempeñar el mismo papel— y realizarlas en intervalos de tiempo regulares, se distinguirán las democracias de otros sistemas políticos (Epstein 1967, La Palombara y Weiner, 1966). Sin embargo, la consolidación o institucionalización de la democracia requiere mucho más que esto.

Si sólo usamos las elecciones competidas como criterio para medir la democracia (Joseph, 1995), Benin, Botswana, Cabo Verde, la República Central Africana, El Congo, Kenia, Madagascar, Mauricio, Malawi, Namibia, São Tomé y Prínci-

pe, Senegal, Sudáfrica, Tanzania, Zambia y Zimbawe, pueden todos ser calificados como democráticos. Sin embargo, Richard Joseph sería el primero en aceptar que la forma en la que las elecciones se llevan a cabo en estos países, la medida en la cual se les consideró como libres y justas y el grado de legitimidad concedido a los regímenes que resultan electos, difieren enormemente. Aunque este autor se adelantó al categorizar a estos regímenes tomando en consideración en qué medida los procesos políticos democráticos y las prácticas estaban siendo institucionalizadas. Importante en su reporte fue “el grado de competencia entre grupos organizados, las oportunidades para la participación popular de todos los ciudadanos adultos en elecciones libres y justas, así como en asuntos públicos, la regularidad con la cual las elecciones se mantienen —local y nacionalmente—, las garantías constitucionales para los controles y balances en el gobierno, y el reforzamiento efectivo de las garantías individuales y los derechos humanos. Con respecto a estos componentes clave de la democracia, los regímenes africanos comienzan a aparecer como poseedores de grados variables de gobierno democrático o de ausencia de éste, lo que se traduce en elecciones competidas realizadas sin obstrucciones. Joseph describe estas diferencias en lo que se refiere al compromiso del régimen con la democracia. Sin embargo, esto haría aparecer a estos regímenes como si tuvieran la opción de comprometerse o no. ¿Qué hace que Benin mantenga una elección libre y justa que lleve a Mathew Kerekou de vuelta al poder después de cinco años, mientras que Frederick Chiluba y su régimen (MMD) es presa del pánico cuando percibe la posibilidad de que el UNIP de Kenneth Kaunda regrese al poder en las segundas elecciones multipartidistas? ¿Hasta qué punto pueden las élites gobernantes —por largo tiempo acostumbradas a beneficiarse de esta situación— rendirse voluntariamente frente a las demandas de un gobierno democrático? O, de manera mucho más general, ¿puede el gobierno democrático institucionalizarse exitosamente en economías relativamente rezagadas donde ocupar un puesto público está relacionado muy de cerca con la acumulación personal de riqueza en vez de con el servicio a la comunidad? (Ekeh, 1975).

“Desarrollo”, autoritarismo y democracia

Samuel Huntington (1968) sostenía que en las naciones jóvenes donde el desarrollo o la modernización es una prioridad para las élites en el poder, es difícil —y puede no ser necesario— establecer y sostener una democracia. Sin embargo, se tiende hacia el gobierno autoritario, justificado por su resultado modernizador. El argumento se basó en un análisis de la vida política (Easton, 1964). Para que cualquier sistema político sea estable o se reproduzca a sí mismo a lo largo del tiempo, debe ser capaz de transformar sus demandas (consumos) en valores útiles (rendimientos). Si no puede hacerlo de manera autoritaria, entonces podría sobrecargarse, y por lo tanto es poco probable que sobreviva. Cuando un sistema tiene recursos limitados para valores asignados autoritariamente, no puede afrontar demasiadas demandas. Por lo tanto, en el caso de las sociedades en desarrollo, donde las élites modernizadoras necesitan maximizar los recursos para propósitos de crecimiento económico (léase modernización), las demandas se tienen que mantener a raya; lo que el sistema logra al ser autoritario es un mecanismo de control de entrada que selecciona sólo aquellas demandas a las cuales se les pueden asignar pocos recursos. Es así que, para maximizar los recursos para el crecimiento económico, las demandas de consumo deben detenerse.

Sin embargo, los argumentos en contra resurgieron de manera subsecuente, con respecto a si dichas élites fueron autoritarias con un propósito modernizador o principalmente para satisfacer sus limitados intereses: corrupción y búsqueda de ingresos en particular. Tampoco podría decirse que a estos regímenes les faltaban recursos. Las décadas de los sesenta y setenta fueron una época en la que el ahorro en moneda extranjera de la mayoría de los países africanos estaba en su nivel más alto debido a los buenos precios de las exportaciones en el mercado mundial. Ghana obtuvo independencia con sus vastas reservas extranjeras en sus cuentas londinenses y las ganancias de Costa de Marfil provenientes del café y del cacao estaban en su más alto nivel a mediados de los setenta. Kenia tuvo un “boom del café” a finales de los setenta. Durante las décadas mencionadas, Tanzania recibió una generosa ayuda proveniente de los países

escandinavos. Pero ninguna de estas favorables circunstancias económicas llevaron al relajamiento del control autoritario ni al cambio estructural e inversión sustancial para el desarrollo económico. Quizás la mayoría de estos países acumularon grandes deudas foráneas, por lo que tenían muy poco que exhibir en cuanto a desarrollo económico.

La postura mantenida por el Banco Mundial en 1981 resume la percepción general de los regímenes africanos posindependientes: tienen una democracia reprimida, sin necesariamente ser modernizadora o progresista. En realidad, estos países se las habían arreglado para reproducirse a sí mismos por 30 años o más, y pudieron haber seguido así de no haber cambiado la coyuntura mundial. Eso también explica por qué ahora no pueden, por voluntad propia, abandonar las demandas de un gobierno democrático, y por qué las instituciones que mantienen los regímenes autoritarios no son fáciles de dismantelar, incluso después de que se han llevado a cabo elecciones plurales competidas.

*La caída de los partidos políticos
y el surgimiento del Estado autoritario*

Una de las primeras consecuencias del surgimiento del autoritarismo en África fue el partido político de masas; fundamentalmente, la esencia de un partido político es reunir a la gente en el proceso de una competencia política por recursos en una sociedad. En los sistemas políticos democráticos, cuando se realizan elecciones y un partido gana, forma el gobierno y por lo tanto tiene la oportunidad de usar el poder del Estado de manera autoritaria para allegarse valores en beneficio de sus miembros.

El partido político, como LaPalombara y Weiner sostienen (1966), es una creación de la sociedad moderna y de los sistemas políticos modernizadores, y no sólo de las sociedades democráticas. Ya sea en una sociedad libre o bajo regímenes totalitarios, se espera que la organización conocida como *el partido* coordine a la opinión pública y comunique las demandas al centro del poder gubernamental y de decisión. El partido estructura para sus seguidores la política y las metas que se

propone, y el tipo de intereses a los que puede aspirar cuando llegue al poder. Pero para llegar al poder en una sociedad democrática por medio de elecciones, el partido debe obtener el apoyo de la mayoría del electorado.

Por lo tanto, en su intento por ganar dicho apoyo, el partido buscará apelar a la diversidad de intereses, aunque no los satisfaga todos, mientras se encuentre en el poder. De esta manera los manifiestos partidistas y los documentos políticos producidos para ganar las elecciones son siempre o demasiado amplios en cuanto a lo que ofrecen al electorado, o tienden a simplificar asuntos que enfrentan intereses conflictivos de clase, étnicos, regionales, económicos, culturales o ideológicos, a los que los partidos deben apelar.

En África colonial, a los africanos no se les permitía participar en política, lo que incluía la formación de partidos políticos. Se les veía como sujetos y no como ciudadanos —con excepción de los pocos *evolues* a quienes se les aceptaba dentro del parlamento francés por derecho propio. No fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial que, debido a las presiones nacionalistas por libertad y reforma, surgieron grupos que buscaron movilizar a la gente contra los regímenes coloniales (Hodkin, 1961; Emerson, 1966). Algunos de estos movimientos nacionalistas fueron organizados en torno a los sindicatos (Mboya, 1957), asociaciones étnicas y regionales (Sklar, 1967) o revueltas campesinas contra las políticas agrícolas de represión y explotación, como el Sindicato Africano Agrícola en Costa de Marfil (Morgenthau, 1964).

Los partidos políticos surgieron a partir de estos diversos movimientos y grupos, y muy seguido en marcos en los que el régimen colonial no estaba preparado ni adaptado a esos partidos. En el Congo, los partidos políticos funcionaban en un ambiente en el que el Estado era débil, la infraestructura estaba pobremente desarrollada y la sociedad civil casi no existía. En Kenia, mientras que la organización partidista inicialmente sólo estaba permitida más allá de las fronteras distritales —por lo tanto coincidentes con los intereses étnicos y regionales—, la vida asociativa estaba desarrollada más ampliamente en la nación, siendo su movimiento sindicalista uno de los más fuertes de África. Por lo tanto, fue posible para los partidos políticos

nacionalistas emerger en el panorama nacional una vez que las restricciones se eliminaron.

Al usar la base sindicalista como un vehículo para la lucha nacionalista, Tom Mboya expandió la agenda sindical para incluir las demandas de independencia que pudieran atraer a otros grupos en Kenia. Como lo menciona, la libertad (o *uhuru*) significaba diversas cosas para diferente gente, y las discusiones ideológicas en el partido nacionalista (KANU), tenían que limitarse para que así el apoyo pudiera maximizarse para lograr esta meta de independencia. Julius Nyerere en Tangañica (actualmente Tanzania) usó el mismo acercamiento para organizar TANU con su epicentro en el movimiento sindicalista de los maestros.

Al enfrentarse a las demandas, provenientes de los diversos intereses y expectativas, más interesados en construir una sociedad donde los intereses de la élite tuvieran primacía, y careciendo tanto de ideología como de capacidad organizativa que pudiera reconciliar intereses conflictivos en el periodo de la posindependencia, los nacionalistas se desplazaron rápido para usar el poder administrativo de Estado —ya desarrollado bajo el gobierno colonial— como la base e instrumento de su poder. De ahí el surgimiento del partido único de Estado en la mayoría de los países africanos. Los partidos políticos dejaron de ser movimientos de masas y se convirtieron en “estatizados”: instrumentos de control político más que movilizadores de la sociedad para la participación popular (Anyang' Nyong'o, 1987). Esto fue lo que ocurrió con KANU en Kenia, TANU en Tanzania, el UPC en Uganda, el PDCI en Costa de Marfil, el MPR en Zaire, el PDG en Guinea, la UNIP en Zambia, el PRPB en Benin y el RPT en Togo. El poder se centralizó enormemente, las autoridades locales se subordinaron al centro, y las reglas tradicionales se eliminaron (como en Uganda) o crecieron eficazmente bajo el control del partido (como en Tanzania y Ghana), y la vida asociativa fue corporatizada a través de la estructura de partido donde ésta ya existía o reprimido su desarrollo donde todavía no existía.

En los lugares en donde no existía apoyo popular, la mayoría de los regímenes unipartidistas encontraron más fácil depender del apoyo de las etnias al ser éstas un grupo de votan-

tes que necesitaba poca organización, y sus integrantes tenían pocas oportunidades y podía presionárseles fácilmente para que se identificaran con la agenda del Estado al decirles que ésta era “beneficiosa para nuestra gente”. El poder político basado en lo étnico hizo al régimen unipartidista particularmente inseguro, si no políticamente frágil. La búsqueda del apoyo étnico cada vez que se enfrentaba con el desafío a su poder, hizo a los presidentes africanos cada vez más vulnerables a las políticas étnicas. Con las crecientes presiones para la democratización a fines de los años ochenta y durante los noventa, surgió un incremento en el uso del factor étnico para mantener el poder. Como lo observó Crawford Young (1995) “las cada vez más desesperadas manipulaciones de divisiones clánicas de Siad Barre en Somalia, del islamismo de Gaafar Nimeiri en Sudán, de los sentimientos anti-Luba en la Shaba de Mobutu Sese Seko, de la comunidad zulú por parte de los ‘segurócratas’ del *apartheid*, o de los conflictos por la tierra en el Valle del Rift de Daniel arap Moi en Kenia”, todos apuntan a la tan estrecha base de estos regímenes y por lo tanto a la única forma de apoyo popular en la que pueden confiar: el grupo étnico del presidente o los “chicos de casa”.

Pero el éxito con el cual el gobierno unipartidista suprimió las organizaciones de la sociedad civil también dependía del nivel de desarrollo de las distintas economías africanas antes y después de la independencia. Cuando Tanzania se independizó casi no habían abogados en este país; Uganda contaba con un grupo debido a su tan avanzado sistema educativo para la época colonial. La mayoría de las industrias de sustitución de importaciones en África del Este, que se iniciaron en los cuarenta, se establecieron en Kenia, lo que explica la existencia del tan adelantado sindicalismo que allí existe. Una vez más Kenia fue la única plantación colonial en África del Este, lo que explica los intereses que los pobladores tenían en desarrollar una infraestructura más sofisticada, con servidores públicos y profesionistas africanos que manejaran esta infraestructura. Dahomey, actualmente Benin, fue el centro de reclutamiento de profesionales y servidores públicos para el Estado francés del África occidental, una distinción que sólo compartió con Senegal. La vida asociativa era más avanzada en Uganda, Kenia,

Benin y Senegal, si se la compara con Tongo, Costa de Marfil, Zaire y Mozambique. A pesar de sus intentos, los regímenes unipartidistas en estas “ex colonias avanzadas” no pudieron sofocar completamente a la sociedad civil, incluso bajo los peores periodos de autoritarismo.

Estas asociaciones de la sociedad civil, reprimidas o que trataban de emerger, se convirtieron en centros de organización de movimientos de la “segunda independencia”, referidos con anterioridad, y por democracias multipartidistas que siguieron al reblandecimiento de la guerra fría. En Zambia, fue la Iglesia, una asociación de periodistas y abogados, los trabajadores de las minas y los sindicatos de maestros quienes formaron el MMD. En Kenia fueron fuerzas similares, pero excluyendo a los muy “estatizados” sindicatos, los que pusieron los cimientos de FORD. En Benin, la Conferencia Nacional de las Fuerzas Vivas del País estaba formada por académicos, periodistas, sindicalistas y abogados, todos pertenecientes o que habían sido miembros de una asociación o de la otra.

Promesas y límites de las democracias multipartidistas

Al igual que los partidos nacionalistas, los partidos políticos recientemente establecidos han sido movimientos de masas de organización débil, orientados a un sólo asunto y no ideológicos; están dominados por la élite, sus partidarios son movilizados desde la cúspide, con una base urbana muy grande y con programas poco o nada elaborados y políticas para sus proyectos que asumen el poder estatal. Cuando han accedido al poder, como en Benin, Zambia y Malawi, han aceptado la estructura del Estado como dada, han seguido implementando más o menos las mismas políticas que sus predecesores, y se han sujetado muy duramente a los programas de ajuste estructural (SAP) del Banco Mundial y del FMI, sin ofrecer ninguna de sus propias versiones de crecimiento económico y renovación. Enfrentados a las presiones o retos impuestos por el electorado, han apelado a tácticas de “control de entrada”, que son reminiscencias de los regímenes autoritarios a los que remplazan.

En Zambia, por ejemplo, muchos trabajadores del Estado han perdido sus empleos debido a la privatización, pues el sector estatal era el mayor empleador debido al papel dominante en la economía de la industria nacionalizada del cobre. La liberalización, también, abrió las industrias estatales a la competencia por las importaciones baratas, lo que condujo a que cerraran y que más personas perdieran sus trabajos. Este creciente ejército de desempleados encontró su voz en Kenneth Kaunda, el hombre que presidió el gran sector estatal. Kaunda ha culpado a Chiluba y al MMD del costo social de la implementación de las SAP. El MMD no ha sido capaz de explicar o vender las medidas de austeridad que son asumidas en nombre de las SAP. La élite del MMD, que continúa con el estilo de vida de sus predecesores del UNIP, están en la postura menos favorable para justificar dichas medidas frente a las gravemente afectadas masas. La búsqueda de rentas no se ha abandonado, la corrupción ha sido rampante bajo el régimen del MMD y el partido no ha mostrado ningún signo de ser una entidad democrática organizada capaz de continuar con la movilización popular. En nombre de la privatización, muy seguido las empresas paraestatales son vendidas en forma por demás desventajosa a la élite de la MMD, lo que desacredita cualquier argumento de que tales proyectos de reforma son para beneficio público.

En Kenia, donde los partidos de oposición ganaron la mayoría de los votos populares, pero fallaron al formar el gobierno debido a cuellos de botella constitucionales, la arena política ha continuado presionando en favor del partido en el poder, el KANU, el cual ha continuado usando el aparato represor estatal para detener la democratización, rehusándose a reformar leyes y procedimientos que fueron instituidos para reproducir el régimen unipartidista. Entonces, aun cuando la oposición ha tenido éxito al usar los debates parlamentarios y los comités para ventilar la corrupción del gobierno y el sector público, el régimen ha fallado al actuar y refugiarse de manera segura detrás de las ramas ejecutiva y judicial del Estado, que todavía funcionan bajo la cultura unipartidista.

También debe notarse que este naciente proceso de democratización está teniendo lugar en un momento en que las eco-

nomías africanas están ocupando el peor lugar en la economía mundial. A pesar del incremento de la globalización, o quizás debido a ella, las economías africanas cada vez están más marginadas. El porcentaje del comercio de África con el mundo cayó de 4% a menos de 1% a lo largo de los últimos 20 años. La asistencia oficial para el desarrollo (ODA) también ha caído de manera drástica, y la inversión foránea directa decayó tan sustancialmente que en algunos países ya no es más un factor a tomar en consideración. Esto sucede en un momento en que el endeudamiento con el extranjero está en su máximo nivel: la deuda externa de Kenia es de 106% de su PNB, y Mozambique está cerca de 210%. El pago del servicio de la deuda de Kenia consume cerca de 28% de las ganancias provenientes de las exportaciones; en Mozambique representa 21% y en Uganda 14% (UNDP, 1996).

Incluso con la mejor de las intenciones, estos gobiernos se encuentran en condiciones extremadamente difíciles como para iniciar procesos de crecimiento económico que puedan generar oportunidades de empleo, crear impuestos altos y dar al Estado una base fiscal para incrementar su capacidad de gasto en beneficio social. Es en una atmósfera de crecimiento económico como ésta en la que sería más fácil para un gobierno democrático echar raíces. Pero la situación empeora cuando, a pesar del ambiente internacional desfavorable, los nuevos regímenes no han tomado ninguna medida seria de reforma para cambiar el derroche del Estado, la cleptocracia y las mismas prácticas ineptas que llevaron a los regímenes autoritarios a su total descrédito. Ésta podría ser una función de la actitud que las élites tienen frente al poder del Estado, la cual es que éste debe ser usado antes que nada y por encima de cualquier cosa para lograr una ganancia personal en términos de riqueza, prestigio y estatus social más que para servir a algún ideal o programa público.

Institucionalizando el gobierno democrático

Con el trasfondo del autoritarismo, el poder altamente centralizado, constituciones que todavía presuponen la existencia de un régimen unipartidista, las élites con una cultura de partido

único todavía ampliamente a cargo de aparatos estatales, estructuras de gobierno local que se han atrofiado a lo largo de los años, una cultura con un nivel bajo de participación política, economías predominantemente agrícolas y campesinas y un ambiente internacional que ha marginado a África, la institucionalización de la democracia en este país es definitivamente una enorme empresa. Con esto no queremos decir que no existan fuerzas sociales bien intencionadas luchando por la democracia, organizaciones civiles con intereses creados para abrir la arena política mediante la democratización, y ciertas fuerzas que estén positivamente predisuestas a llevar a cabo proyectos de democratización en África. Estas observaciones se hacen, sin embargo, para subrayar las condiciones objetivas por medio de las cuales la democracia se quiere institucionalizar, frente a las posibilidades y límites para construir gobiernos democráticos, cualesquiera que sean los factores subjetivos. Un análisis como tal ayudará más adelante en el diseño de programas que puedan responder a situaciones concretas más que a satisfacer los sentimientos ideológicos de aquellos comprometidos en el proyecto, tanto dentro de África como fuera de este continente.

En primer lugar, los partidos políticos necesitan estar apropiadamente organizados. Hemos notado muy pronto la importancia y la posición central que tienen los partidos políticos en la organización de la gente en las democracias modernas. La vida activa asociativa, desarrollada por la sociedad civil, no es suficiente en el proceso de institucionalizar la democracia. Además, como lo notó Roberto Michels (1958), la democracia no se puede concebir sin organización. Una clase que despliega frente a la sociedad la bandera de ciertos clamores definidos, y que aspira a la realización de un complejo de propósitos ideales que derivan de las funciones económicas que aquella clase cumple, escribe Michels, *necesita organización*.

El trasfondo del movimiento de masas de los partidos que han estado en su "segunda independencia" de apertura democrática, los han hecho negligentes en la organización y, una vez más, depender de la estructura administrativa del Estado al tener el poder. Además, esto ha alienado a estos partidos de las verdaderas asociaciones civiles que los apoyaron.

En segundo lugar, los partidos políticos necesitan desarrollar ideas con las cuales puedan movilizar a su gente y conservar su apoyo. No existe en realidad ningún atajo para establecer los principios universales mediante los cuales los partidos busquen el poder en toda la nación. De otra manera, los partidos continuarán basándose en “ligas naturales”, tribales o étnicas, para lo cual no se necesita ninguna ideología sofisticada que no sea apelar a los sentimientos que defienden los intereses sectarios, que se justifican muy seguido sobre la base de injusticias pasadas, percibidas o reales, llevadas a cabo por antiguos regímenes.

En tercer lugar, las políticas en África —como en todos lados— siempre estarán basadas en asuntos distributivos, ya que cada grupo busca lo que popularmente se conoce como “el repartimiento del pastel nacional”. Este repartimiento puede a veces ser visto como una alternancia en el poder, es decir, si la última vez el grupo étnico *X* estaba en el poder y sus élites ganaron desde el Estado por medios corruptos, en este momento es el turno del grupo étnico *Y*, cuya élite deberá tomar su turno en el repartimiento de la corrupción. Ésta, obviamente, es una cuestión de cultura y socialización políticas.

Verba y Pye (1965) notaron que la cultura política es importante en la orientación de la gente frente a las acciones de este tipo. En cuanto a las creencias empíricas, los símbolos expresivos y los valores que definen la situación en la cual la acción política tiene lugar —como votar o allegarse recursos por medio del Estado— la cultura política es vital, ya que sitúa las creencias que definen la orientación de una persona en la esfera pública, y da estructura y significado a la vida política de la misma manera en la que la cultura en general da coherencia e integración a la vida social. Mediante la socialización política —en escuelas, clubes, asociaciones, el partido y los medios masivos de comunicación— los individuos obtienen orientación y adoptan una cierta peculiaridad cultural.

Los sistemas políticos unipartidistas, que han existido a lo largo de 30 años, han perpetuado una cultura política que no puede olvidarse voluntariamente. Se trata de una cultura antidemocrática, individualista, provincial, que teme a la autoridad, muy comúnmente insular, que protege a las etnias,

que ha continuado limitando la libertad individual para llevar a cabo asociaciones civiles, y que tiende a arraigar actitudes de beneficio personal más que orientadas hacia la comunidad, frente a la vida pública. Por lo tanto, cuando la corrupción es llevada a cabo por alguien "de los míos", es posible que esto no necesariamente sea desaprobado por alguien que habla en favor de la confiabilidad y la transparencia, ya que estos conceptos no están verdaderamente universalizados dentro de la cultura neocolonial. Para romper con esta cultura, sería necesario un proceso deliberado de ingeniería social, llevado a cabo por los partidos políticos democráticos y las organizaciones (incluyendo a los medios masivos de comunicación) que estén comprometidos conscientemente en la transformación de la sociedad y en la institucionalización de un gobierno democrático. Pero este proyecto podría no ser exitoso a menos de que esté acompañado por un proceso de rápido crecimiento económico, de manera que la estructura social se transforme, y los dirigentes de las nuevas relaciones sociales modernas creadas sean quienes eventualmente corten el cordón umbilical del provincialismo y del etnicismo en la política.

La importancia de este proceso de ingeniería social (que incluye la educación cívica) y el crecimiento económico no pueden ser suficientemente enfatizados; las exitosas experiencias de la isla Mauricio y Singapur apuestan a esto (Brautigam, 1995). Aquí reside el papel de las ONG y de los socios del norte, no al patrocinar instituciones y los procesos que los involucran, sino al compartir experiencias y unir sus fuerzas a las de ellos. Las convenciones de la ciudad organizadas en Nairobi y Kisumu (Karuga, 1993) bajo el auspicio de la Fundación Friedrich Naumann demostró que existen personas y grupos que sólo necesitan contar con un apropiado marco organizativo para iniciar actividades que podrían fortalecer las organizaciones comunitarias, los consejos municipales y las organizaciones de barrio en el proceso de democratización. Por lo tanto, están por surgir en un futuro cercano partidos con programas específicos y orientación ideológica, debido a la decepción de aquéllos apoyados en las masas y pobremente organizados. Cuando surjan dichos partidos, sin duda será necesario para ellos tener relaciones fraternales con partidos

similares de otras partes sobre la base de los intereses comunes. Con vistas al crecimiento económico, la campaña por la condonación de las deudas es vital, ya que sin duda ésta es un área donde los socios del norte pueden tener un papel muy importante, así como también deberían apoyar las iniciativas para lograr una mayor transparencia en el manejo de las relaciones internacionales, ya que el endeudamiento de África no es una herida autoinfligida, sino que le debe mucho a las injusticias de la globalización, un tema que continúa siendo controversial, pues revela la falta de democracia social que existe en todo el mundo. ❖

Traducción del inglés:
GABRIELA LARA

Bibliografía

- ANYANG' Nyong'o, P. (1987), *Popular Struggles for Democracy in Africa*, Londres, Zed Press.
- Banco Mundial (1981), *Accelerated Development in Sub-Saharan Africa: An Agenda for Action*, Washington.
- BARRIN, P. de (1990), "Les dirigeants s'engagent à associer plus étroitement les populations à la construction de leur avenir", *Le Monde*, 23 junio.
- BRATTON, M. et al. (1997), *Democratic Experiments in Africa: Regime Transitions in Comparative Perspective*, (Cambridge Studies in Comparative Politics), Cambridge University Press.
- BRAUTIGAM, D. (1995), "The Paradoxes of Democratization in Mauritius", *Africa Demos*, 3(4).
- COHEN, H. (1995), "Good Governance, Democracy and 'Citizen Expectations' in Africa", *Africa Demos*, 3(4).
- CRAWFORD, Young (1994), *The African Colonial State in Comparative Perspective*, New Heaven, Yale University Press.
- EASTON, D. (1964), *A Systems Analysis of Political Life*, Princeton, Princeton University Press.
- EKEH, P. (1975), "Colonialism and the Two Publics in Africa: A Theoretical Statement", *Comparative Studies in Society and History*, 17:91-112.

- EMERSON, R. (1966), "Parties and National Integration in Africa", *Political Parties and Political Development*, J. LaPalombara y M. Weiner, Princeton, Princeton University Press.
- EPSTEIN, L. D. (1967), *Political Parties in Western Democracies*, Londres, Pall Mall.
- HEILBRUNN, J. R. (1993), "Social Origins of National Conferences in Benin and Togo", *Journal of Modern African Studies*, 31(2): 277-299.
- HODGKIN, T. (1961), *African Political Parties*, Londres, Penguin.
- HUNTINGTON, S. (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- JOSEPH, R. (1995), "The Promise of Democracy", *Africa Demos*.
- KARUGA, J. (ed.) (1995), *Actions to Restore the Past Glory of Kisumu*, Nairobi, FNF.
- LAPALOMBARA, J. y M. WEINER (1966), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- MBOYA, T. (1957), *Freedom and After*, Londres, Penguin.
- MICHELS, R. (1958), *Political Parties*. Glencoe, The Free Press.
- MORGENTHAU, R. S. (1964), *Political Parties in French-Speaking West Africa*, Londres, Clarendon.
- SCHMITTER, P. y T. L. KARL (1991), "Modes of Transition in Latin America, Southern and Eastern Europe", *International Social Science Journal*, 128.
- SCHUMPETER, J. (1950), *Capitalism, Democracy and Socialism*, Nueva York, Harper.
- SKLAR, R. (1967), "Political Science and National Integration: A Radical Approach", *Journal of Modern African Studies*: 5(1).
- UNDP (1996), *Human Development Report*, Londres, Oxford University Press.
- VERBA, S. y L. PYE (1965), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- WAMBA DIA WAMBA, E. (1987), "The Struggles for the Second Independence in Congo", *Popular Struggles for Democracy in Africa*, P. Anyang' Nyong'o, Londres, Zed Press.

EL PAPEL DE LA MUJER EN EL DESARROLLO SOCIOECONÓMICO. EL CASO DE NIGERIA Y DE UGANDA

MERE KISEKKA

Indicadores de la participación socioeconómica de las mujeres

La participación de las mujeres en el sector tradicional

a) Producción de subsistencia y economía doméstica

EN EL PLANO ECONÓMICO, uno de los aspectos más característicos de la condición de la mujer africana es que ésta participa plenamente en la producción de subsistencia y en todas las actividades destinadas a la nutrición de la familia. En la explotación de la parcela familiar, la mujer contribuye en 60 u 80 por ciento. Aun cuando el hombre la pueda ayudar a veces al comienzo, o en trabajos duros como roturar la tierra, la tala, etc., es a ella a quien competen los otros trabajos agrícolas como la binadura, la escarda, el cultivo y la cosecha.

En ciertos países como Nigeria, entre las tribus yoruba y hausa, y en el sureste de Ghana, hay sin embargo, casos en que son los hombres los que aseguran la producción alimenticia. En todas partes, la observación estricta de la ley coránica exige a veces que las mujeres sean mantenidas al margen de los trabajos en el campo, pero generalmente esta prescripción sólo afecta el trabajo de las mujeres de las clases superiores. Sea como sea, las mujeres musulmanas de Camerún, de Guinea, de Gambia, de Malí, de Níger y de Burkina Faso participan activamente en el cultivo, y a veces en la venta, del arroz,

del maíz y de los cacahuates.¹ Asimismo, las mujeres musulmanas de África desempeñan un papel activo en la crianza, la ordeña, el abrevamiento y los cuidados en general de los animales.

La condición de la mujer africana se caracteriza también por un pesado trabajo hogareño. Al no poseer ningún aparato doméstico, pasa un tiempo considerable preparando las comidas. No tiene ni refrigerador, ni congelador, de manera que la leche se acidifica y los alimentos se llenan de hongos, se pudren o se cubren de insectos.

Tomemos algunos ejemplos que ilustran la dureza de este servicio doméstico. Una zaireña pasa de seis a siete horas diarias preparando y cocinando las comidas, y una tanzaní cerca de tres horas en promedio. Además, tienen que ir a buscar agua y leña para el fuego, lo que frecuentemente las obliga a recorrer largas distancias, por un suelo difícil. En Zaire, las mujeres pueden llegar a realizar cinco o seis viajes por día, transportando cada vez de 10 a 15 litros de agua, y cada viaje les toma unos 45 minutos.

La pesada tarea que consiste en asegurar la producción de subsistencia y los trabajos domésticos se ve agravada por el hecho de que cada vez más la mujer es la jefa del hogar. A medida que aumenta la migración estacional de los maridos y de los otros hombres de la familia, la mujer ve incrementarse sus responsabilidades. En Kenya, 31% de los hogares —aproximadamente 1.7 millones— tiene como jefe a una mujer;² en Botswana, 10%; en Malí, 16%;³ y en el sureste de Ghana cerca de 50%;⁴ del cual una tercera parte no cuenta con ningún hombre de más de 15 años. A ello se añade que las tasas de asistencia escolar se han elevado, por lo cual las

¹ African Training and Research Center for Women (ATRCW), *Women in the Traditional and Modern Labour Force*, trabajo presentado en la Conferencia Nacional sobre las Mujeres Nigerianas y el Desarrollo, Universidad de Ibadan, abril de 1976.

² Censo de Kenya en el año de 1969.

³ E. Boserup, *Women's Role in Economic Development*, Londres, Allen and Unwin, 1970.

⁴ J. Bukh, "Women in Food Production, Food Handling and Nutrition", trabajo presentado en el Social Science Staff Seminar, Universidad Ahmadu Bello, febrero de 1978.

mujeres ya no pueden contar como antes con la ayuda de sus hijos para los trabajos domésticos.

De manera que es sobre ellas donde recaen todas las responsabilidades económicas, sociales e institucionales del hogar. Para las campesinas, esta carga se ve agravada aún más por la pobreza, y por las ideas y prácticas sexistas tradicionales. Es de señalar, sin embargo, que para poder cumplir con sus numerosas responsabilidades, las mujeres se han visto llevadas a aumentar su participación en las actividades productivas tradicionales y a llevar a cabo nuevas actividades.

b) Trabajo independiente: el pequeño comercio

En África occidental, 60 a 80 por ciento del pequeño comercio está en manos de mujeres. Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia del papel de las mujeres en el sector de la distribución de la economía urbana y regional. Sus actividades, que van desde la venta lanzando su pregón en los mercados y las calles o siendo buhoneras, hasta la venta en negocios o como intermediarias, tienen frecuentemente como objeto el comercio de los productos de la tierra.

A pesar de la importancia que tiene el papel de estas vendedoras, las encuestas confirman lo bajo de sus ingresos (en general inferiores al salario mínimo), la mayor parte de los cuales sirve para alimentar a su familia y cubrir las necesidades de sus hijos. Además, el lugar del mercado es habitualmente sórdido, está lleno de desechos, tiene acequias de agua sucia y charcos de agua podrida, moscas y ruido, y baños en mal estado o inexistentes. Muchas mujeres llevan allí a sus hijos pequeños y los tienen todo el día. Por otra parte, este comercio no ofrece ningún tipo de seguro contra enfermedad, robo o incendio, por ejemplo. Es importante que la participación de las mujeres en el comercio al por menor se iguale con la del comercio al por mayor, pues estas últimas actividades constituyen el subsector central de la economía, el que emplea menos personas pero cuenta con mayor número de salarios, y el que emplea esencialmente a hombres, a diferencia del comercio al por menor que emplea, sobre todo, mujeres.

El problema central al que se enfrentan las comerciantes es el de la falta de capital. Las fuentes tradicionales de suministro de fondos —los maridos o parientes— ya no bastan, si se tienen en cuenta la inflación y los precios de los artículos especializados de importación. Los bancos, que parecen el único otro recurso, no le prestan dinero sino a los que cuentan con ingresos fijos y con ahorros. Las comerciantes deben entonces dirigirse a las asociaciones locales de crédito.

El sistema de “crédito giratorio” (*esusu* o *susu*) consiste en que varias personas se asocian y contribuyen regularmente con un fondo que va siendo propiedad de cada una de ellas, por turno. Este método, en principio atrayente puesto que los participantes no tienen que pagar ni comisión ni costos complementarios, presenta, sin embargo, un inconveniente: aquellos que se encuentran al principio del ciclo de redistribución no son tocados por la inflación, a diferencia de los que están al final.⁵ Estas ventajas y desventajas temporales son los principales motivos de descontento en relación al sistema, los cuales se traducen en numerosas defecciones. Sin embargo, muchos de los que abandonan, terminan por participar en asociaciones de crédito idénticas a las que rechazaron.

Otro medio de obtener dinero sin formalidades es el sistema del “banquero ambulante”: cada participante pone cada día una suma fija y recibe al final del mes una suma igual a sus depósitos, menos un treintavo que representa la comisión del banquero. A pesar de esta ligera pérdida de dinero, las mujeres prefieren esta fórmula, que preserva el anonimato de los otros ahorristas. El riesgo de que el “banquero” se esfume las incita a tratar con varios “banqueros” a la vez. Otro inconveniente del sistema es que sirve sobre todo para las mujeres que disponen de un capital importante. Aquellas que habitualmente tienen negocios que cuentan con varios centenares de dólares de mercancía, que poseen fondos y otros activos, obtienen siempre préstamos más importantes que las pequeñas comerciantes que sólo disponen de sumas ínfimas que les reportan muy poco.

⁵ B.C. Lewis, “The Limitations of Group Action Among Entrepreneurs: The Market Women of Abidjan, Ivory Coast”, en N.J. Hafkin y E. G. Fay (director publ.), *Women in Africa*, Stanford, Stanford University Press, 1978.

Diversos signos revelan que las mujeres son conscientes de lo que puede hacer el Estado para mejorar las condiciones del comercio y de la ayuda que las instituciones de préstamo modernas pueden aportarles.⁶ Uno podría, sin embargo, preguntarse acerca de la eficacia de sus demandas de cambio y/o de intervención del Estado. El poder político de las mujeres comerciantes es uno de los indicadores de esta demanda potencial.

Al tener el monopolio del comercio al por menor, las mujeres podrían, si estuvieran bien organizadas, obligar al gobierno a que realizara las reformas sociales necesarias.

Conviene señalar aquí la ausencia de mujeres comerciantes en los países de África oriental como Kenya, la República Unida de Tanzania y Uganda. Esto se explica, sin duda, por el pequeño número de aldeas autóctonas y por el predominio de euroasiáticos en la población residente en la administración y el comercio de las aldeas nuevas. Hasta fines de la segunda guerra mundial, los africanos vivían en gran parte como “paracaidistas”, prestando sus servicios como personal doméstico mientras que los euroasiáticos monopolizaban el comercio al por mayor y al por menor.

Los centros urbanos de África oriental se parecen mucho a los modelos euroasiáticos, donde el comercio de los productos manufacturados o de los productos transformados industrialmente se hace en verdaderas tiendas o *dunka*. En los mercados no se venden sino productos frescos, no preparados, como pescado, carne, frutas y legumbres. La venta en la calle y en las carreteras se limita a los artículos artesanales para turistas. También se encuentran cada tanto mercados “abiertos”, que se asemejan a los que se ven en África occidental, pero éstos están sobre todo en los barrios obreros, e incluso allí son la excepción más que la regla.

A partir de la independencia, los africanos del oriente han recuperado las zonas urbanas. La reapropiación fue total en Uganda, luego de la expulsión de los asiáticos en 1972. Sin embargo, todavía no se ven signos de una evolución del comercio, según el modelo del oeste de África. La nueva clase comer-

⁶ H. Ware, “Polygyny: Women’s Views in a Transitional Society, Nigeria 1975”, *Journal of Marriage and the Family*, febrero de 1979, pp. 185-195.

ciante se compone de hombres que emplean mujeres como vendedoras. Las pocas mujeres que participan en una actividad comercial son “mujeres de negocios” más que vendedoras de tiendas. La africanización del comercio en general, sin embargo, le ha abierto modestas perspectivas a los hombres en ciertos comercios pequeños, como los de platos cocidos y otros objetos que aprecian los africanos. Se podría pensar que habría más mujeres que hombres dedicadas a esas actividades que, se supone, le ofrecerían una solución a aquellos ciudadanos que carecen de calificación profesional, para que puedan encontrar un empleo remunerado. La creación de pequeñas industrias o de industrias artesanales les abre otras posibilidades de empleo.

c) Trabajo independiente: las mujeres de negocios

La ausencia de estadísticas sobre esta categoría de mujeres hace que toda discusión respecto de sus características sociales, el origen de sus capitales o sus motivaciones, descansa sobre meras impresiones.⁷

Muchas de estas mujeres de negocios son viudas, divorciadas o esposas “paralelas”. Cualquiera que sea su situación, es posible que hayan encontrado una motivación que las haya conducido a seguir el mismo itinerario que otras mujeres que han logrado éxito, y que con frecuencia son solteras, viudas sin hijos o están ligadas a hombres con poder. Esto último vale también para las mujeres africanas que son esposas o amigas de políticos o jefes de empresas, y que se sirven de sus relaciones para obtener préstamos o créditos, gracias a los cuales ellas mismas se volverán personajes poderosos y podrán hacer negocios por su propia cuenta, y por la de su protector.

A diferencia de las pequeñas comerciantes, las mujeres de negocios son, en general, mujeres instruidas e incluso a veces se han pasado varios años en el extranjero. Están, por ejem-

⁷ S.B.O. Gutto, “The Status of Women in Kenya: A Study of Paternalism, Inequality and Underprivilege”, Discussion Paper No. 235, Instituto para Estudios del Desarrollo, Universidad de Nairobi, 1976.

plo, a la cabeza de salones de belleza, de tiendas de moda, de restaurantes, de ventas de telas artesanales africanas, o incluso de maternidades o de clínicas donde emplean parteras y enfermeras calificadas, y también de jardines de niños o guarderías. Las pocas mujeres que tienen capital suficiente invierten a veces en servicios de taxi o en la construcción inmobiliaria.

Para ilustrar algunos de los obstáculos principales para el desarrollo de la empresa y la propiedad femeninas se pueden citar los procedimientos de las entidades de préstamos en Kenya, la Industrial and Commercial Development Corporation (ICDC) y la Housing Finance Company (HFC).

La ICDC se especializa en préstamos a las pequeñas empresas y a las empresas industrializadas, pero las condiciones que impone son tales que es frecuentemente imposible que las pequeñas empresas, y más particularmente las que están dirigidas por mujeres, puedan obtener crédito. Los clientes deben dar prueba de que son mayoritarios en la empresa y aceptar una duración mínima del préstamo de cinco años como promedio. No es de asombrarse entonces que las peticiones de crédito presentadas por las mujeres entre 1966 y 1974 no hayan representado más que 5% de las 7 643 peticiones de pequeños préstamos industriales. Sin embargo, es de suponer que las mujeres han sido consideradas como deudores solventes, puesto que la ICDC prácticamente ha aceptado todas sus peticiones.

En lo que respecta a la compra de bienes inmobiliarios para uso habitacional, la HFC aplica condiciones restrictivas análogas. Los montos mínimos de préstamo que impone y el nivel mínimo correspondiente de ingreso que exige para garantizar el pago de los intereses, excluyen a la mayor parte de los deudores eventuales, y sobre todo a las mujeres, cuyo salario es, en general, muy bajo. Las mujeres casadas pueden combinar su salario con el del marido para obtener la cifra mínima exigida, pero esta tolerancia lleva frecuentemente a los maridos a "persuadir" a sus mujeres de que hagan bolsa común con ellos, y frecuentemente el crédito se otorga a nombre del marido. La inscripción del bien a nombre del marido no se puede anular más que si la mujer retira su consentimiento al firmarse el contrato: después, la mujer no puede ni retirar su

acuerdo ni exigir que se le designe como copropietaria. Cuando la propiedad está igualmente a nombre de la mujer, ésta es responsable del reembolso del préstamo y la HFC puede ir en su contra si el marido falla.

Participación de las mujeres en los sectores modernos públicos y privados

Lo que más llama la atención en la estructura del empleo de las mujeres africanas es que éstas generalmente están ausentes de los sectores modernos de la agricultura, la industria manufacturera y el comercio, mientras que ocupan un lugar predominante en el sector tradicional. Es interesante señalar que la participación de las mujeres es, sin embargo, bastante importante en Gabón (50.6%), Liberia (41.6%) y en la República Unida de Tanzania (51.1%), y que en Benin las mujeres tienen prácticamente el monopolio del comercio (95%). Aunque están muy poco representadas en los sectores público y privado, las mujeres predominan en las profesiones tradicionalmente femeninas como la enseñanza, el trabajo de oficinista, la enfermería y la administración, y eso sucede en los países socialistas y no socialistas. En Uganda, las mujeres representaban, en 1967, 17% de la población activa; 48% de las mujeres activas trabaja en la enseñanza, 33% en las profesiones médicas y paramédicas y menos de 20% como oficinistas o en otros empleos.⁸ El mismo año, en Tanzania, entre los titulares de oficios a nivel "profesional" (enfermeras, profesoras), 20% eran mujeres; 47% de los dactilógrafos eran mujeres, pero sólo 10% de otros empleos de oficina (ordenanzas, empleado); la proporción era de 23% para los empleos en casas, 4% en la industria y 2% en los puestos directivos.⁹

Es importante recordar que las mujeres que trabajan en el sector moderno son blanco de numerosas formas de discriminación. Hay leyes protectoras que prohíben el trabajo noc-

⁸ D.R. Evans, "Image and Reality: Career Goals of Educated Uganda Women", *Canadian Journal of African Studies* 6, 1972, pp. 213-232.

⁹ M. Mbilinyi, "The State of Women in Tanzania", *Canadian Journal of African Studies* 9, 1972, pp. 371-377.

turno de las mujeres en la industria y en la agricultura, y su trabajo en las minas. Están desfavorecidas en relación a los hombres en lo que respecta a las prestaciones sociales que se le acuerdan a los trabajadores, las primas de alojamiento y vacaciones, etc., y deben aceptar frecuentemente contratos de trabajos renovables cada mes, sin que jamás obtengan la planta.

A estas discriminaciones se añaden las de la legislación fiscal, que no prevé reducciones impositivas por los niños a cargo de las mujeres, la pérdida total o parcial de su salario durante su reposo de maternidad y las restricciones a que está sometida la entrega de las prestaciones de seguridad social.

Estas restricciones hacen total abstracción de situaciones socioculturales comunes: la existencia de numerosas jefas de familia *de facto*, la poligamia y la familia ampliada, la tradición que determina que las mujeres —más que los hombres— se encarguen de sostener a los niños producto de un matrimonio anterior, son unas de las tantas razones por las cuales las mujeres deben beneficiarse de la totalidad de las prestaciones sociales, a la vez por justicia y en interés de sus hijos.

Hay que señalar, sin embargo, que la defensa de los derechos de la mujer puede tener, en el dominio del empleo, efectos que le son perjudiciales. En Egipto, por ejemplo, la ley que impone la creación de una casa cuna a las empresas que emplean cien mujeres o más, ha tenido como consecuencia que esas empresas reduzcan su personal femenino.¹⁰ Las sociedades y empresas industriales privadas encuentran a menudo mucho más ventajoso emplear hombres, a los que no hay que darles préstamos.

a) Educación

La situación de la mujer en el campo del empleo es en gran medida el reflejo de su nivel de instrucción y de los numerosos problemas y obstáculos que debe afrontar en la sociedad. En todos los niveles educativos, las mujeres africanas son menos numerosas que los hombres y a menudo están práctica-

¹⁰ African Training and Research Center for Women (ATRCW) (véase nota 1).

mente excluidas de las escuelas técnicas y comerciales.

En 1960, las estadísticas de la UNESCO sobre la escolaridad de las niñas en la enseñanza primaria pública demostraban una tasa muy baja de participación. Para el año escolar 1974/1975, la relación entre los alumnos efectivos masculinos y femeninos no había variado casi. En Gambia, por ejemplo, se señalaba incluso una disminución del porcentaje de niñas: de 23% en 1965/1966 había caído a 21.39% en 1974/1975.

A nivel universitario, el cuadro era aún más dramático. Las mujeres todavía no representan sino una fracción insignificante de la población estudiantil total, pero predominan en las disciplinas que tradicionalmente se identifican con su sexo: letras, pedagogía y ciencias sociales. En el curso de los años sesenta, el elemento femenino representaba 15% de los estudiantes inscritos en la universidad en la República Unida de Tanzania, 21 a 25% en Uganda, 15% en Ghana y de 13.4 a 16.4% en Nigeria.

La proporción de mujeres entre los estudiantes de agronomía, medicina veterinaria o en tecnología es extremadamente baja; allí donde una enseñanza tecnológica está abierta a las mujeres, es exclusivamente en el dominio de la economía doméstica, para hacer de ellas administradoras o amas de llaves. Pero incluso en aquellas actividades que tradicionalmente son competencia de las mujeres —lavado, restauración, acondicionamiento de la carne, economía doméstica, agricultura, almacenamiento de los productos alimenticios, etc.— y que han adquirido un carácter comercial, los puestos de responsabilidad en el sector moderno son ahora ocupados por los hombres.

Dificultades que pesan sobre la integración de las mujeres en la sociedad

Problemas sociales esenciales y obstáculos para la participación de las mujeres en el desarrollo

En la sección anterior expusimos algunos de los obstáculos profesionales, económicos y de otra índole que frenan el progreso social de las mujeres y perpetúan su marginalidad en la educa-

ción y en los sectores formales y no formales. Aquí examinaremos aquellas dificultades que no se pueden medir según ningún indicador socioeconómico, pero que, sin embargo, son obstáculos para una mejor participación de las mujeres en el desarrollo.

a) Complejo de inferioridad

Cuando las mujeres, en un “mundo de hombres”, participan en el sector moderno de la educación, del empleo o de la actividad social, muestran señales de inseguridad, de falta de confianza en sí mismas o de falta de ambición; dicho de otra manera, se sienten inferiores a los hombres. Sin embargo, cuando se las observa en “el mundo de ellas”, el de la agricultura y la economía doméstica, se comprueba que tienen sentido de organización, que dan pruebas de iniciativa e ingenio y que son extremadamente capaces. El sentimiento de inferioridad que experimentan no es, por lo tanto, inherente a su condición femenina, sino es el resultado de influencias sociales, económicas y del medio ambiente, producto de una discriminación declarada o sutil, de la segregación y la subordinación.

En muchas de las sociedades africanas, la tradición cultural hace que la mujer se arrodille para recibir al hombre; que coma aparte con sus niños; que le sirva al hombre primero, reservándole los mejores pedazos; que se calle en su presencia; que no le dirija la palabra más que llamándolo “maestro” o “señor”. Por otra parte, pegarle a la mujer o serle infiel se considera a menudo como signo de virilidad. El bebé que nace se recibe mejor si es varón. Todas estas costumbres han contribuido a institucionalizar la superioridad del hombre. Las mujeres tienen así tendencia a manifestar temor, respeto y sumisión frente al hombre, incluso si la situación exige una interacción entre los sexos en condiciones de igualdad.

Las mujeres sólo podrán superar este sentimiento de inferioridad mediante un esfuerzo concertado de resocialización, particularmente al nivel no formal de los símbolos culturales, los mitos, las actitudes y los ritos.

b) Problemas médicos

Las mujeres africanas siguen expuestas a cierto número de problemas de salud, algunos de los cuales tienen sus raíces en la tradición y otros en las prácticas médicas modernas.

La tradición hace que las mujeres africanas sufran una o varias operaciones de carácter sexual: circuncisión, excisión, cliridectomía, infibulación. Para justificar estas prácticas, se invoca la moral y la fidelidad conyugal, pues estas intervenciones tienen como efecto reducir las manifestaciones de deseo sexual. Sin embargo, desde el punto de vista de la mujer, son extremadamente dolorosas, mutilantes a nivel fisiológico y peligrosas para la salud. En el momento del parto hay que hacer una incisión vulvar en las mujeres infibuladas, para permitir el paso del niño. Y la operación podrá repetirse luego de cada nacimiento.¹¹

Es difícil darse una idea de la incidencia de estas prácticas en el África contemporánea, debido al secreto que rodea todo lo relativo a la vida sexual, y al delicado carácter de los asuntos ligados a las relaciones entre las etnias. Se han señalado, sin embargo, uno o varios casos de mutilaciones de este tipo en diversos grupos étnicos: los kikuyo de Kenya, los yoruba e ibido de Nigeria, y muchos otros grupos no precisados de Camerún, Sierra Leona, Gambia, Etiopía, Sudán, Somalia y los países árabes de África.

Además de la circuncisión femenina, se podrían citar muchas otras prácticas en torno a la función reproductiva que ponen en peligro la salud física y mental de la mujer. En particular, la esterilidad y las enfermedades ginecológicas corrientes exponen a las mujeres a sufrimientos injustificables. Estos problemas, junto con otras dificultades sexuales, son considerados "indígenas" y que no justifican la medicina moderna y occidental. Es indispensable "desmistificar" los problemas de salud de la mujer, evitar que sean competencia de los curanderos y brujos "tradicionales" para que pasen al campo de la medicina científica moderna.

¹¹ Women's International Network (WIN), "Women and Health", vol. 32, 1977, pp. 29-41.

Un segundo grupo de problemas de salud está ligado a la ignorancia acerca de los métodos de planificación de la familia y a la ausencia de anticonceptivos. La opinión pública tiene tendencia a considerar como signo de costumbres disolutas el hecho de que una mujer soltera use anticonceptivos, y esto ya es en sí mismo un obstáculo fundamental para que sean aceptados. En Nigeria se calcula en menos de 2% la proporción de mujeres en edad de procrear que han recibido una educación en materia de planificación de la familia.

Las medidas anticonceptivas se imponen con tanta más urgencia cuando hay un número cada vez mayor de muchachas sin calificación profesional que van a la ciudad para buscar empleo o estudiar allí. Pueden quedar embarazadas o contagiarse una enfermedad venérea. En Kampala, por ejemplo, los profesores de las escuelas de enseñanza secundaria lamentan el hecho de que muchas de sus jóvenes alumnas vivan con su "protector". Asimismo, en Lagos, una encuesta sobre el desempleo mostró que la mayoría de los desempleados eran jóvenes solteras.¹²

En la mayor parte de los países de África, el control de la natalidad se limita en general a las mujeres casadas, siempre que el marido esté de acuerdo. Un embarazo antes del matrimonio puede significar la expulsión de la escuela o la pérdida del empleo, con lo cual se elimina toda esperanza de promoción profesional. Por eso las mujeres tratan de abortar, pero como el aborto es ilegal, éste entonces es muy caro y se practica en las condiciones más peligrosas. En un informe de la Asamblea Nacional de Ghana, la Secretaría de Estado para la Salud señaló que en el periodo 1967-1969 se habían practicado en los medios hospitalarios de Ghana un total de 18 955 abortos.

Otro aspecto de las prácticas que repercuten sobre la salud de las mujeres, y que no debe pasarse por alto, es la costumbre que le prohíbe a las mujeres el consumo de alimentos nutritivos como huevos, pollo o pescado. En las épocas de penuria son los hombres quienes deberían renunciar a la carne

¹² K. Awosika, "Nigerian Women in the Labour Force: Implications for National Planning", trabajo presentado en la Conferencia Nacional sobre las Mujeres Nigerianas y el Desarrollo, Universidad de Ibadan, abril de 1976.

para dejársela a las mujeres embarazadas o que están amamantando. En la actualidad, los alimentos más sustanciosos se reservan a los hombres, en detrimento de las mujeres y los niños.

c) Inferioridad jurídica

Las prácticas y disposiciones jurídicas que discriminan a las mujeres se observan sobre todo en el dominio del matrimonio y de la familia, así como en lo que se refiere al acceso al crédito y a las ventajas sociales a las que podrían aspirar las mujeres asalariadas.

Para la mujer, el matrimonio está sobre todo determinado por lo que prescriben los padres y por el "precio de la novia" que ellos hayan fijado. Cuando ese precio aumenta, la muchacha puede verse obligada, sin tomar en cuenta sus sentimientos, a hacer un pésimo matrimonio si el precio fijado es interesante.

Una vez casada, subsiste su inferioridad jurídica. Los matrimonios en general se arreglan según el sistema de "linaje", así que la mujer casada puede ver que se le niegue la custodia de sus hijos, el beneficio de una pensión alimentaria o la posibilidad de divorcio, de poseer bienes o de heredar.

La poligamia del hombre implica también toda una serie de discriminaciones a nivel jurídico. Esta práctica, aun cuando se encuentre culturalmente en retirada en los medios cristianos e instruidos, parece estar poniéndose oficiosamente de moda entre las élites. A nivel de los poderes públicos, la poligamia ha sido objeto de un debate particular y ha llamado la atención de los legisladores.

En Ghana, de acuerdo con un proyecto orientado a legalizar la poligamia, el hombre sólo estaría autorizado a declarar a una de sus mujeres, que sería la única oficialmente reconocida; la segunda esposa y las siguientes, a pesar de ser reconocidas por la primera como co-esposas, no tendrían derecho a heredar ni tampoco sus hijos. Semejante proyecto es el ejemplo mismo de una legislación que pretende perpetuar la dominación masculina. Así, todo matrimonio podría ser poligámico, sin que se prevea nada a favor de la mujer que desee

contraer un matrimonio monogámico legalmente limitante. En función de esto, las amantes del marido podrían irrumpir en cualquier momento en el domicilio conyugal y la esposa oficial se vería obligada a reconocerlas como co-esposas. Estas mujeres, por su parte, se encontrarían jurídicamente reducidas a la condición de concubinas, siempre que sus hijos fueran reconocidos como legítimos.

En Tanzania, la ley de 1971 sobre el matrimonio legalizó la poligamia, dándole sin embargo a la primera esposa el derecho de observar la selección de las siguientes. Antes de que el marido pueda tomar legalmente una segunda esposa, es necesario que la primera haya dado su consentimiento frente a la justicia. Por otra parte, la ley fija la edad mínima del matrimonio, prevé la entrega de una pensión alimentaria, compartir la custodia de los hijos entre los cónyuges en caso de divorcio y le da a la mujer una parte de la herencia de su marido. Ciertos observadores consideran que esta ley podría ir aún más lejos en la defensa de los derechos de la mujer, precisando el monto y la naturaleza de la pensión alimentaria y aboliendo la práctica del "precio de la novia".

El Código de 1964 de Costa de Marfil se considera el esfuerzo más enérgico que se haya hecho para garantizar los derechos civiles de la mujer. Ha abolido la poligamia y el precio de la novia y ha declarado ciertos bienes como propiedad común del marido y la mujer. Se han mantenido ciertas tradiciones africanas; todos los hijos, legítimos o no, son iguales frente a la ley; si el padre muere intestado, sus bienes se comparten por igual entre sus hijos, luego entre sus hermanos, hermanas y parientes y su mujer queda de última en la línea de sucesión. Tal como señala la tradición, el divorcio no se puede pronunciar más que con el comparecimiento de ambas partes ante una comisión conciliatoria.

Sucede con frecuencia que las mujeres ignoren las nuevas disposiciones legales que podrían favorecerlas, y que no hagan valer los derechos que les garantiza la ley. También sucede que no puedan hacerlo, por falta de dinero o de instrucción. De hecho, es el derecho consuetudinario el que prevalece en la mayoría de los países africanos. Este derecho, particularmente en materia de casamientos, sigue jugando un papel de-

cisivo en la manera como la gente se comporta ante diversas circunstancias.

Así, a pesar de la adopción de leyes relativamente liberales, como las de Tanzania o Costa de Marfil, la marginalidad en que se encuentran las mujeres, su falta de educación y de recursos y la preponderancia del derecho consuetudinario concurren para frenar el progreso de la mujer en la sociedad moderna.

Efectos de las dificultades que pesan sobre la participación de la mujer

Los casos de las mujeres hausa en Nigeria y las mujeres bagandas de Uganda

a) Las mujeres hausa

Los hausa constituyen una de las tres principales etnias de Nigeria (11.7 millones según el censo de 1973) y una de las más influyentes a nivel político y económico. Como cerca de 70% de los hausa es musulmán, el Islam es el factor social que ejerce la mayor influencia sobre su organización sociocultural.¹³

Los hausa observan escrupulosamente los preceptos coránicos, en particular aquellos que conciernen a las mujeres. Éstas deben llevar el velo y abstenerse de toda conversación en público con hombres que no sean parte de su familia. El *pardah* (la vida separada de la de los hombres) es una norma entre las mujeres ricas y como es asimismo un signo de prestigio, también lo observan aquellas que difícilmente pueden permitírselo. La distribución de las habitaciones está concebida a manera de facilitar esta práctica, pues cada casa está cerrada por un muro y construida alrededor de un patio descubierto que no tiene sino una salida. A la entrada se encuentra una pieza de recepción en la que los hombres reciben a los visitantes, fuera del espacio reservado a las mujeres.

¹³ E.R. Yeld, "Islam and Social Stratification in Northern Nigeria", *British Journal of Sociology* 11, 1960, pp. 112-128.

Las mujeres que observan el *pardah* sólo salen durante el día para visitar enfermos en el hospital o asistir a ceremonias. Al llegar la tarde pueden, con autorización de sus maridos, visitar a amigas y parientes, acompañadas por algún familiar del sexo masculino, por ejemplo, un muchacho joven. A nivel conyugal, el régimen del *pardah* exige que el hombre participe en los trabajos domésticos; o sea, que vaya por ejemplo a buscar el agua y la leña, o que haga las compras en el mercado, etc. Entonces, generalmente lo acompañan niños o criados. A menudo, sin embargo, el agua proviene de un pozo o, en las zonas urbanas, de una fuente. Los trabajos de la mujer se limitan, entonces, a preparar la comida y criar los hijos. En las aldeas, su participación en los trabajos agrícolas se limita a la cosecha. Otras tareas que están ligadas a la agricultura, tales como el descascarillado o pilar, son realizadas por las mujeres en el interior de su patio. Por lo tanto, la participación de las mujeres en la agricultura no es muy importante. Se calcula que, como promedio, hacen dos jornadas de trabajo agrícola por año, mientras que sus actividades no agrícolas (con exclusión de los trabajos de la casa) les ocupan como promedio 72 horas por año, con una jornada de trabajo de 2.2 horas.¹⁴ A manera de comparación, se ha calculado que los hombres participan con 271 días de trabajo por año, con 42% consagrado a actividades no agrícolas. Estas cifras muestran claramente el grado de sedentarismo de las mujeres hausa, no sólo en relación a los hombres sino a otras mujeres africanas de las sociedades que practican, esencialmente, la pequeña agricultura de subsistencia.

Si el *pardah* tiende a restringir la participación de las mujeres en la pequeña agricultura de subsistencia, eso no significa que estén excluidas de toda actividad lucrativa. Aquella que más se relaciona con ellas es la de preparar alimentos y dulces que los niños venden de casa en casa, o en el mercado. Como la alimentación de los hausa es muy variada, y ellos desconocen lo que se llamaría una mesa familiar, las esposas se entienden generalmente entre sí para la venta y compra de lo que

¹⁴ D.W. Norman *et al.*, "A Socio-economic Survey of 3 Villages in the Sokoto Close-settled Zone", *Samaru Miscellaneous Paper* 64, 1976.

necesitan para el desayuno o la comida del mediodía. Moler el grano, planchar telas o bordar sombreros de hombres son otras de las fuentes de ingreso. Aun cuando el trabajo de las mujeres sea poco visible por el *purdah*, no por ello carece de beneficios. Se citan casos en los cuales reportaría incluso más que lo que el hombre gana en los trabajos en el campo.

La compra y venta de los artículos confeccionados por las mujeres se confían a intermediarios, generalmente a los niños o al marido mismo. Si bien no tienen ningún control sobre la venta de sus productos (en razón del *purdah*) las mujeres gozan, en general, de una gran libertad para disponer de sus ingresos, los cuales habitualmente se suman a los de otros miembros del hogar para el pago de los gastos de alimentación, ropa y la educación de los niños.

Las mujeres también usan este dinero para comprar tazones y palanganas esmaltados de colores brillantes que antes provenían de Checoslovaquia, pero que desde hace poco tiempo se fabrican en Nigeria. Estos objetos sirven para diversos usos, por ejemplo, para las comidas o la conservación de los alimentos. Sin embargo, también tienen un valor simbólico, en tanto que son signos exteriores de riqueza (que suscitan competencia entre las mujeres hausa). Los tazones constituyen un elemento importante de la dote de las muchachas, y las madres empiezan a hacer una colección de éstos, incluso antes de que la niña nazca.

Si uno observa este universo femenino, verá cuánto de él está impregnado de los valores simbólicos del *purdah*, algunos de los cuales son positivos y otros negativos. A nivel afectivo, la condición de la mujer, aislada tras el *purdah*, parece penosa cuando se la compara con los años de despreocupación y libertad de su vida preconjugal, y cuando uno se imagina la edad precoz a la que se la casa. A nivel social le ofrece al mismo tiempo mucho ocio, frenando en parte el desarrollo de sus relaciones amistosas. A nivel económico, finalmente, el *purdah* la libera de buena parte de los trabajos domésticos fastidiosos y agotadores, y le deja tiempo para dedicarse a actividades lucrativas.

La primera esposa, en un hogar monogámico, puede conocer algún tiempo después de la boda un periodo feliz, que

no se verá perturbado por ninguna intrusa. Pero este periodo bendito se verá quizás ensombrecido por un sentimiento de soledad o de reclusión, en un medio que le es extraño. Por eso resulta frecuente ver que la joven esposa lleve consigo a una pariente más joven, para que le haga compañía. La mujer que se casa con un hombre polígamo enfrentará otros problemas. Pero si no es el objeto único de los favores de su marido, al menos podrá encontrar compensaciones en la compañía de la otra esposa y de sus hijos.

La palabra hausa utilizada para designar a la co-esposa es *kishiya* —palabra que, de hecho, significa “la celosa”. A pesar de esta connotación, se establece cierto *modus vivendi* bajo la forma de una estricta etiqueta que norma los papeles y privilegios de cada una de las mujeres, y que impide así conflictos abiertos y habituales entre las esposas. La esposa más antigua, *uwargida* (la madre del hogar) está investida de una autoridad indiscutida sobre las otras esposas: es ella la que reparte las tareas y es árbitro en las disputas. Por turno, las esposas se ocupan de la cocina y comparten el lecho del marido, siendo las dos funciones coexistentes en el tiempo. Cada mujer dispone de su propio cuarto, que puede decorar como quiera y donde puede recibir a parientes y amigas. Por otra parte, se supone que las co-esposas deberán manifestar más afecto por los hijos de las otras que por los suyos. Las mujeres comen en la misma mesa y cada una cuida los niños de la otra, cuando a ésta le toca compartir la cama del marido. Hay que darse cuenta, pues, que el grado de buena relación está en función de la edad respectiva de las esposas y de su fertilidad. Si la diferencia de edad es grande, tienen tendencia a adoptar unas frente a otras relaciones de parentesco, de madre a hija, o de hermana mayor a hermana menor.¹⁵

Un aspecto importante de los nexos sociales de la mujer africana fuera del hogar es el que crean los lazos de amistad. El primer tipo de asociación de esta naturaleza *Kawaye*, une a dos mujeres por relaciones de protección y ayuda mutuas, tales como el intercambio de alimentos, de ropa y joyas, o bien cada una juega el papel de confidente en relación a la otra. Ca-

¹⁵ M. Smith, *Baba of Karo: A Women of the Muslim Hausa*, Faber, 1954.

da mujer establece así nexos de amistad con muchas otras mujeres, pues esos nexos juegan también un papel importante en las diversas ceremonias que constituyen un aspecto esencial de su vida social.

Así, cuando se le da nombre a un niño o cuando se efectúa una boda o un *sallab* (fiesta religiosa musulmana) son las mujeres las que ofrecen lo esencial de la comida, además de todos los gastos que efectúan para su vestimenta y sus ornamentos. Las contribuciones de las amigas son tanto más importantes cuanto que la costumbre establece que las que han sido beneficiarias de ellas, las duplican cuando tenga lugar la próxima celebración en la familia de la donante.

No hay que subestimar las ventajas psicológicas que sacan las mujeres de las fiestas y las ceremonias, pues evidentemente son las únicas ocasiones en las que ellas pueden tener encuentros sociales y esparcimiento. Mientras que en semejantes circunstancias los hombres no hacen más que apariciones breves y protocolares, dedicadas principalmente a la celebración de los ritos religiosos y a la participación en las comidas, para las mujeres son días enteros que dedican a la danza, a escuchar a cantantes cantarles alabanzas, a comentar sobre el arreglo de cada una, sin olvidar el placer de fumar cigarrillos intercambiando con sus primas observaciones atrevidas y versos realistas, con numerosas alusiones sexuales.¹⁶

El segundo tipo de asociación amistosa entre las mujeres tiene rasgos de las relaciones entre madre e hija, o de hermana mayor a hermana menor, donde la mujer más joven ayuda en los trabajos de la casa o a la preparación de las ceremonias, mientras que la mayor le ofrece regalos y consejos prácticos: al permitirle a esta última que intervenga así en la vida de estas muchachas o jóvenes hermanas de adopción, semejantes relaciones suplen la ausencia de sus propias hijas adolescentes.

En lo que respecta al papel de los niños en la existencia de la mujer africana, primero hay que tomar conciencia de la importancia que revisten un embarazo y el nacimiento de un niño. Estos acontecimientos están acompañados de todo un

¹⁶ J.H. Barkow, "Hausa Women and Islam", *Canadian Journal of African Studies* 6, 1972, pp. 317-328.

conjunto de sentimientos y conductas que se designan con el término de *kunya* y que consisten en una mezcla de pudor, timidez y vergüenza. Este tipo de relación, que durará toda la vida entre los parientes y el primogénito, se manifestará también, aunque en menor grado, entre los parientes y los niños que nacerán después. Cuando una mujer hausa está embarazada por primera vez no pone de relieve su embarazo, y no plantea ninguna pregunta acerca del parto. Después del nacimiento, frecuentemente espera que la inviten para alimentar a su hijo, no llama jamás al niño por su nombre y, luego del destete, sólo interviene muy raramente en su educación. A menudo, el primogénito es dado en amamantamiento (*riko*) y es criado por otra mujer.¹⁷

De esa manera, los temores que acompañan en forma natural la perspectiva de dar a luz un hijo, sobre todo entre muchachas de trece a diecinueve años, se ven agravados por la obligación antinatural de ocultar su embarazo, de sentir vergüenza de él y de soportar en silencio los dolores del parto. Tales prácticas, conjugadas con una edad muy temprana al parir el primer hijo, contribuyen a crear un problema ginecológico entre las mujeres hausa.

El divorcio es una práctica normal y bien aceptada de la vida conyugal hausa. La precocidad del primer matrimonio, la sumisión de las muchachas a las decisiones de sus parientes, la legitimación del divorcio —accesible y poco costoso— por parte del Islam son algunos de los factores que contribuyen a legitimar su uso. Es interesante señalar que, aun cuando sea el hombre el que pueda repudiar más fácilmente a su mujer, porque basta con sólo pronunciar tres veces la fórmula de repudiación (*talaq*), de hecho son las mujeres las que, en la gran mayoría de los casos, piden el divorcio.

Hay que subrayar que no existe nada extraño o infamante en la condición de divorciada o viuda. Luego de la disolución del matrimonio por fallecimiento, divorcio o abandono del hogar, se supone que la mujer debe pasar tres meses de reclusión y abstinencia sexual (*idah*) para permitir que se le pueda

¹⁷ L. Trevitt, "Attitudes and Customs in Childbirth Among Hausa Women in Zaria City", *Savanna* 2, 1973.

atribuir al antiguo marido la paternidad de un niño que fuera a nacer. Por otra parte, que no se produzca un nuevo matrimonio luego de ese periodo es considerado como un signo de aberración. Existe incluso un tipo de presión institucionalizada que se ejerce sobre las viudas, para que éstas se vuelvan a casar: es el *kiran gwauro* (gritos o insultos dirigidos a las viudas), que coincide con el periodo del Ramadán. Esta práctica, así como la creencia según la cual el paraíso le espera a los que están unidos por los nexos del matrimonio, explica las tasas elevadas de nuevos matrimonios, en general, y el aumento que precede a la época del Ramadán, en particular. El estado de divorciada y el de viuda se consideran entonces como etapas transitorias en la vida de una mujer (*bazarwara*), que se encuentran entre dos matrimonios. La condición de mujer no casada sólo se acepta después de la menopausia.

Además, toda mujer en edad de procrear que no esté casada y que viva con alguien que no sea de su familia es considerada como una prostituta (*karuwa*).

La prostituta hausa, considerada como una cortesana, se distingue de las prostitutas ordinarias a la vez por su comportamiento y por sus relaciones con los clientes. Ella se comporta hacia éstos como una amante, multiplicando los signos de amistad y los intercambios de regalos, aun cuando no haya relaciones sexuales. Ella no acepta dinero según una tarifa fija, y es muy raro que tenga relaciones sexuales con un cliente en su primer encuentro. Este tipo de relaciones se halla bajo el signo "de la galantería, del juego, de la broma, del flirt, y del continuo intercambio de regalos".¹⁸

La condición de cortesana está muy extendida en las ciudades y los campos, así como en la diáspora hausa. En su estudio sobre los hausa de Ibadan, Cohen ha contado 250 cortesanas por 950 madres de familia.¹⁹ En Sokoto, hay cincuenta casas con diez cortesanas como promedio cada una.²⁰ Aún

¹⁸ J.H. Barkow, "The Institution of Courtesanship in the Northern States of Nigeria", *Geneva-Africa* 10, 1971, pp. 58-73.

¹⁹ A. Cohen, *Custom and Politics in Urban Africa: A Study on Hausa Migrants in Yoruba Towns*, Berkeley, University of California Press, 1969.

²⁰ A.M. Sokoto, "Prostitution as a Social Problem in the Northwestern State Sabon Gari", estudio de caso en Sokoto, Departamento de Sociología, Zaria, 1975.

más, este tipo de prostitución está perfectamente oficializado y reconocido, puesto que las prostitutas pueden tener su territorio reservado (*gidan mata*) y su matrona (*magajiya*) la cual está a cargo de representarlas ante las autoridades locales.

Todas las cortesanas han estado casadas y muchas practican el oficio tres o cuatro veces, en los intervalos entre sus matrimonios sucesivos. La facilidad con la cual ellas se vuelven a casar revela el poco o ningún prejuicio en torno a este comercio. Al acompañar al camionero o al comerciante en sus desplazamientos, tienen la posibilidad de establecer contactos sociales e iniciarse en costumbres y usos totalmente desconocidos para las madres de familia reclusas. Por último y sobre todo, ellas conocen momentos de intimidad amorosa y sentimental que no son posibles, e incluso no están permitidos, en las relaciones normales entre los esposos. No tiene nada de asombroso, entonces, que sean objeto "de la codicia y admiración de los hombres. . . que ven en ellas a la esposa ideal, devota y sincera".²¹

En conclusión, parece inevitable que la dinámica de la pareja hausa se vea obligada a modificarse poco a poco. Aun si esta evolución no está motivada directamente por el deseo de ver que se instaure la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, esta última podría resultar muy favorecida por el "efecto de demostración" de la rivalidad entre los grupos.

Como ya hemos visto, son las mujeres de otra etnia las que monopolizan prácticamente todos los empleos femeninos tanto en el sector moderno como en el tradicional en todo el territorio de los hausa. Se perciben, sin embargo, ciertos signos de cambio: las mujeres hausa acceden progresivamente a la educación escolar, se oponen a la enclaustración del *pardah*, se rebelan contra los matrimonios tempranos y buscan empleos remunerados. A medida que estas tendencias se afirman, cada vez se verá a más mujeres hausa ocupando nuevos empleos.

A nivel político, esta tendencia encuentra eco en el discurso que pronunció el gobernador del estado de Kaduna, Alhaji Abdulkadir Balarabe Musa, cuando asumió sus funciones en 1979. En relación al tema de la dignidad de la mujer, se

²¹ Véase la nota 19.

expresó en los siguientes términos: “Nuestro gobierno tiene la intención de hacer todo lo que esté a su alcance para afirmar la dignidad de la mujer y liberarla de la esclavitud de las costumbres y tradiciones retrógradas y de las formas modernas de explotación. Sabemos que las mujeres constituyen el grupo homogéneo más importante del país y esta importancia se reflejará en toda nuestra política y en todas nuestras decisiones”.

b) Las mujeres baganda

La etnia baganda, con cerca de tres millones y medio de personas, es la más importante de la treintena de etnias con las que cuenta Uganda. Es también el grupo dominante a nivel político, económico y social. Es sobre su territorio donde se encuentran la mayoría de las instalaciones modernas en los sectores de la enseñanza, el comercio, la industria, la salud y la religión. Cerca de 70% de los baganda es cristiano. El cristianismo y la modernización son dos influencias que impregnan la sociedad baganda. Desde el año de 1971, los baganda han tomado las zonas urbanas y los sectores comerciales, hasta entonces dominados por los asiáticos y los europeos.

Las mujeres baganda son más numerosas que las otras en el sector moderno de la educación y de la formación. Aquí presentaremos el caso de las campesinas baganda, como el ejemplo de un grupo cuyos valores socioculturales se prestan bastante bien a una integración de las mujeres en el esfuerzo del desarrollo. Aporta una confirmación de la hipótesis según la cual una política de desarrollo rural inteligente y la creación de empleos remunerados para las mujeres baganda son dos medios de asociarlas con ese esfuerzo. Entre las mujeres baganda, tales medidas encontrarían poca resistencia a nivel cultural.

En este grupo, los matrimonios tienen generalmente lugar en la iglesia, y la costumbre del precio de la novia, allí donde todavía se observa, se reduce a un gesto simbólico. La poliginia existe bajo la forma de esposas “de afuera” y de habitaciones separadas. Las mujeres pueden recurrir al divorcio, pero en las aldeas la costumbre de volverse a casar es bastante rara. Las

viudas no se casan de nuevo y siguen viviendo en la casa del marido muerto, cuando tienen hijos de éste. Las mujeres pueden comprar y poseer tierra y heredar, y no es extraño encontrar hogares dirigidos por una mujer que jamás ha estado casada (*Nakyeiyombekedde*) o que ya no lo está, con o sin hijos. En esta sociedad, la “matrifocalidad” rara vez se debe a la migración de los hombres en búsqueda de empleo. En efecto, las aldeas y los lugares de empleo están repartidos en forma regular en el interior de la región, y la mayoría de los hombres se dirige cada mañana a su trabajo y regresa a su casa a la noche. La independencia también tiene su atractivo para las mujeres, pues ésta les permite practicar cultivos en sus tierras, asegurando así su subsistencia económica.

Las mujeres casadas cultivan los productos que necesitan para alimentar a la familia, en la parcela de tierra que sus maridos les dan en el momento del matrimonio. El principal producto alimenticio es el plátano verde, que se cultiva en un terreno de media hectárea o más. Este cultivo no necesita de un trabajo muy pesado, pues una vez plantado el plátano, sigue dando todos los años y no exige más que un cuidado en cada estación. Los trabajos más importantes los realizan obreros que vienen de la región occidental o del país vecino, Ruanda. Son obreros (*abapakasi*) que aran, deshieren, entierran las hierbas en la estación de las lluvias, recogen el café y a veces incluso van a buscar el agua al pozo. Éstos se construyen una choza en la explotación y reciben además una garantía mensual, los productos alimenticios que los baganda no desean (mandioca y papas dulces, por ejemplo). Hay que señalar, por otra parte, que la alimentación de los baganda no exige un proceso muy prolongado de elaboración, como los platos típicos de la cocina africana que exigen horas de pilar el grano o arrancar las raíces.

Las mujeres baganda trabajan sobre todo durante la mañana, y se reservan las tardes para visitar amigas de las aldeas vecinas o dedicarse a ocupaciones artesanales como tejer o trenzar esteras. Como las casas y las aldeas están muy dispersas, la población es muy móvil y la gente se desplaza para ir a ver parientes y amigos y participar en las fiestas y ceremonias. Las mujeres tienen la libertad de ir a reuniones donde se bebe cer-

veza, ir a funerales o bodas con el consentimiento de su marido, pero no siempre en su compañía. Ellas participan libremente en las danzas y en las discusiones. Pero, poniendo de lado estas actividades, todas las demás ocupaciones organizadas las centra la iglesia. De esa manera, las actividades puramente cívicas o sociales y los proyectos de desarrollo son inexistentes. También son muy raros en las aldeas los clubes de mujeres.

Hasta una fecha muy reciente, las mujeres baganda tenían muy pocas oportunidades de dedicarse a actividades lucrativas. Los cultivos de rendimiento como los del café o el algodón seguían siendo un asunto de los hombres. El poco dinero que ganaban se dedicaba a los gastos indispensables: impuestos, gastos de escolaridad, compra de productos y artículos necesarios como el pescado, la carne, la ropa. Sus derechos sobre los cultivos del plátano les permitían fabricar cerveza y alcohol de plátano, el *warangi*, que bebían en las reuniones que organizaban para vender los productos de sus cosechas. Si quedaban algunos excedentes de ciertos productos —maíz, chícharos, cacahuates, plátanos, papas o frutas—, la costumbre era la de hacerse regalos entre las vecinas y amigas. Para una mujer baganda, ir a vender sus productos al mercado o trabajar en la ciudad como vendedora o empleada de un bar hubiera significado una pérdida de rango a los ojos de la sociedad, que consideraba tales ocupaciones como dignas de las prostitutas o de las mujeres de los grupos étnicos despreciados (los *bannamarwanga*). Los únicos empleos a los que podían aspirar las mujeres baganda, y que les parecían dignos de ellas, eran aquellos oficios que exigían una calificación profesional: secretariado, enseñanza, enfermería, medicina, etcétera.

Esta mentalidad cambió por completo después de los años setenta, sobre todo debido a la inflación y a que se expulsó de Uganda a la clase comerciante asiática. Las campesinas baganda se esfuerzan hoy en día por conservar todos los productos que habitualmente intercambiaban como regalos, para vendérselos a las nuevas poblaciones africanas de las aldeas. En cuanto a las actividades comerciales no calificadas, que eran tan despreciadas antes, tienen hoy una gran demanda. De hecho, las mujeres baganda aceptan cualquier trabajo que pueda reportarles dinero. Este debilitamiento de los valores y aspi-

raciones tradicionales, y la elevación del costo de la vida, han provocado una considerable demanda de empleo en las aldeas. La existencia relativamente sedentaria de las mujeres baganda y su libertad de relación y de asociación con el otro sexo debieron favorecer su participación en todas las actividades económicas y en todos los proyectos de desarrollo que se podrían organizar a nivel de la aldea.

Conclusiones

Existen muchas formas, por lo demás frecuentemente contradictorias, de concebir las estrategias y los objetivos de la participación de las mujeres en el desarrollo económico de un país. Para unos, cada proyecto de desarrollo debería implicar un componente específicamente femenino, mientras que para otros basta con saber que tal o cual proyecto podría ser beneficioso o perjudicial para las mujeres. Otros, además, consideran que un cambio del papel de las mujeres no haría más que acrecentar la carga que pesa sobre ellas, cuyas tareas en el hogar y en la producción de la subsistencia les hacen ya la vida muy complicada.²²

A lo largo de las páginas anteriores hemos subrayado la necesidad de reformar la condición jurídica de las mujeres, de modificar las actitudes y las prácticas tradicionales, de remediar las desigualdades en materia de educación y empleo, y hemos señalado cuáles son las mejoras que consideramos deseables. En la actualidad, la acción de las mujeres se orienta a acceder a los empleos remunerados y al desarrollo comunitario. Fuera de estos acercamientos particulares, se puede considerar que el desarrollo rural es el medio más legítimo de asociar a las mujeres, a la vez como beneficiarias y como participantes, en el esfuerzo del desarrollo nacional. Pues, si bien la situación socioeconómica de las clases rurales —que forman entre 60 y 80 por ciento de la población africana— es deplorable, son las mujeres las que, tal como ya lo vimos, constituyen las víctimas principales del subdesarrollo del campo.

²² Educación no formal (ENF), "Women in Development", publicación núm. 13-1978/3; "Training and Development", publicación núm. 14, 1978/3.

Ahora bien, la acción de los gobiernos hasta ahora le ha concedido todos los privilegios a las ciudades en detrimento de las condiciones de las áreas rurales, ya sea en materia de servicios sociales, en equipamiento de base o en programas novedosos. El esfuerzo realizado a favor de las zonas rurales simplemente se enfoca, lo más a menudo, en aumentar la producción agrícola propiamente dicha, por medio de grandes trabajos de irrigación, por ejemplo, o de importantes incentivos financieros (sistemas de crédito, exoneraciones fiscales, suministro de forraje subvencionado o arriendo de material agrícola). Lamentablemente, estos incentivos no son aprovechados por la gran mayoría de los pequeños explotadores agrícolas. Son los más ricos, que viven en la ciudad o se ocupan de empleos en el sector público y privado, los que se benefician de ellos, a título de ser dueños de tierras a las que jamás van.²³

Nunca faltan aquellos que critican esos ambiciosos proyectos de irrigación u otros proyectos de desarrollo rural del mismo tipo, considerando que carece de sentido consagrar una parte tan considerable del presupuesto destinado a la agricultura para una fracción tan pequeña de las tierras cultivables, y para el beneficio exclusivo de una minoría de los cultivadores.²⁴

Será sólo la industrialización rural la que permitirá mejorar el destino común de las comunidades rurales y la que provocará un alza general de sus ingresos.²⁵ Esto supone una transferencia de los recursos a muchos niveles: una reforma agraria, que le daría tierras a aquellos que no las poseen; la utilización de las riquezas naturales de subsuelo (petróleo y minerales) de las zonas rurales; limitación del monopolio de las sociedades transnacionales; la aplicación de una política que le dé prioridad a las dotaciones colectivas y sociales de las zonas rurales, y que esté dispuesta a renunciar a ciertos lujos como

²³ C.K. Brown, "Urban Bias and Rural Development: The Case of Ghana", trabajo presentado en el Social Science Staff Seminar, Universidad Ahmadu Bello, febrero de 1978.

²⁴ T. Wallace, "Rural Development through Irrigation: Studies in a Town on the Kano River Project", trabajo presentado en el Social Science Staff Seminar, Universidad Ahmadu Bello, Zaria, noviembre de 1978.

²⁵ J. Nyerere, "On Rural Development", discurso pronunciado en la Conferencia Mundial de Alimentación, 13 de julio de 1979, Roma.

la organización de ciertas carreras de enseñanza superior de índole literaria o de enseñanza profesional posuniversitaria.²⁶

En lo que se refiere más particularmente a la participación de las mujeres en la economía de la aldea, se le debería conceder prioridad a las tecnologías aldeanas apropiadas, que sirvan para liberar a las mujeres de los servicios domésticos a fin de permitirles dedicarse a las actividades remuneradas. La Comisión Económica para el África ha elaborado una lista de estas mejoras técnicas: aprovisionamiento de agua, reforestación de los entornos de las aldeas con especies de crecimiento rápido para tener provisiones de leña; introducción de medios ligeros de transporte del agua, de la leña, de los productos de la parcela y de otras cargas; adopción de herramientas agrícolas eficaces; introducción de métodos de cocción mejorados pero económicos; instalación de molinos de granos, de secadores al aire libre, de plantadores y aventadores, así como de tambores rotativos para ahumar la carne y el pescado.

Traducción del francés

MARIELA ÁLVAREZ

²⁶ Véase la nota 24.

TRADUCCIONES

TRADUCCIÓN

DOS CUENTOS SWAHILI PARA NIÑOS

Traducción del swahili:
JOSÉ ARTURO SAAVEDRA CASCO

COMO BIEN SEÑALA JAN KNAPPERT, destacado estudioso de la literatura swahili, el destino es el tema principal de las historias acuñadas en esta sociedad de las costas de África oriental. Esta característica es evidente, tanto en los textos clásicos asociados a temas religiosos islámicos, como en la narrativa que aborda temas épicos, cotidianos y fantásticos.

Los primeros, conservados en escritura árabe, mantuvieron una gran elegancia debido a su composición poética. En ellos el destino es la muestra más tangible de la voluntad de Dios, además de que invitan a la reflexión y al recogimiento; por otro lado, la narrativa swahili es hija directa de la tradición oral, común a todos los pueblos africanos. En ella la imaginación profana da rienda suelta a mil situaciones en las que seres humanos, animales y seres fantásticos participan indistintamente en la construcción de la historia, a pesar de que el destino de un modo u otro es el que dirige los pasos de todos ellos. La narrativa en lengua swahili con escritura latina se inició en las dos últimas décadas del siglo XIX, a partir de las recopilaciones hechas por misioneros alemanes e ingleses; posteriormente las primeras generaciones de africanos parlantes de swahili, educados en la tradición occidental, continuaron con la tarea de preservar cientos de cuentos cortos y leyendas cuyos orígenes se remontaban a historias transmitidas oralmente desde tiempos antiguos. Durante el periodo colonial británico, tanto en Kenia como en Tangaña, territorio continental de la actual Tanzania, surgieron grandes escritores que se nutrieron de aquellas historias contadas desde antaño en

tertulias y en reuniones familiares, en las plazas y en los grandes festejos públicos. Numerosos autores escribieron hermosos cuentos en donde palacios encantados, espíritus y genios sobrevivieron a la nueva sociedad colonial, con lo que se mantuvo la herencia literaria árabe, persa e hindí que amalgama en gran medida la cosmovisión swahili. Los cuentos cortos para niños también se basan en las tradiciones orales y gozan de la influencia multicultural que caracteriza a la cultura swahili, africana y a la vez oriental.

David E. Diva, autor de los cuentos que aquí se presentan, es uno de tantos escritores que, en la década de los cincuenta, se dedicaron a la escritura de cuentos, basados en la narrativa oral, que serían utilizados en las escuelas de educación elemental. Al adaptar, en una primera etapa, cuentos occidentales a contextos africanos, Diva se dedicó de manera preferente a rescatar historias relacionadas con la mentalidad swahili: Dios, el destino inevitable, el premio y el castigo como resultado de las acciones de los protagonistas. En mi opinión, en estos cuentos se integran el sabor y el ambiente de la sociedad swahili, que es islámica y africana al mismo tiempo. En el primer cuento, *El hijo del sultán, los ratones y el anillo*, la aparente torpeza inicial del protagonista está relacionada con un destino venturoso en el que la amistad y la lealtad son valores que vencen los obstáculos que se interponen a un final dichoso. A pesar de que en algunos rasgos contenidos en el cuento la cultura occidental se asoma de improviso —el autor menciona los chelines, moneda colonial inglesa en África oriental— la atmósfera oriental es dominante sobre todo en el elemento fantástico de la narración. A su vez, la descripción de escenarios —como la ubicación del reino surgido de la maleza— evocan la geografía africana y las ciudades swahili como Gede y Takwa. En la segunda historia, *Ratón con ratón*, la naturaleza original de la hija del ermitaño terminará por imponerse mediante las crecientes exigencias de la chica acerca de sus pretendientes. Así se cierra un círculo iniciado con un hechizo, el cual desvía por un tiempo pero no cambia el destino final de los protagonistas. La sencillez de los argumentos de la muchacha va conduciéndola a su verdadera esencia. A pesar de sus atribuciones, los elementos de la naturaleza no

pueden evitar que al igual que los hombres nadie pueda cambiar los acontecimientos predeterminados por el creador del Universo. El lenguaje de los cuentos, claro y directo, es un vehículo para que el público infantil, que es el destinatario original de los mismos, reciba las enseñanzas propias de una cultura en la que el principio islámico de la omnipresencia de Dios sigue presente a pesar de la aparente ingenuidad que reviste. Por añadidura, también se retratan las costumbres relacionadas con el matrimonio y los conocimientos que una chica en época de contraer nupcias debe tener. Como toda producción literaria, estos cuentos reflejan el mundo del que provienen y son, por lo tanto, documentos que rebasan la esfera del entretenimiento pues nos aproximan a sociedades y realidades a las que de otro modo sería difícil que pudiéramos acercarnos.

El hijo del sultán, los ratones y el anillo

Hace mucho tiempo vivió el hijo de un sultán. Al morir su padre, su madre quedó en la miseria. El tío del muchacho era muy cruel y no lo ayudaba en absoluto. Un buen día su madre le dio dinero y le dijo: —Hijo mío, no tienes más alternativa que utilizar juiciosamente el dinero para que consigas alimentos. Así pues, el hijo del sultán tomó el dinero. Poco después encontró a un hombre que traía consigo un costal en el que se encontraban unos gatitos. Al chico le encantaron los gatitos y le dijo al hombre: —Por favor señor, véndame uno de esos hermosos gatitos. El hombre respondió: —Me temo que su precio es demasiado alto. El muchacho inquirió: —¿Como cuánto cuesta uno? El señor a su vez preguntó: —¿Cuánto dinero tienes? El hijo del sultán le mostró cien chelines. Entonces el hombre exclamó: —¡No importa!, dame esos cien chelines. El chico le dio el dinero y se llevó uno de los gatitos.

Cuando el joven regresó, su madre le dijo: —¡Madre mía! ¡No existe en todo el mundo un muchacho tan tonto como tú! ¡Mira nada más! Con todo el dinero que te di lo único que se te ocurre hacer es comprar un gato que no sirve para nada. Dicho lo cual la madre lo abandonó y se fue a vivir, por un

tiempo, con sus padres. El hijo del sultán quedó en una situación deplorable, y todos los días andaba de aquí para allá pidiendo comida a la gente que al compadecerse de su suerte finalmente les daba alimento tanto al muchacho como al gatito.

Más tarde, ya que la madre había regresado a casa, volvió a dar a su hijo otros cien chelines, al tiempo que le decía: —En esta ocasión, no seas tan tonto y no cometas el error de la primera vez. Utiliza este dinero sabiamente. ¡No eres un estúpido!

El chico dio un paseo por la calle y de repente vio a un encantador de serpientes, quien tenía dos sacos en los que había serpientes. Una de ellas era nada menos que hija de Adishesha, el rey de las serpientes.

El hijo del sultán preguntó al encantador de serpientes: —¿Qué hay dentro de tus sacos, a lo que el hombre respondió: —Tengo hermosas serpientes. Sin pensarlo más el chico le dijo: —Por favor, véndeme una de esas serpientes por el precio de cien chelines. El hombre se alegró mucho al escuchar que ganaría tal cantidad por una sola serpiente, por lo que habiendo recibido el dinero el encantador le dio precisamente a la hija del rey de las serpientes. El chamaco regresó con su madre y le explicó de qué manera había utilizado el dinero otorgado por segunda ocasión, siendo ahora la adquisición una serpiente. Enfurecida, la madre se marchó de nueva cuenta a casa de sus padres, y lo abandonó por muchos años.

El hijo del sultán deambuló de nueva cuenta pidiendo comida a la gente. Además del gatito, ahora la serpiente también lo acompañaba. Cuando por fin se reencontró con su madre, ella le dijo: —¡No quiero ver más a esa serpiente! El chico no quería contrariar la orden de su madre así que llevó la serpiente a la maleza más cercana, donde le dijo: —Querida amiga mía: tú y yo hemos sido amigos y nos hemos estimado durante doce años. Pero mi madre dice que no hay más alternativa que separarnos. Así que ¡Adiós amiga! El hijo del sultán inició su marcha después de decir estas palabras. Pero la serpiente, que lo estaba observando, de pronto lanzó un grito con voz humana: —¡Hey, hijo del sultán! Tú que me has favorecido tanto, ¡no me abandones aún!, ¡quédate un poco más conmigo! Regresaré en poco tiempo con Adishesha, mi padre, y le

contaré todo el bien que me hiciste. Sin duda se alegrará al escuchar todo lo que le diré sobre ti, y con seguridad él querrá que vayas con él. Si llegas allí te organizará una gran recepción. También te dirá que le pidas un regalo. Si te dice que elijas lo que quieras pídele el anillo que trae consigo. Este anillo tiene el poder de hacer mil cosas maravillosas. Si lo obtienes, tráelo siempre contigo, y te dará cualquier cosa que tú quieras.

Entonces, la serpiente marchó rumbo a la casa de su padre y le pidió al hijo del sultán que la acompañase. El hijo del sultán llegó con la serpiente al hogar de ésta y allí se encontró con Adishesha, quien se alegró mucho cuando vio al muchacho, y le dijo: —Joven, quiero darte un presente, ¿qué cosa te gustaría?— Entonces el muchacho, siguiendo el consejo que la serpiente le había dado, le pidió el anillo, mismo que le fue dado sin más. Sin embargo, Adishesha le dijo: —Muchacho, este anillo es muy costoso y su valor es incalculable. Por esto, sin excepción debes cuidarlo mucho y no permitas que otra persona lo tome. Si lo pierdes, perderás también todo lo que te haya concedido anteriormente.

En su camino de regreso, el hijo del sultán llegó a una extensa jungla. Allí se encomendó a Dios y solicitó lo siguiente: “Deseo que esta maleza desaparezca y con ella todo lo que hay en su interior. Pido además que aquellos que alguna vez me socorrieron en mis épocas de pobreza sean desde ahora mis súbditos. Que justo en este lugar se construyan hermosas casas y que en ellas vivan mis súbditos en medio de una enorme dicha. Que caudalosos ríos corran cerca de aquí con el mismo ímpetu durante todo el año. Deseo también que mi madre y mi gato vengan a vivir conmigo, y que se construya un enorme palacio para que desde allí yo gobierne como sultán y que desde este momento este reino sea guiado por Dios, el más grande y misericordioso.

Súbitamente sucedió algo maravilloso, cuando terminó de decir todo esto la jungla desapareció, todos sus amigos y vecinos, junto con la madre y el gato, llegaron allí. También apareció un enorme palacio con ánforas llenas de agua de río. A partir de ese momento, el hijo del sultán gobernó el lugar. Y así vivió dichoso por muchos años.

Finalmente, un buen día el hijo del sultán quiso casarse con una hermosa princesa, hija de un gobernante que según se sabía habitaba en una ciudad llamada Swapuri, ubicada no muy lejos del lugar donde vivía el hijo del sultán. Así pues, envió mensajeros a aquel gobernante, y tiempo después se iniciaron los preparativos de la boda, misma que tuvo lugar y todo salió de maravilla.

Era costumbre de la princesa bañarse en el río todos los días. En una ocasión, después del baño acostumbrado, algunos cabellos suyos quedaron sueltos, formando un montón que quedó en el suelo; entonces pasaba por allí el sultán de Kocheni un lejano país, quien vio ese montón de cabellos, lo recogió y después de mirarlo detenidamente, exclamó: —Este cabello es muy hermoso. Sin duda alguna su dueña debe ser una mujer muy bella. ¡Deseo que sea mi mujer! A cualquiera que la traiga a mi lado, le daré muchas riquezas y vivirá prósperamente hasta el final de sus días. Una anciana que pasaba por ahí lo escuchó y quiso ayudarlo y así beneficiarse de la recompensa prometida. Se quedó allí e hizo una fogata, junto a la que comenzó a llorar amargamente como si tuviera una enorme pena. La princesa fue a bañarse al río según su costumbre, y al escuchar el llanto de la anciana sintió mucha pena por ella; la anciana le contó una triste historia: —Mi hija murió de repente y ahora estoy sola; no hay nadie que me cuide y por esto estoy tan triste. La princesa se apiadó de ella y con el consentimiento de su marido la llevó a vivir con ellos. La anciana se ganó el afecto de la princesa y se esmeraba en ayudarle en las labores cotidianas.

Un día la anciana tuvo antojo de comer un mango. No era posible conseguir siquiera uno, pues no era temporada de estas frutas. Entonces el hijo del sultán le dijo: —Conseguiré un mango para ti. En ese momento le solicitó a su anillo: “anillo mágico, dame un mango”. Inmediatamente apareció un mango. La anciana quedó muy sorprendida al ver todo esto y dijo para sus adentros: “¡Ese anillo es maravilloso! Si lo consigo podré tener todo lo que quiera. Así podré ayudar al sultán de Kocheni a que consiga a la princesa.”

Desde entonces la anciana trató por todos los medios de obtener el anillo, pero fue en vano. Hasta que al fin pudo idear

una estrategia. Fingió estar muy enferma, y dijo que nada podía aliviarla. Así pues le dijo a la princesa: —Consigue el anillo de tu esposo. Ese anillo puede hacer cualquier cosa, incluso quitarme el dolor de cabeza que tengo. Por favor, deja que me lo ponga por sólo unos minutos y mi dolor de cabeza desaparecerá. A la princesa no se le ocurría nada para poder conseguir el anillo porque su marido lo guardaba dentro de una caja cerrada con candado, y siempre llevaba consigo la llave. Sin embargo, un día la princesa pidió a su esposo abiertamente que le dejara tener el anillo por un rato y éste ingenuamente aceptó dárselo. A su vez, la inocente princesa se lo dio a la anciana, quien al instante que lo tuvo huyó de allí montada en una nube sin que nadie supiera su paradero.

La princesa se quedó muy triste y pensó: “¡Esa anciana desapareció llevándose el anillo consigo!” Mientras tanto, la malvada anciana llegó al país de Kocheni, e inmediatamente se presentó ante el sultán y le mostró el anillo diciéndole: —¡Pónte este anillo en el dedo y piensa en esa hermosa princesa! El sultán de Kocheni hizo todo tal como le fue indicado y la princesa apareció ante él. Aquel sultán exclamó: —¡Hey, hermosa dama! Deseo que seas mi mujer y que vivas conmigo desde ahora. Sin decir más, la princesa aceptó.

Mientras tanto, nuestro héroe tenía una profunda pena a causa de lo que le había acontecido. Había perdido el anillo y a su mujer. Sólo le quedaba el gato, ya que como en su momento le había advertido Adishesha, junto con el anillo perdió todo lo que éste le había concedido, su reino y sus riquezas, y volvió así a su estado de mendicidad.

El gato lo siguió a todos lados y entonces el destino los condujo a la ciudad de Kocheni. En aquella época, la que fuera su mujer se dedicaba a dar alimento y socorro a los pobres, y nuestro personaje pudo tomar sin ser visto un poco de esa comida, después de lo cual cayó presa de un profundo sueño. Su gato, que siempre le había sido leal, permanecía a su lado. En ese momento aparecieron muchos ratones que rápidamente robaron las sobras de comida esparcidas en los alrededores. Entre ellos había una rata de gran tamaño, quien a todas luces era la líder. El gato la observó y, con la velocidad del rayo, se fue sobre ella y la atrapó. Le dijo: —¡Te he atrapado! ahora te

mataré y te comeré, a lo que la rata replicó: —¡Por piedad no mates a éste tu servidor! Si respetas mi vida te ayudaré en lo que quieras. El gato contestó: —¡Hey, rata, tú que eres rey de los roedores! Quiero que sólo hagas una cosa y así podrás seguir con vida—. La rata inquirió: —¿Que cosa? Dime, quizá pueda llevarla a cabo—. El gato ordenó: —¡Escucha con atención! mi amo está profundamente dormido, él es un buen hombre pero por su buena fe ahora pasa por un mal momento. Perdió su anillo mágico y con él todas sus posesiones. Ayúdame a recuperar el anillo y salvarás tu vida. Si no lo haces te mataré sin misericordia—. La rata en principio no sabía qué hacer, sin embargo, dijo al gato: —Gato bondadoso, me esforzaré en pensar cómo recuperar este anillo. Por lo pronto, tengo a mi disposición un ejército de ratones. Les pediré que busquen en todas direcciones hasta que encuentren el anillo.

Inmediatamente los ratones comenzaron a buscar por todos lados, inspeccionando en especial las cajas que había en el palacio del sultán de Kocheni. Finalmente entraron a una habitación en donde este sultán se encontraba dormido como un tronco. Junto a él había un alhajero y en su interior hallaron el codiciado anillo. Lo tomaron y se lo llevaron al gato, que se alegró enormemente al verlo. Despertó a su amo y se lo mostró. Acto seguido, dejó en libertad a la rata y ésta se marchó en paz. El hijo del sultán se puso el anillo e inmediatamente recuperó todo lo que había perdido. Su enorme palacio, junto con todas las casas de su reino aparecieron de nuevo. Pero sobre todo, lo que más alegría le dio fue ver a su hermosa princesa de regreso a su lado. De este modo, el hijo del sultán pudo recobrar todo lo que había perdido, pues para su fortuna, contó con la ayuda de su querido gato. Desde entonces el hijo del sultán y la princesa vivieron juntos amándose y procurándose en todo momento, y fueron felices por siempre.

Ratón con ratón

Cerca de un río había un ermitaño que empleaba todo su tiempo en orar, leer los sagrados textos y honrar a Dios día y noche. Diariamente este hombre se bañaba en el río. Una maña-

na, después del acostumbrado baño, un halcón dejó caer un ratoncito que cayó en la espalda del ermitaño. Él lo tomó con cuidado y se lo llevó. Después de utilizar algunos hechizos que conocía, transformó al ratón en una niña pequeña. La condujo a su casa y se la entregó a su esposa. La mujer se alegró mucho porque hasta ese momento no habían podido tener hijos.

Cuando la niña creció, convirtiéndose en una atractiva muchacha, la mujer del ermitaño dijo: —Esposo mío, es conveniente que nuestra hija se case. No hay más alternativa que buscarle un marido—. El hombre respondió: —Lo que dices está contemplado en nuestras leyes y estoy totalmente de acuerdo. Ella ha aprendido todo lo que una joven debe saber: puede cocinar, cuidar la casa, tejer su ropa y muchas otras cosas más. También sabe leer, cantar y sumar. Por lo tanto, el momento de desposarla finalmente ha llegado, pero debemos cerciorarnos de que tenga el mejor de los maridos. Así pues ofrezcámosla en matrimonio al Sol.

El hombre envió un mensaje al Sol y éste se presentó ante él. Le preguntó: —¿Para qué me llamas?— el ermitaño respondió: —Te he llamado para preguntarte si deseas casarte con nuestra hija—. El Sol aceptó emocionado. Entonces el hombre mandó llamar a su hija para preguntarle si quería casarse con el Sol. La chica contestó: —¡No Padre, no quiero! Es demasiado caliente para mí. Por favor encuentrenme un marido mejor que el Sol.

Entonces el ermitaño preguntó al Sol quién podía ser mejor que él. El Sol respondió: —La Nube es mejor que yo, ya que si cubre mi cara, ésta queda oculta del resto del mundo. Poco después la Nube recibió la propuesta. Pero cuando a la muchacha se le preguntó nuevamente si aceptaba casarse con la Nube, la joven replicó: —¡No, no quiero! la Nube es muy oscura, y sobre todo, muy húmeda. No deseo un marido como él.

Debido a lo anterior, el ermitaño preguntó a la Nube quién podía superarla y respondió: —Sin duda, el Viento; él es mejor que yo, porque cuando se enoja y sopla puede arrojarme muy lejos y disolverme.

Así, el ermitaño mandó llamar al Viento y le preguntó si querría desposar a su hija. Pero su hija rehusó totalmente ca-

sarse con el Viento. Dijo: —No quiero casarme con el Viento, ya que nadie sabe con certeza el lugar donde se encuentra. Búscame otro marido que sea mejor que él.

El ermitaño desesperado preguntó al Viento: —¡Ea!, pues ¿quién más podrá ser mejor que tú? El Viento señaló: —Hay alguien, señor. La Montaña es mejor que yo porque aunque sople muy fuerte no puedo derribarla. Por último, el ermitaño preguntó a su hija si aceptaría casarse con la Montaña. Pero una vez más la chica se negó rotundamente: —No padre, porque él tiene corazón de piedra.

Casi sin esperanza, el ermitaño preguntó a la Montaña si podría haber alguien que la sometiera. La Montaña respondió: —El ratón es más poderoso que yo, porque puede excavar en mi cuerpo y hacer agujeros dentro de mí sin que yo pueda detenerlo.

Finalmente el ratón fue convocado, y entonces cuando la muchacha lo miró, le dijo a su padre: —Padre, si me conviertes en ratón aceptaré casarme con él, pues tengo la certeza de que seremos muy felices en nuestro hogar.

Así que el hombre transformó a su hija en ratón y de esta manera se casó con el otro ratón. Y así vivieron muy felices hasta el final de sus días.

Cuentos tomados del libro *Kisanduku cha Dhababu na Hadithi Nyingine* de David E. Diva, East African Literature Bureau, Nairobi, 1956.

TRADUCCIÓN

WASUBIRI KIFO **(EN ESPERA DE LA MUERTE)**

LEONARD LISANZA MUAKA

Nota introductoria

EL GÉNERO MÁS ANTIGUO DE LA LITERATURA SWAHILI es la poesía, aunque la prosa en esta lengua siempre ha existido, al ser el pueblo swahili originalmente de tradición oral, como otros pueblos africanos, y siempre se reúne alrededor de una mesa para contar historias, por ejemplo, la tradición de los *hadithi*.¹ La prosa y el teatro² son géneros que ahora han echado raíces en la escritura en swahili y actualmente ocupan un lugar importante en esta literatura.

La mayor parte de quienes escriben novelas y obras de teatro ha recibido la influencia de la educación occidental. Esto fue posible principalmente en los años sesenta, cuando muchos jóvenes africanos empezaron a aprovechar los beneficios de esta educación, incluso algunos escritores salieron de sus países para estudiar en el extranjero, y a partir de entonces han hecho contribuciones en abundancia al mundo literario de sus respectivas regiones. África oriental no es una excepción.

Euphrase Kezilahabi es uno de los pocos académicos africanos que ha dejado huella en el mundo literario. Escritor en lengua swahili y originario de Tanzania, su actividad literaria se extiende desde principios de los años setenta hasta hoy día. Es uno de los escritores que cultivan tanto la prosa como la

¹ *Hadithi*: "recuentos de hechos y citas del Profeta [Muhammad]".

² Algunos críticos no separan teatro y prosa.

poesía. Por ello, fue uno de los primeros poetas de lengua swahili que eligió usar el verso libre cuando casi todos los demás poetas de esta lengua siguieron usando la prosodia de rima y métrica tradicionales.

Euphrase Kezilahabi nació el 13 de abril de 1944 en la isla de Ukerewe en el lago Victoria, Tanzania, en África oriental. Realizó su educación primaria en la propia isla y prosiguió sus estudios secundarios en una escuela religiosa particular que moldeó en gran medida sus escritos. Los catorce años que pasó en el ambiente católico de su escuela secundaria quedan ejemplificados claramente en su primera novela, *Rosa Mistika*, la cual es un retrato de la heroína Rosa, quien no logra manejar la nueva libertad que halla fuera de su estricta casa paterna cuando asiste a la escuela. El autor también muestra cómo la religión no es suficiente para ayudar a Rosa a contener sus necesidades físicas. Al final, Rosa se suicida pues ya no le encuentra sentido a la vida.

En 1970 Kezilahabi obtuvo su licenciatura y en 1976 su maestría en la Universidad de Dar-es-Salaam. Posteriormente asistió a la Universidad Madison de Wisconsin, donde siguió estudios de posgrado en lenguas y literatura africanas y terminó su maestría en 1982 y su doctorado en 1985. Kezilahabi ha dado cursos en la Universidad de Dar-es-Salaam por mucho tiempo, hasta llegar a ser catedrático. También ha tenido la oportunidad de enseñar en otras universidades de prestigio fuera de su país.

Kezilahabi, quien es un de los pocos académicos reconocidos que escribe en lengua swahili, cuenta en su haber varias obras de su pluma. En la mayor parte de ellas, como ya se dijo, se refleja la influencia de su educación, tanto de la escuela religiosa a la que asistió como de las lecturas de obras existencialistas que realizó cuando estaba en la universidad y después. Leyó a Camus y Beckett. Ha publicado más de diez obras y numerosos artículos que han aparecido en revistas que cuentan con reconocimiento internacional. Algunas de las obras que ha escrito son: *Rosa Mistika* (1971), *Kichwamaji* (1974), *Dunia Uwanja wa Fujo* (1975), *Gamba la Nyoka* (1978), *Kichomi* (1974), *Ushairi wa Shaaban Robert* (1976), *Nagona* (1990), *Karibu Ndani* (1988), *Mzingile* (1990), *Kaptula la Marx* (1995).

Sus cuentos incluyen “Wasubiri Kifo”, publicado en *Maandishi kutoka Tanzania: Hadiithi* (1978) y “Mayai Waziri wa Maradhi”, publicado en el diario *Mzalendo*.

La mayor parte de sus obras están enfocadas en los problemas que enfrenta su pueblo, aunque fue criticado por las primeras que publicó, pues según sus lectores no se ocupaba del pueblo de Tanzania. Esta crítica es discutible, pues uno no puede dejar de ver que en sus obras aborda los problemas de su país. El aspecto en que concuerda la mayoría de los críticos es en el relativo al lenguaje utilizado por Kezilahabi, sumamente simbólico, y que exige una mente crítica para entender plenamente el mensaje del autor. En sus trabajos posteriores, Kezilahabi ha intentado tratar a fondo la cuestión Ujamaa, la cual dio lugar a la Declaración de Arusha de 1967. En esta declaración, todos los tanzanos debían hacer pública su riqueza y participar activamente en la construcción de las aldeas Ujamaa,³ y también declarar toda su riqueza como propiedad del Estado, con lo que efectivamente se establecía el socialismo. Está claro que el sistema falló, pero como Kezilahabi expuso en sus escritos, esos dirigentes que predicaban en actos públicos las bondades del Ujamaa, al final terminaron haciendo justo lo contrario, abusando del ciudadano común. Aunque mediante su enfoque no llega necesariamente a dar soluciones al problema, Kezilahabi mostró con claridad los males de su sociedad, de manera que sus lectores pudieran pensar en ellos con más seriedad y ayudaran a encontrar mejores maneras de solucionarlos.

Kezilahabi también se ha detenido largamente en los problemas de pobreza que enfrenta su pueblo. En el cuento “Wasubiri Kifo” (En espera de la muerte), Kezilahabi habla acerca de los problemas de los habitantes de la aldea de Mkalala y se da cuenta de que existe un problema mayor en la sociedad, el cual es responsabilidad de cada ciudadano rectificar.

³ El concepto Ujamaa fue creado por Mwalimu Julius Nyerere, primer presidente de Tanzania. En la Declaración de Arusha de 1967, los tanzanos aprobaron la resolución de levantar aldeas comunales donde todos trabajarían para beneficio de todo el país. Mientras los políticos formulaban estas declaraciones, todo el proceso fracasó porque esos mismos políticos cambiaron diametralmente su actitud respecto a dicho programa.

Narra un conmovedor suceso en el que un aldeano agoniza y sus mejores amigos sólo son arañas, murciélagos y chinches. Se trata de una aldea en la que la gente muere día y noche por falta de los servicios más básicos. Los aldeanos no tienen de qué enorgullecerse. No tienen hospitales y pareciera que el gobierno central los ha excluido completamente de los planes de desarrollo del país. Es gente que se ha dado en exceso a la bebida y que no tiene esperanza de un futuro mejor.

La educación no es algo que se ha puesto al alcance de estos aldeanos y, lamentablemente, los políticos egoístas se han aprovechado de esta situación para llegar al Parlamento y, ya que obtienen el puesto, dejan a los pobres aldeanos a su suerte. Los políticos sólo se aparecen cada cinco años, cuando quieren obtener el favor del electorado para otro periodo de gobierno. La situación de Tanzania no es privativa de este país. De hecho, ha sido un problema muy grave en la mayor parte de los países africanos, donde los políticos parecen jugar el mismo tipo de juego. En la actualidad es posible que la situación esté cambiando en casi todos los países donde los políticos ahora se percatan de que tienen que rendir cuentas ante el pueblo que los eligió. Ésta es la nueva ola que barre a toda África.

Desde la presentación de la historia, claramente vemos un pueblo que comienza a darse cuenta de que se están aprovechando de él. La frecuente pérdida de personas valiosas en esta comunidad empieza a ser una preocupación. Sus muertes son muy dolorosas; viven en el dolor y mueren en él. En su sufrimiento vemos que los aldeanos hallan una razón para unirse y luchar en contra del enemigo común, a pesar de sus escasos recursos materiales. Los aldeanos reconocen que no tienen que vivir al día y esperar la muerte, sino que también deben pensar en las futuras generaciones.

Como escritor, Kezilahabi ha sido acusado por muchos críticos de haber perdido la fe en la vida. Ejemplos de esto los encontramos en las muertes que da a sus personajes principales. Para Kezilahabi, "el mundo sólo es un terreno de juego donde todos vienen a jugar sus juegos, sean ricos o pobres, y después mueren". En el relato "En espera de la muerte", Kezilahabi mata a Lugola, el personaje principal, para que pueda

partir a descansar en paz. Sí, nos compadecemos de la situación de Lugola, pero según vamos avanzando en la lectura, reconocemos que dicho personaje tiene muy buenas ideas. El porqué el autor no deja que este personaje lleve a la práctica estas ideas es un misterio.

Kezilahabi ve a la vida como un esfuerzo inútil, especialmente si uno está sumido en problemas. Cree que este mundo no es el mejor lugar para vivir, y por ello prefiere ayudar a las atribuladas almas a partir hacia el descanso eterno de la muerte, donde nunca más serán molestadas. Esto se ve con claridad en sus obras, no sólo en prosa, sino también en su poesía, en la cual se rinde frente a la vida diciendo que está cansado de asirse a su cuerda. Prefiere matarse, aunque es precisamente contra esta decisión que se pronuncia en su cuento "En espera de la muerte".

En cuanto a sus recursos estilísticos, Kezilahabi echa mano de poderosas imágenes, que toma del ambiente que le rodea, lo cual hace de su obra una escritura más conmovedora para su público, que puede identificarse fácilmente con ella. Las metáforas y comparaciones que usa ayudan a transmitir el mensaje al hacer que se perciba con una claridad mucho mayor.

También desarrolla un ritmo especial a partir de la elección de palabras poéticas. Asimismo, tiene un buen dominio de la lengua, lo cual hace que sea fácil seguir el hilo de sus cuentos, mas uno debe hacer el esfuerzo de colocarse al mismo nivel de lenguaje antes de que esto sea posible, pero dicho esfuerzo hace a su narrativa más atractiva.

En suma, Kezilahabi tiene un lugar muy especial en la literatura swahili y probablemente sea el escritor más leído en dicha lengua, después de Shaaban Robert.

Traducción del inglés:
GERMÁN FRANCO TORIZ

Bibliografía

BERTONCINI, Elena Zubkova (1989), *Outline of Swahili Literature Prose, Fiction and Drama*, Leiden, Países Bajos.

- KEZILAHABI, Euphrase (1971), *Rosa Mistika*, East African Literature Bureau, Nairobi.
- (1978), “Wasubiri Kifo”, en P. Mbonde (ed.), *Maandishi Toka*.
- *Tanzania: Hadithi*, East African Literature Bureau, Nairobi.
- MBUNDA, Msokile (1992), *Misingi ya Hadithi Fupi*, DUP, Dar-es-Salaam.
- MLACHA, S. A. K. (1989), “The Use of Metaphors in Kezilahabi’s Novel: Rosa Mistika”, *Kiswahili*, vol. 56, TUKI, Dar-es-Salaam.
- NYERERE, J. K. (1968), *Ujamaa Essays on Socialism*, OUP, Dar-es-Salaam.

EN ESPERA DE LA MUERTE

(Un cuento de Euphrase Kezilahabi)

Traducción del swahili al inglés:
LEONARD LISANZA MUAKA
Del inglés al español:
GERMÁN FRANCO TORIZ

LA ALDEA DE MKALALA —ALDEA A LA QUE DURANTE MUCHO TIEMPO no se le ha dado la oportunidad de participar en la carrera del desarrollo— no era conocida. Uno pensaría que no estaba en el mapa del director de Desarrollo del Distrito —mapa que colgaba de la pared del director con muchos alfileres rojos y negros para espantar a los políticos—. No sólo era así. Los aldeanos de este lugar habían tenido que votar hacia tres años para elegir a una persona que afirmaba que Parlamento y arroz eran dos palabras que iban de la mano, como si fueran la misma cosa; que en el Parlamento se discutían los precios del arroz y si lo elegían pugnaría por el aumento del precio del mismo. Esta persona entendía esta aldea muy bien, una aldea donde no había una sola persona educada. Una aldea de gente pobre que hasta ese entonces, por no tener un mercado cerca, vendía su arroz a intermediarios que imponían el precio a su producto.

Éstos son los aldeanos que vivían en Mkalala —aldeanos que nunca habían visto a su miembro del Parlamento o a su director de Desarrollo.

Se decía que estos aldeanos tenían niguas en sus pies. Los forasteros murmuraban que estas niguas ahuyentaban a los expertos. Pero el problema, bastante obvio por cierto, en realidad era que bebían demasiado. Sin embargo, si acaso llegaras aquí y no fueras tanzano y no supieras lo que pasó en Arusha, estarías feliz de ver cómo estos aldeanos bebían y bailaban. Ellos mismos te dirían: “Si quieres disfrutar tu estancia aquí espera a la noche”. Y es cierto que en la noche había diferentes tipos de chillidos y gruñidos provenientes de distintas direcciones. Si preguntaras “¿qué es eso?”, sólo te darían una respuesta: “los borrachos”.

Los aldeanos conocían casi todas las distintas voces de cada uno de ellos, y por su chillido hasta podían decir cuánto alcohol había bebido cada quien. Y si tienes suerte de encontrarte con uno de ellos entonces sí que te reirías de cómo se tambalea y escupe todo el tiempo. Por favor, escucha sus palabras. Los insultos son insoportables. Insulta a los árboles con los que se tropieza y a la hierba que atrapa sus pies y lo hace caer cuan débil es. Y si ve a un perro querrá atraparlo para quitarle los dientes con sus dedos.

Pero si fueras un tanzano y entendieras qué sucedió en Arusha y para qué, no dejarías de sentir pesar por esta situación. Verías cómo estos aldeanos son los “magos” de un sistema socialista —sistema que ahora tiene a sus clases altas cubiertas de tizne y vestidas con colores oscuros para tomar una nueva forma en la que puedan caminar tanto de noche como de día. No dejarías de notar que casi todo lo que hacen estos aldeanos es producto de un sistema social, y que en lugar de trabajar duro en sus campos han buscado una cierta manera de aliviar su tensión y sus problemas. Muchos de nosotros sabemos que cuando se le acaba la carne al león come hierba, pero nunca queremos saber qué come un ser humano cuando se le acaba su comida normal.

Así, pues, en esta aldea solía vivir Lugola. La aldea de Mkalala, una aldea que tenía a sus pobladores bien unidos y amarrados en un atado de pobreza. Lugola era el presidente de este atado, atado en el que los que estaban dentro habían recibido una pequeña sección en lo alto de una colina para depositar sus huesos después de que las gordas chinchas se los hubieran chupado.

Durante todo el último mes no habían visto a Lugola en la aldea y todos los aldeanos sabían que estaba en tratamiento médico en Kasago, la cabecera del Distrito, como a 50 millas de la aldea de Mkalala. Sólo un puñado de aldeanos de Mkalala podían distinguir las dos banderas que solían ondear muy alto en ese lugar; aparte de eso no veían ninguna diferencia entre esas banderas y las de sus danzas tradicionales.

Después de que la brujería de los europeos fracasara en la cura de la enfermedad de Lugola, por lo que regresó a su casa, muchos aldeanos pensaron que no iba a sobrevivir. Al día si-

guiente en que Lugola regresó a su casa, su enfermedad estaba en boca de todos los aldeanos y especialmente de su esposa Mgole y sus dos hijos, Msusa y Kalenga, que ya eran grandes.

Los doctores no se equivocaron y la ansiedad de los aldeanos era fundada, porque durante la segunda noche después de la cena, Mgole fue a despertar a sus hijos que dormían en su choza. Mgole no tuvo tiempo de caminar hasta allí: sólo salió y llamó: “¡Msusa! ¡Kalenga! ¡Vengan rápido!”

No había que decir más. Sus hijos salieron de inmediato llenos de ansiedad. Afuera, el silencio dominaba la noche y la noche dominaba la gritería de los pocos borrachos que se oían a la distancia. Los jóvenes entraron a la habitación donde yacía el paciente, su padre. Vieron, entendieron.

Esta habitación estaba llena de amigos de Lugola que no eran bien vistos; amigos que son amigos de mucha gente pobre. Esos amigos que entendían los problemas de este paciente —los problemas de la gente pobre— eran lagartijas que estaban escondidas en las grietas de la paredes, esos amigos eran arañas que permanecerían silenciosas en los rincones de la casa y murciélagos que podían reducir la cantidad de mosquitos que rondaban al enfermo.

Tras un largo silencio, los murciélagos que colgaban del techo empezaron a mover sus orejas cuando los hijos del enfermo dijeron las palabras “muerte” y “pobreza”. Pensarías que de ahí irían a susurrar a los ricos el secreto de las penurias de las vidas de la gente pobre. Tal vez hubieran podido hacer eso si las ventanas de esas casas no estuvieran reforzadas con malla de alambre. Las arañas comenzaron a bailar con sus patas, enseñando al paciente y a su familia cómo el sistema de su sociedad los había ensartado en una hebra. Pero las lagartijas estaban dormidas con uno de sus ojos del lado donde yacía el paciente. La tenue luz de la pequeña lámpara hacía que los animales, los insectos y lo que se arrastraba fueran visibles, y también hacía brillar los ojos de las lagartijas en las grietas como si fueran pequeñas cuentas. Murciélagos, arañas y estas lagartijas eran los amigos de Lugola, y también amigos de los pobres y de la pobreza. Éstos eran los que los escuchaban, los visitaban, los miraban y entendían los problemas de los pobres.

Sus otros amigos, quienes probablemente fueran los que causaron su enfermedad física, estaban escondidos. Estos amigos eran chinches, escondidas en las uniones y nudos de las cuerdas de la cama, que estaban tan sueltos que hacían ver al paciente como si estuviera durmiendo en un hoyo; estos amigos eran piojos que había en las viejas mantas del paciente; y las garrapatas que transmiten espirilos que saltaban en el polvo de la casa. Estos amigos todavía luchaban por chupar la sangre del paciente por última vez antes de que la muerte pudiera coagularla. Las chinches, las garrapatas y los piojos son los que eran a la vez amigos y enemigos de Lugola, amigos de los pobres y de la pobreza. Y durante un largo tiempo, la gente siguió guiándose por la falsa filosofía de que estos amigos eran una señal de riqueza.

Es así como se ven las cosas en nuestra sociedad incluso ahora. Hay amigos de los pobres que están en primera categoría y hay otros que están en la segunda. Como son las cosas ahora, parecería que uno de los dos grupos domina al otro.

Mgole y sus hijos estaban desconcertados y no sabían qué hacer. Cuando el paciente dejó escapar un quejido se horrorizaron.

“Su padre se nos muere”, dijo Mgole, “pongan sus manos sobre su pecho.”

Cuando lo tocaron empezó poco a poquito a abrir sus ojos. Era claro que los abría con mucha dificultad, para poder hacer lo que la gente mayor tenía que hacer —impartir sabiduría. Trató de abrir la boca y de repente cerró otra vez sus ojos.

“¡Msusa, por favor llama a los vecinos!”, dijo Mgole con ansiedad. El silencio imperó en toda la habitación cuando salió Msusa. Los que se quedaron no sabían si había llegado la hora o no. Después de un rato Msusa regresó con dos vecinos. Por el movimiento de su pecho se podía ver que todavía respiraba. Cuando los vecinos lo vieron hicieron gestos que mostraban su pérdida de esperanza en que sobreviviera. Todos miraban la cama. Sólo Mgole estaba sentada en un extremo de la cama con la cabeza inclinada y una mano en la mejilla. El silencio que siguió hizo que se pusiera a llorar. Sus primeras lágrimas eran gotas, pero las que siguieron le escurrieron por sus mejillas hasta la nariz y la boca.

De pronto, el paciente dio un gran gemido que horrorizó a todos los que estaban ahí. Un vecino se apresuró a cerrarle los ojos a Lugola, creyendo que por fin había terminado de sufrir. Pero cuando se irguió le pareció que los ojos del paciente parecían mirar débilmente. El paciente trató entonces de abrir su boca, y con dificultades empezaron a salir las palabras que los hijos habían estado esperando: “Hijos míos me... me muero. Nací pobre y muero pobre. No sé qué vayan a heredar. No tengo nada que dejarles, excepto mi pobreza. Si fuera por trabajo, hijos míos, sí trabajé. No fui un holgazán. Aré la tierra desde niño hasta ahora, pero mi condición sigue siendo la misma. Hay algo que no está bien en nuestra sociedad. Pero no sé qué es. Sólo sé que soy pobre. Nací desnudo y me han de enterrar desnudo en esta sabanilla mía. Sólo los pobres saben el verdadero significado de la muerte de un hombre pobre”.

Hizo una pausa y descansó un momento. Trató de humedecer sus labios con su lengua para que no estuvieran tan secos. Los que estaban ahí guardaban silencio, escuchando al enfermo decir palabras que no les eran extrañas. Casi todos los que han muerto en esta aldea murieron quejándose de su lamentable estado.

“Hijos míos, cuando los pobres morimos, la GENTE dice que hemos lamido la tierra. Hijos míos, lamemos la tierra. Los que mueren son GENTE. Gente con una alta condición social que deja propiedades al morir.”

Entonces su flaco perro, del que nadie había notado su presencia o cuándo había entrado, comenzó a lamer la herida purulenta que el paciente tenía en la pierna. Los que estaban ahí golpearon al perro. El paciente oyó y se sobresaltó. Era como si lo golpearan a él. Entonces dijo: “Dejen al perro. Dejen al perro en paz, hijos míos. No deben descargar su coraje en el perro. Si esto es morir, me estoy muriendo. Dejen que el perro me lama. Qué más pueden poseer los pobres si no son los perros; sólo los perros están debajo de nosotros y la hierba que pisamos cada día del Señor. Dejen que los perros nos laman mientras lamemos los pies de los que están arriba de nosotros”.

En este momento se oyó el sonido del búho, proveniente del techo de la casa. Los que estaban adentro empezaron a asustarse mucho. Entonces el enfermo dejó escapar un profundo suspi-

ro y dijo: “Ya me voy, mis abuelos me llaman; ya dije suficiente a los que tienen orejas que de veras quieren oír. Hijos míos, lleven ese leño de vida de pobreza, llévenlo en sus hombros, y luchen por sacudírselo. Si no pueden, traten otra vez, y otra y otra. Pero nunca se rindan dándose muerte ustedes mismos”.

Después de decir estas palabras, el enfermo volvió a cerrar sus ojos. Los que estaban ahí se sentaron en silencio a esperar más palabras del moribundo, pero éste dio un largo y enorme suspiro, seguido de un espantoso gemido. Este gemido persistió durante mucho rato. Los que estaban ahí permanecieron en silencio —en espera de la muerte.

Cuando terminó este gemido, el enfermo empezó a jadear muy rápido y sus ojos, que ya daban señales de muerte, no se movían y ni siquiera parpadeaban. Pero seguía jadeando. Su corazón seguía latiendo. Su corazón todavía le perturbaba el cuerpo. Los presentes se percataron de que ya había empezado a perder el sentido. El moribundo siguió jadeando así durante mucho tiempo. Al final, los dos vecinos dormitaban y sólo se despabilaron cuando casi se caen. Mgole y sus hijos seguían despiertos. Sus ojos estaban enrojecidos y el sollozo de Mgole había provocado la hinchazón de las venas de su cuello.

Muy temprano por la mañana, cuando los pájaros comenzaron a cantar para dar la bienvenida a los aldeanos a sus problemas cotidianos, el enfermo finalmente llegó a los confines del océano de su vida. Esta mañana en particular, también los pájaros cantaban al paciente las últimas canciones que escucharía. Estas canciones eran el “fastidio” de los pobres. Ya no había aliento y el corazón no daba señales de vida. Los adormilados vecinos se despertaron sacudiendo sus cabezas y se concentraron en lo que los había llevado allí. Las piernas y manos del enfermo comenzaron a temblar como pájaros que hubieran caído en el fuego, encendido por quién sabe quién. Su cuerpo se fue aflojando poco a poco y entonces se sacudió momentáneamente; los vecinos le cerraron los ojos y la boca, y su cuello se ladeó a la izquierda. Entonces los murciélagos empezaron a salirse por la ventana, un murciélago voló tan cerca de la lámpara que se apagaron sus flamas. Ya era de día. Uno de los vecinos tocó el cuerpo del paciente. Estaba frío. Entonces dijo lo que todos estaban esperando.

“Ya murió.” Mgole pegó un grito muy fuerte. Este grito fue señal suficiente para todos los aldeanos que lo oyeron. Cuando los gritos siguieron, entendieron. Msusa y Kalenga no gritaron, pero las lágrimas salían de sus ojos.

Así murió el pobre Lugola. La muerte de tanta gente pobre.

Por la mañana los aldeanos se reunieron en la casa del difunto Lugola. Escogieron a seis niños para que fueran a cavar la tumba en la colina. “Sólo los pobres saben el significado de la muerte de un hombre pobre.” Todos los aldeanos callaban. Los que hablaban lo hacían susurrando. Pero todos ellos estaban cabizbajos, sus cuellos esperando a que mañana o pasado mañana cayera sobre cualquiera de ellos el hacha de la pobreza —en espera de la muerte—. Dentro de la casa preparaban el cadáver para el entierro. Después de lavarlo lo envolvieron en la vieja sabanilla que todavía tenía piojos que trataban de chuparle al muerto la sangre que ya se había coagulado. Entonces ataron el cadáver con unas mantas viejas, con las que el difunto solía cubrirse. Las orillas de las mantas se ataron formando un ovillo —por la cabeza y por los pies—. Era el momento de llevar al muerto a su última morada. Fue como a las diez que dos personas, una detrás de la otra, salieron de la casa cargando al difunto, su cadáver colgando bajo los palos a los que se habían atado las mantas. El peso del cadáver hacía que el ovillo se balanceara a medida que caminaban.

Finalmente, el cortejo emprendió el camino hacia el lugar del entierro. El cadáver, que se había curvado como un arco iris, se veía sobresaliendo a través de las raídas mantas como los juguetes de los niños de la gente rica. No habían andado mucho cuando de repente se soltó uno de los nudos de la sabanilla y se cayó el cadáver. Los aldeanos lo rodearon de inmediato y lo volvieron a atar, esta vez con más cuidado. Mgole se desplomó cuando vio lo que había pasado. Después de un rato se levantó y durante el resto del camino dos personas la consolaban mientras la sostenían. Mgole lloraba. Las lágrimas corrían por su pecho y hacían que sus senos secos, que habían quedado descubiertos y sobresalían y bailoteaban sobre su pecho, lloraran por la triste condición de la pobreza.

Estos aldeanos solían enterrar a sus muertos en esta colina, que era famosa porque se sabía que hacía mucho, durante

la colonia, había venido un experto que exploró el área y afirmó que una gran parte de la aldea era rica en minerales preciosos. Entonces se ordenó a los aldeanos que enterraran a sus muertos en lo alto de la colina. La independencia truncó los planes de esta gente y entonces los aldeanos siguieron marchitándose en la pobreza, comiéndose la pobreza pero al mismo tiempo caminando sobre riquezas que el director de Desarrollo del Distrito no conocía.

El cortejo empezó a subir la colina con el cadáver que todavía sobresalía debajo de los palos que cargaban las dos personas sobre sus hombros. Cuando subieron la colina el cortejo era muy largo, porque el sendero hacia el entierro era muy estrecho. La gente se vio obligada a seguirse en una sola fila. Así que, si vieras esta cola desde lejos, la equipararías con una serpiente que se arrastraba lentamente hacia la cima de la colina.

Cuando llegaron, vieron que la tumba ya estaba cavada. Como había muchas piedras y mucha arena en lo alto de la colina, la fosa no era tan profunda; y ésta es la profundidad de muchas de las tumbas de estos aldeanos. Posaron el cadáver al lado de la tumba y entonces un anciano dijo una breve oración fúnebre.

Compañeros aldeanos: Todos conocimos a Lugola, quien durante mucho tiempo fue el presidente de nuestras reuniones. Hoy yace aquí durmiendo, y en poco tiempo todos tomaremos nuestros azadones para cubrirlo de tierra. Después lo dejaremos aquí en la colina y por las noches cerraremos nuestras puertas sabiendo que nadie vendrá a tocar a ellas otra vez. Aquí está ahora durmiendo, reclamando nuestras lágrimas. Si pudiera revivir a los muertos, reviviría a mis amigos pobres que enterramos un día sí y otro también. Si fuéramos mucha gente tendríamos una voz tan fuerte que nos ayudaría a reducir los problemas que tenemos actualmente. Clamamos por habilidades, pero no tenemos habilidades; clamamos por ayuda, pero no nos la dan; clamamos por el cambio, pero no lo vemos. La unión de las propiedades del pobre pueblo es débil, pero la unión de sus ideas es tan poderosa como una bala. Camaradas, enterremos ahora a nuestro camarada para que pueda descansar.

Tras esta corta oración fúnebre, depositaron el cadáver en la tumba. Cuando los que recibían el cadáver dentro de la fosa salieron, los familiares del difunto fueron los primeros en echar tierra, y entonces los aldeanos tomaron sus azadones y empe-

zaron a rellenar la fosa. En poco tiempo ya teníamos otra pequeña colina entre las muchas pequeñas colinas que cubrían los huesos de otros aldeanos pobres. Los aldeanos empezaron a descender como habían subido, cabizbajos, mientras susurraban: —EN ESPERA DE LA MUERTE.

El perro del difunto permaneció en el lugar del entierro. Al principio el perro se sentó pero después trató de exhumar el cadáver con sus garras. Cuando se cansó, se echó justo en el pequeño hoyo que quedó encima de la tumba. El perro durmió allí día y noche durante tres días seguidos, con la esperanza de que su amo saliera de esa casa que tenía una puerta que no se abría.

Pero cuando los aldeanos llegaron a casa de los deudos el día del entierro, después de consolar a Mgole y a sus hijos, se quedaron un rato y entonces se fueron uno por uno. Y a los tres días ya habían vuelto a su vida ordinaria, a la bebida y los problemas cotidianos —la pobreza.

Así fue la muerte de Lugola. La muerte del presidente de la Cooperativa de los pobres. Fue sólo una muerte entre muchas muertes que solían suceder en la aldea de Mkalala. Cada muerte era la promesa de la siguiente.

Todos sabemos que nos vamos a morir algún día, pero cuando mucha gente muere en la pobreza mientras otros alimentan y doman a personas en sus casas y jardines, definitivamente hay un problema en la estructura de esa sociedad, incluso si sus ciudades son grandes y tienen edificios que tocan las nubes.

La gente de la aldea de Mkalala se moría de día y de noche. Los que podían defenderlos y buscar maneras de solucionar sus problemas olvidaban todo cuando venían colina abajo con platos sobre sus cabezas. Cuando bajaban de las colinas, lugar donde descansaban los huesos de sus padres, empezaban a buscar medios y maneras de hacerse ricos, olvidaban que bajo cada piedra de los cimientos de esas casas, dormían los huesos de sus pobres padres. Por ello se convirtieron en gente de muchas palabras con teorías que no tenían pies ni cabeza. Olvidaron que platos que buscan comida nunca regresan vacíos, y entre ellos había semillas de la próxima siembra. ❖

África: perspectivas para su cultura e historia, volumen II
se terminó de imprimir en mayo de 2009
en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.
Matamoros 112, col. Raúl Romero
57630 Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México.
Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.
Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Esta antología dedicada al estudio de África forma parte de la conmemoración del 40 aniversario del Centro de Estudios de Asia y África y, al mismo tiempo, es un homenaje a la publicación ininterrumpida desde 1966 de su revista *Estudios de Asia y África (EAA)*, inicialmente *Estudios Orientales*. En sus dos volúmenes el lector encontrará algunos de los mejores trabajos publicados en la revista sobre la región de África subsahariana.

Este conjunto de textos académicos constituye una importante contribución al análisis de la historia, las circunstancias políticas, la economía y la cultura del continente africano. Ante la imposibilidad de reproducir la totalidad de los materiales publicados en la revista *EAA* respecto a África, se han seleccionado artículos que, además de su calidad, vigencia y originalidad, son un reflejo de la amplitud de enfoques desde los cuales se ha estudiado ese continente en El Colegio de México. Se incluyen investigaciones de profesores que han impartido cursos, tanto del Centro como visitantes; de estudiantes y de egresados del programa de posgrado, así como de colaboradores externos. Estas antologías llenan un vacío importante en la bibliografía académica sobre África, aún muy escasa en lengua española. Ofrecen textos que serán sin duda de gran utilidad para estudiantes de carreras universitarias como historia, relaciones internacionales, literatura y sociología. Son además útiles para un público más amplio interesado en temas del continente africano, que son poco tratados por los medios de comunicación, y para quienes buscan una análisis más profundo sobre problemas económicos y políticos contemporáneos de África.

Este segundo volumen contiene estudios sobre desarrollo urbano, diversos problemas políticos, sociales y económicos, así como dos traducciones tomadas de la literatura swahili contemporánea.

ISBN: 978-607-462-029-0



9 786074 620290